
HEATHER
BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
NOVIAS ESCANDALOSAS
NINGÚN DUQUE MÍO

NINGÚN DUQUE MÍO

NOVIAS ESCANDALOSAS

LIBRO 5

HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

Derechos de autor © 2025 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

Acerca del Autor

CAPÍTULO UNO

—BUENO, Jasper. Aquí tienes una lista de todo lo que quiero que se haga mientras estoy fuera —murmuró Algernon Sweet—. Si el clima lo permite, encárgate de todo lo más rápido posible. De lo contrario, algunos de los asuntos más complicados pueden esperar a mi regreso.

Jasper ojeó las tres páginas. —¿Estás seguro de que esto es suficiente para las dos semanas que estarás fuera?

—Bueno, hay cuatro páginas más en el cajón de mi escritorio si te sobra mucho tiempo libre —se quejó él.

Jasper miró a su esposa, Sophie, que también esperaba para despedirse de Algernon, y sonrió. —Ni hablar, ahora que soy un hombre casado.

Algernon se rio de él. Jasper estaba enamoradísimo, y se le notaba. La esposa de su hermano le había caído bien antes de su matrimonio, y ahora todavía más.

Ahora que sus hermanos estaban todos juntos en Ravenswood, era fácil ver que todos eran felices en sus matrimonios, aunque de diferentes maneras. No habían estado de tan buen humor desde su infancia. Pero ahora que sus hermanos estaban asentados, él tenía cosas que hacer sin que ellos se involucraran.

Tenía una mujer que cortejar y con la cual casarse, gastos por pagar que le pesaban en la conciencia y, en medio de todo eso,

esperaba fervientemente poder encontrar algo de alegría en sus esfuerzos.

Contraer matrimonio por obligación a causa del dinero era muy diferente a elegir hacerlo por voluntad propia. Sus hermanos habían sido muy afortunados de no haber compartido su carga.

—Su Excelencia —lo llamó Nash mientras entraba corriendo al vestíbulo—. Una pregunta rápida. ¿Te importa si tomo prestado el globo terráqueo para las lecciones de los niños?

Suspiró aliviado de que su petición no fuera nada grave. —No, no me importa.

—Bien, bien. Volverá a su lugar para cuando regreses, te lo prometo.

Algernon lo dudaba mucho. Todo lo que pasaba por el nuevo apartamento de su hermano parecía no volver de inmediato. Siempre había alguna excusa para volver a tomar un libro de la biblioteca y alguna razón para el retraso en su devolución.

Nash estaba decidido a que todos sus hijos recibieran una educación adecuada sobre todos los temas habidos y por haber, pero, afortunadamente, su esposa era propensa a llevarse a los niños afuera cuando a uno de ellos algo no le salía de forma natural. La joven familia jugaba mucho, por lo cual él estaba agradecido y orgulloso. Algernon había contribuido a que Nash y Laura se llevaran bien de nuevo, y mucho mejor que antes.

—Su Excelencia, se le hace tarde para partir —se quejó Laura Sweet, su cuñada, con una sonrisa en los labios y un reloj de arena en la mano—. Su carruaje lleva quince minutos esperando afuera, y sus hombres y caballos se están impacientando.

Lady Laura Sweet a menudo comentaba sobre su tardanza, lo que probablemente se merecía. Él la había presionado para que se sentara a arreglar su matrimonio con Nash, y ahora ella se sentía con el derecho de darle órdenes.

Pero tenía razón. En los últimos seis meses, había postergado más la toma de esta decisión desde que heredó el título, que en toda su vida. Levantó las manos en señal de falsa rendición en lugar de admitirlo en voz alta. —Ya voy, ya voy.

Ella entrecerró los ojos. —Eso es lo que dijiste ayer, y el día anterior, y el día antes de ese. Empiezo a pensar que no soportas separarte de nosotros.

—A este paso, la temporada de Londres podría llegar antes que él —bromeó Jasper—. ¿Quieres que guardemos el carruaje de nuevo?

—No.

—¿Crees que deberíamos viajar con él? Para asegurarnos de que no se pierda o lo asalten en el camino —preguntó Stratford, sumando su voz al acoso.

—Sí, de acuerdo, me voy hoy. Volveré en exactamente dos semanas.

Laura se acercó y posó suavemente la mano sobre su manga. —Iríamos contigo para darte apoyo moral si quisieras, ¿sabes?

—Lo sé. —Sin embargo, si su familia lo acompañaba a Londres ahora, sería como si tocara todas las campanas de la ciudad para anunciar que el duque de Ravenswood andaba en busca de una novia—. Puedo hacerlo solo.

—Como desees, pero recuerda que estamos a solo una carta y un caballo veloz de distancia —le prometió Laura, dándole una palmadita en el brazo—. También prepararemos los aposentos de la duquesa discretamente mientras estés fuera, así que no te preocupes por eso.

Puede que Algernon fuera un duque, pero en una casa llena de mujeres, había descubierto que rara vez tenía que preocuparse por la administración de su hogar. Aquello era, quizás, una especie de preparación para el día en que fuera un hombre casado. Su esposa llevaría la voz cantante y a él ni siquiera le informarían de lo que ella pudiera hacer. Su duquesa tomaría todas las decisiones de la casa en el futuro.

Nash regresó, con la bebé Isabelle en brazos y sus hijos pisándole los talones. —La tía Violet desea hablar contigo antes de que te vayas.

—¿Otra vez? Maldita sea. ¿Y ahora qué?

—Es tu culpa por intentar mantener este viaje en secreto para ella —explicó Nash.

—Seguro que se lo dijo Seymour. Pronto no quedarán secretos en esta casa —se quejó. Pero Algernon enderezó los hombros—. Será mejor ver qué quiere la vieja arpía antes de irme.

La última vez que lo habían convocado así, la arpía había insistido en que se diera prisa en casarse. Tenía toda la intención de hacerlo, si es que alguna vez lograba salir de la finca.

Encontró a la tía Violet en el salón de la mañana, con té, un periódico de Londres, un montón de correspondencia reciente a su lado y *su* mayordomo esperando para cumplir las órdenes de *ella*.

Miró a Algernon con los ojos entrecerrados. —Ya era hora, muchacho.

—¿Quería verme, tía?

—Sí —dijo, y luego miró al mayordomo de forma elocuente.

No le dijo que se fuera, pero estaba claro que deseaba hablar en privado sin que el mayordomo escuchara. —Seymour, ¿sería tan amable de pedirle al cochero que vuelva a hacer caminar a los caballos? Estaré allí tan pronto como pueda y podremos ponernos en camino.

Cuando se hubo ido, miró a su tía con una ceja levantada. —Ya estamos solos.

Ella tragó saliva. —Tengo que pedirte un favor.

—¿Aparte de darle a nuestro mayordomo su propio asistente?

—Me gustaría que lo despidieras de tu servicio —anunció—. Despide a Seymour hoy, antes de irte.

Algernon se quedó boquiabierto. —No puedo despedirlo. Seymour es esencial para la administración de la finca, especialmente cuando estoy fuera. Creía que le caía bien a usted.

Ella resopló. —Oh, sí. Solo que no como sirviente.

Algernon la miró confundido. Su expresión parecía irritada, y entonces notó que sus mejillas se sonrojaban. ¿Vergüenza? Las sospechas sobre su tía y el mayordomo de repente hicieron que su petición tuviera una extraña especie de sentido. —A usted le gusta mi mayordomo, pero no como mayordomo.

Sus ojos brillaron con una emoción que él nunca había visto en ellos. *Miedo*.

Él y su tía no eran cercanos. Desde su regreso, ella lo criticaba constantemente a él y la forma en que administraba la finca. Sin embargo, él no era su enemigo, y Algernon debatió cómo podía tranquilizarla al respecto.

—¿Qué puedo hacer?

—Haz lo que quiero.

—No puedo, pero quizá podría simplificar las cosas a mi regreso —hizo una pausa—. Voy a llamar al arzobispo de Canterbury para obtener una licencia especial para casarme con lady Kent mientras esté en Londres. Quizá podría conseguir una segunda para ti.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Sí, eso es lo que más quiero.

Él asintió.

—Considéralo hecho, tía.

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso y sonrió con vacilación.

—Buen viaje, muchacho, y un pronto regreso.

Hizo una reverencia y se retiró de su presencia, desconcertado por el hecho de que estaba a punto de hacer de casamentero otra vez cuando volviera a Ravenswood. El matrimonio de una dama de noble cuna con un mayordomo iba a causar revuelo en la sociedad y en la familia. Pero si él lo aprobaba, los demás no pondrían pegas.

Seguramente, que dos personas muy mayores se casaran respetablemente era mejor que andar a escondidas por la noche para verse y arriesgarse a romperse algún hueso.

Encontró a todo el mundo todavía esperando en la puerta principal, incluso a su mayordomo. Le dio instrucciones adicionales al hombre mayor.

—Vigile de cerca a mi tía.

—Sí, por supuesto —prometió Seymour.

—Asegúrese de que no se canse demasiado con los niños sentados en su regazo —advirtió—. Échelos y cierre la puerta con llave.

—No hay quien la detenga cuando se trata de los pequeños —le dijo Seymour.

—Encuentre la manera de mantenerla contenta hasta que yo regrese —insistió.

Algernon asintió al resto, echó un último vistazo a su alrededor y suspiró profundamente. Ya no quedaba nada que lo apartara de su deber. Ninguna razón para demorarse con la esperanza de un rescate de última hora del matrimonio. Todas sus instrucciones habían sido dadas y serían ejecutadas en su ausencia.

Algernon subió a su carruaje, resignado a partir por fin. Sims, su ayuda de cámara, ya estaba allí. Una vez que Algernon se acomodó, saludó con la mano a su familia y el cochero partió hacia su destino.

Inmediatamente le pasaron una pila de papeles: un primer borrador de un contrato matrimonial entre él y lady Stephanie Kent para que lo revisara.

Estaba seguro de que ella diría que sí. Estaba seguro de que obtendría de ella el dinero que necesitaba. Y también estaba convencido de que ella tendría muchísimas exigencias y querría que se hicieran cambios en el contrato, a pesar de la diligencia de él.

Revisó cada página durante al menos media hora, estudiándolas atentamente, deseando que el tiempo que necesitaba pasar en el carruaje pasara volando.

Lo más rápido que había viajado a Londres había sido en cuatro días y cuatro noches, deteniéndose en posadas, hoteles o casas de amigos por el camino. Esta vez, tenía la intención de hacer el viaje sin parar, cambiando de caballos en cada casa de postas antes de continuar.

Era una carrera demencial, pero dado lo mucho que había dejado por hacer en casa, todavía necesitaba tiempo para cortejar a lady Kent cuando llegara.

—No me gusta la pinta que tiene eso —murmuró su ayuda de cámara, interrumpiendo sus sombríos pensamientos un rato después.

Algernon le echó un vistazo al hombre que estaba enfrente y notó la dirección de su mirada. El rostro de su ayuda de cámara estaba fijo en el horizonte. Algernon también miró y vio nubes oscuras en la distancia. Perfecto.

Odiaba viajar bajo la lluvia. Esperaba que esas nubes se mantuvieran bien lejos.

Pero en menos de una hora, un fuerte aguacero azotó el carruaje y los caballos, y su velocidad disminuyó mientras los animales luchaban por avanzar en el camino que de repente se volvió resbaladizo.

Algernon y su ayuda de cámara tuvieron que sujetarse mientras descendían a toda velocidad por una colina empinada que llevaba a un cruce. Las orillas ya lamían el camino cuando lo atravesaron, pero lograron pasar sin incidentes y continuaron hacia la siguiente posta. Sabiendo que el mal tiempo podía pasar a bueno en un instante, reanudó el estudio de sus papeles.

Pero justo cuando llegaron a una pequeña aldea, la lluvia arreció todavía más. La posada estaba cerrada a cal y canto para protegerse del mal tiempo, y siguieron adelante hacia el próximo puente.

—La situación se está poniendo fea aquí afuera para los hombres y los caballos, Su Gracia —le gritó el cochero desde arriba.

Consultó su reloj de bolsillo. No habían avanzado ni de lejos lo suficiente para el primer día, pero no había excusa para maltratar a los caballos o a los hombres.

—Siga adelante —le gritó Algernon al cochero—. Si podemos cruzar el próximo puente, nos detendremos a pasar la noche en la primera aldea que encontremos después.

—Como usted ordene, Su Gracia —respondió el cochero, restallando un látigo sobre las cabezas de los caballos.

El siguiente puente era antiguo, de piedra, pero bajo. No deberían tener problemas para cruzarlo en condiciones normales, pero el carruaje se detuvo bruscamente.

—Está bajo el agua —gritó el cochero.

Algernon asomó la cabeza por la portezuela, maldiciendo al quedar empapado al instante. El frío se filtró rápidamente a través de su camisa hasta la piel. —¿Qué tan profundo cree que esté? —gritó, para hacerse oír por encima del tableteo en el techo del carruaje.

—Por encima del eje.

Eso no era bueno para los caballos. Ya estaban esforzándose, y el agua estaría helada tan cerca del invierno. Perder aunque fuera un solo caballo sería desastroso para sus planes.

De repente, hubo un gran y cegador relámpago, y los caballos desviaron el carruaje bruscamente, arrojando a Algernon por la portezuela. Aterrizó de cara en un río de lodo y fango frío.

Lanzó una palabrota y se puso de pie de un salto, pero los caballos, asustados por el relámpago, se abalanzaron hacia el puente, arrastrando el carruaje roto —y a sus hombres— con ellos.

CAPÍTULO DOS

—BUENOS DÍAS, señor —llamó Maggie Black, abriéndose paso hasta el frente de la fila de gente agotada por el viaje para que el posadero del Stag se fijara en ella—. Disculpe, necesito una habitación para pasar la noche.

—Usted y todos los demás, varados por este maldito mal tiempo —se quejó él. La miró de arriba abajo, frunciendo el ceño, y luego miró más allá de ella, buscando entre la multitud—. Primero hablaré con su esposo.

Maggie no tenía esposo, ni tampoco acompañante. —Señor, puedo pagarle bien y solo quiero una habitación pequeña y una cama —prometió, levantando la barbilla. Corrió un poco su baúl de viaje para dejarlo detrás de ella, para que él no notara su lamentable estado.

No era culpa de Maggie no tener esposo. Pero el hecho de que estuviera sola era una situación que había puesto nerviosos a otros posaderos en el camino y, curiosamente, a sus compañeros de viaje también les había parecido desagradable.

También parecían creer que no era de fiar, ya que disfrutaba de una buena discusión.

No podía evitar su travesía, pues viajaba para encontrarse con su papá, aunque eso no era asunto de nadie más que suyo. La última vez que había sabido de él, su padre había aceptado un nuevo

puesto cerca de Londres, pero no había tenido noticias suyas desde entonces. Eso había sido hacía meses.

Como de costumbre, se había ido a trabajar para una familia adinerada, y los fondos que ella había reunido para el viaje para encontrarlo tenían que ser administrados cuidadosamente hasta que él le diera más.

Regateó un poco con el posadero por el costo de solo una habitación. Pero al final fue más de lo que esperaba pagar. Su dinero no duraría mucho a ese ritmo, pero cada posadero en este camino parecía dispuesto a robar a sus clientes a más no poder, y a menos que deseara dormir en los establos, tenía que pagar lo que ellos consideraban justo.

Maggie podría haber dado a su padre por perdido hacía mucho tiempo, pero nunca había sido capaz de hacerlo. De niña, le había hecho una tonta promesa a su madre de que siempre, siempre, escucharía las sabias palabras de su padre y haría lo que él dijera. Pero eso se había vuelto difícil, ya que él le devolvía muy poca calidez a cambio.

Puso el dinero de su lado del mostrador y esperó impaciente a que el hombre tomara una decisión y aceptara su moneda. Esperaba que él la considerara una mujer irritable y aceptara solo para deshacerse de ella.

La miró de arriba abajo y asintió, y ella empujó el dinero el resto del camino hacia él. Él se lo guardó rápidamente en el bolsillo. —Puede esperar en el comedor privado, donde está cálido y seco, hasta que su habitación esté lista —ofreció él.

Maggie se sintió aliviada. —Gracias, señor.

Inmediatamente comenzó a hablar con la siguiente persona en la fila, y Maggie huyó. Una noche seca y cómoda era todo lo que necesitaba, y se apresuró a entrar en el comedor privado, agradecida por unos momentos de paz y soledad después de las dificultades del día.

Se dirigió hacia la ventana salpicada de lluvia para mirar hacia afuera y notó que el mal tiempo no amainaba. Un trueno retumbó en lo alto y un relámpago la cegó temporalmente. Maggie se apartó de la ventana y parpadeó hasta que su visión se aclaró. Había oído a

los sirvientes de la posada advertir a otros huéspedes que la tormenta podría empeorar esa noche. Eso también parecía muy probable. El camino más allá del frente de la posada era un lodazal de barro y suciedad.

Había escuchado suficientes quejas a su llegada para saber que pronto se podrían esperar más viajeros agotados por el camino. Se sabía que los caminos que rodeaban el pueblo se inundaban porque todos los ríos y arroyos cercanos tendían a desbordarse a la vez. Así que tuvo suerte de haber conseguido una habitación para esa noche. Pero podría quedarse allí durante días si el mal tiempo continuaba, y esperaba que no se le acabaran los fondos.

Se preocupó aún más por cualquiera que todavía estuviera afuera en la tormenta cuando otro relámpago sacudió el suelo sobre el que se alzaba la pequeña posada.

Acababa de sacar un libro de su bolsillo para comprobar su estado cuando una pareja casada entró en el comedor con un aluvión de palabras ansiosas y seguridades de que la tormenta pasaría. La pareja la miró, comentó sobre el pésimo clima, pero mantuvo la distancia, merodeando cerca de la chimenea en su lugar, sacudiendo el agua de sus capas de viaje.

Maggie observó a la pareja discretamente. Podía decir que se amaban profundamente por la forma en que se cuidaban el uno al otro. El amor, la paciencia y la consideración estaban escritos en sus rostros, y ella les envidiaba una vida tan estable.

Maggie revisó su propio atuendo discretamente. No estaba tanto mojada como húmeda por todas partes. Durante su viaje de hoy, había invitado a un niño pequeño a sentarse en su regazo para darle un respiro a una madre cansada que lidiaba con dos. La madre se lo había agradecido y, por ese breve tiempo, Maggie había fingido que el niño era realmente suyo. Pero cuando se fueron, había enterrado el anhelo de la maternidad y una familia, como de costumbre, porque dolía demasiado pensar que tal vez nunca lo tendría.

Tendría que esperar a tener la privacidad de un dormitorio antes de intentar secar su vestido, su capa y sus botas. Había tenido la mala suerte de que le dieran un asiento en el carruaje en el borde

del banco y había viajado junto a la puerta, por donde se habían filtrado el mal tiempo y la lluvia.

Volvió a centrar su atención en el libro y dejó que la pareja conversara entre sí.

Mientras pasaba media hora de espera, a Maggie le preocupaba que el posadero le hubiera dado su habitación a otra persona, y contuvo un escalofrío. Cuando él finalmente llegó, todo brusco y arrepentido por la espera, se llevó primero al matrimonio, prometiendo volver en un momento por Maggie.

Caminó hacia el fuego, extendiendo las manos hacia el calor de las llamas, un poco decepcionada, ya que había sido la primera en esperar su habitación. Pero mientras estaba allí, luchando contra su impaciencia, se percató de unas voces alzadas más allá del comedor privado.

La curiosidad la impulsó a cruzar la estancia hasta la puerta para ver a qué se debía todo el alboroto en la taberna.

Cuando abrió la puerta una rendija y asomó el ojo por el hueco, al instante distinguió a un nuevo grupo de hombres de pie, chorreando agua por todo el suelo de la taberna.

Estaban malhumorados y cansados del camino, y obviamente los había sorprendido la tormenta. El líder discutía con un sirviente, exigiendo habitaciones y comida para todos de inmediato.

Maggie podía sentir la frustración del hombre desde donde estaba; también percibió que estaba acostumbrado a obtener exactamente lo que quería, cuando lo exigía, y más valía que fuera lo mejor que se ofrecía. Probablemente un hombre rico, poco acostumbrado a las dificultades de un viaje complicado, a pesar de su aspecto desaliñado.

Pero quienquiera que fuese, le esperaba una noche muy, muy dura. Maggie sospechaba que la posada no tendría suficientes habitaciones para todos los necesitados que se detuvieran allí. No era un establecimiento tan grande.

El tipo empezó a caminar hacia ella.

—Señor, por favor, no puede entrar ahí. Hay una dama adentro. No debería ser molestada por hombres en semejante estado.

Maggie se quedó helada, con el ojo todavía asomado por la rendija mientras la atención se volvía hacia la puerta del comedor privado. El más alto de ellos la fulminó con la mirada, viendo claramente su silueta a través de la puerta entreabierta. Murmuró algo que ella no pudo oír, pero que entendió instintivamente. Había soltado una maldición… y Maggie abrió más la puerta, indignada por su falta de modales y su lenguaje grosero.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante un largo momento. Pero entonces… algo en su maldición, el barro que lo cubría, la forma de su mandíbula bajo ese sombrero de fieltro caído, le avivó la memoria.

Se concentró solo en el tipo más alto del grupo mientras él seguía fulminándola con la mirada, compelida a desafiarlo por alguna razón.

Sintió que lo conocía. De dónde, aún no podía decirlo. No era un conocido reciente, sino alguien de su pasado, alguien de hacía mucho tiempo.

Maggie había conocido a muchos jóvenes mientras su padre ejercía su profesión. Por supuesto, si había sido hacía mucho tiempo, él habría sido mucho más bajo, pero había estado igualmente mugriento, cubierto de barro y lodo, y de mal humor también en aquel entonces.

Maggie contuvo una risa cuando su identidad se hizo evidente.

Santo cielo, se había topado con Algernon Sweet, haciendo de las suyas. Cubierto de barro y de nuevo igual de molesto por ello.

Había pasado mucho tiempo desde que había visto al antiguo pupilo de su padre, o lo había visto en una condición tan lamentable. Por supuesto, la última vez había sido enteramente culpa de su ego, pero dado el tiempo que hacía hoy, no creía que él tuviera toda la culpa de su estado actual.

Él dio un paso hacia ella, con los ojos centelleando de ira, pero parecía muy probable que no la hubiera reconocido. Eso fue una gran decepción, porque Algernon había sido inolvidable… y su único amigo en una época.

Se dio cuenta de que el posadero le estaba hablando.

—Disculpe —murmuró Maggie, volviendo su atención hacia el hombre.

El posadero los miró a ella y a Algernon, frunciendo el ceño con severidad.

Pero, incluso antes de que él abriera la boca, ella supo lo que quería: que abandonara la taberna y a sus clientes de inmediato. La taberna no era lugar para una dama hecha y derecha.

—Confío en que mi habitación ya esté lista, señor —dijo con una altiva inclinación de cabeza.

—Lo está. Si es tan amable de seguir a la señora Roper ahora —dijo él con firmeza, echando un vistazo a la taberna una vez más.

Ella asintió y sus ojos volvieron a posarse en Algernon. Parecía que ahora sí había captado su interés, porque una ligera sonrisa jugueteaba en sus labios.

Le guiñó un ojo. —Bueno, será mejor que me vaya para que estos viajeros agotados por el camino puedan ocupar el comedor privado.

—Gracias —dijo el posadero, mientras llegaba su esposa, con aspecto agobiado y cansado.

La mujer acompañó a Maggie por un pasillo hacia la escalera que conducía a los pisos superiores.

La señora Roper se detuvo y se volvió hacia Maggie. —Le pido disculpas por los modales ariscos de mi esposo de hace un momento. Por aquí pasa todo tipo de gente, pero veo que usted no será ninguna molestia.

—Por supuesto que no.

—También espero que no se haya ofendido por el atrevimiento del caballero en la taberna. Ha sido un día terrible y todo el mundo está de mal humor por la falta de alojamiento.

—Lo entiendo, y si yo fuera usted, le aconsejaría que deje a su marido lidiar con ese caballero en particular —dijo Maggie, y luego jadeó y miró a su alrededor—. ¡Oh, un momento, por favor!

Maggie regresó corriendo al comedor privado, contenta de que la habitación aún estuviera desocupada, hacia donde había dejado su maleta de viaje y la tomó.

Salió de la habitación a toda prisa al oír el pesado pisar de unas botas que se acercaban. Se deslizó de nuevo en el pasillo sin ser vista, pero se detuvo a escuchar a su amigo de antaño tomar posesión de la estancia y empezar a dar órdenes.

Notó que su voz era más profunda, pero se quejaba mucho más del mal tiempo de lo que solía hacerlo a los doce años. Mientras instaba a sus hombres a secarse, un escalofrío le recorrió la piel que no tenía nada que ver con estar húmeda y fría, ni con su preocupación por sus sirvientes. —Asegúrense de que a los caballos los hayan frotado bien y que revisen la rueda del carruaje. Espero salir de aquí con las primeras luces del alba.

Sonrió. Algernon había tenido una prisa tremenda todos los días que lo había conocido, excepto cuando leía un libro con ella en la biblioteca. A menudo se burlaba de él diciéndole que se perdería algo importante si no iba más despacio.

Pero ya no se burlaría más de él. Él era importante y ella ya no era la hija de su tutor, corriendo casi como una salvaje por una gran casa y por los cuidados jardines con él. Algernon era rico y estaba destinado a un ducado, por ser el hijo mayor y heredero, y Maggie podría haberse convertido, en el mejor de los casos, en una esposa obediente, si su padre le hubiera proporcionado una dote a una mujer de su avanzada edad de veintiséis años.

Subió las escaleras, siguiendo a la esposa del posadero, contenta de saber que su viejo amigo seguía siendo en gran medida como lo recordaba. Pero puede que Algernon no quisiera volver a verla. No después de los problemas que le había causado aquel último día en Ravenswood. Ahora que era mayor, comprendía mejor el escándalo que podría haber estallado por su creciente amistad con el hijo y heredero de un duque.

Sus posiciones en la vida habían sido extraordinariamente diferentes, al igual que las expectativas para sus futuros y su comportamiento. El niño risueño que había conocido, Algernon, había estado destinado a la grandeza, mientras que la posición de Maggie en la vida seguía hundiéndose cada vez más.

Entró en la habitación alquilada y contuvo un suspiro. Apenas un armario con solo una pequeña ventana en la pared. No había

chimenea, pero la habitación se sentía sorprendentemente cálida. Aparte de una cama individual —una simple caja de madera—, un espejo envejecido colgado en la pared y un par de candelabros, estaba desprovista de adornos.

—Está usted junto a la chimenea de la cocina, así que debería estar bien a gusto aquí esta noche. Cuelgue sus cosas mojadas en las clavijas de esa pared y podrían estar secas por la mañana —prometió la mujer—. Hay otro par de mantas en esa caja a los pies de la cama, y más tarde le subiré algo caliente para cenar.

—No pagué por la cena —confesó Maggie, haciendo una mueca.

—Veo que está pasando por un mal momento, cariño, pero no se preocupe. Mi esposo nunca se enterará.

Aunque la oferta de caridad la sorprendió, no era tan orgullosa como para rechazar una comida. Pero lo único que en realidad quería era secarse la ropa y dormir profundamente toda la noche.

La esposa del posadero se fue de prisa, prometiendo enviar agua tibia para lavarse por la mañana, y luego dejó a Maggie para encargarse de los viajeros que quedaban abajo.

Maggie cerró la puerta con llave y empezó a quitarse las prendas exteriores húmedas, ansiosa por deshacerse de ellas. Colgó la capa y el vestido en las clavijas y presionó las manos contra los ladrillos tibios. Con suerte, su ropa estaría lo suficientemente seca como para volver a ponérsela antes de que llegara la bandeja de la cena prometida.

Maggie se quitó el calzado y se envolvió en una manta antes de ir a la pequeña ventana. Su habitación daba al camino, y el río que serpenteaba por la pequeña aldea se podía ver y también le ofrecía un vistazo de los que llegaban. Estiró el cuello para mirar más lejos. No había mucho que ver hasta que apareció un carruaje que estaba siendo empujado y arrastrado. Lo dirigían hacia un lado de la posada, donde probablemente estaban situados los establos.

Era evidente que el carruaje estaba dañado, ya que se inclinaba bastante hacia un lado, sostenido por un puñado de hombres que se esforzaban. Hizo una mueca al pensar en el lord empapado de abajo, un vizconde cuando lo conoció, y en cómo les había ido también a sus pobres sirvientes. El carruaje de Algernon debió de

haberse averiado en su viaje a algún lugar importante. O venía de Londres o iba hacia allí, una situación similar a la de ella, supuso, y eso era una desgracia. Parecía la peor de las suertes estar viajando por el mismo camino esa semana.

Se apartó de la ventana y consideró la posibilidad de meterse en la cama y quedarse allí. Pero al ver su reflejo en el trozo cuadrado de espejo que colgaba torcido en la pared, casi se murió de vergüenza en el acto.

Su sombrero era un desastre sin forma, tenía una mancha negra en la mejilla y en la nariz, y parte de su cabello oscuro se había soltado de sus amarras en un lado de la cabeza. Lo peor de todo era que el tiempo húmedo había hecho que se le erizara por completo.

Era la mujer más desaliñada que existía, y estaba muy avergonzada. No era de extrañar que el matrimonio se hubiera mantenido a distancia, o que Algernon no la hubiera reconocido. Maggie parecía ir camino a Bedlam.

CAPÍTULO TRES

ALGERNON FULMINÓ CON la mirada la puerta de la taberna. —Mira eso. Simplemente mira eso. ¿Es que esta lluvia infernal no va a terminar jamás?

—Según el posadero, no —advirtió su ayuda de cámara, tiritando junto al fuego de la taberna, reacio a ceder su puesto.

La lluvia había estado cayendo a cántaros desde el día anterior; grandes cortinas de agua que borraban el paisaje y convertían el camino en un arroyo interminable.

Algernon estaba irritado. Aún estaba húmedo y cansado, pues no había dormido bien la noche anterior por la falta de habitaciones disponibles. Una silla en el comedor estaba muy bien para una cabezada ligera, no más de una hora, pero lo que él anhelaba por la noche era una cama blanda bajo su cuerpo.

Al menos, estaba limpio de nuevo y más presentable.

Pero con la lluvia que caía y los caminos inundados, no había posibilidad de que una habitación quedara disponible pronto. Los otros huéspedes difícilmente podrían irse, o querer compartir su aposento y su cama con un extraño.

Aunque si esa mujer bonita del día anterior volvía a aparecer, él podría tener suerte. Había estado esperando volver a verla, pero ella había cenado en sus aposentos la noche anterior y, para su decepción, todavía permanecía en el piso de arriba.

Se volvió hacia la taberna. Los lugareños se habían reunido por la sala y bebían cerveza en silencio, hablando entre ellos. Algernon escuchó discretamente, agradecido de que por ahora lo ignoraran.

—Esto no es nada comparado con la inundación del setenta y cuatro —dijo un anciano.

—Oh, la del ochenta y ocho fue mucho peor —discutió otro—. Atrapados casi un mes esa vez.

Algernon intentó no gemir.

Sims se inclinó hacia ellos. —¿El puente fue arrasado por completo?

—No, el puente no. Pero los caminos que llevaban a él sí que fueron arrasados. Tardaron una eternidad en arreglar nuestro lado, y luego el otro lado también se tomó su tiempo.

—Genial —dijo Algernon en voz baja—. Eso era todo lo que necesitaba oír.

A este paso, podría no llegar nunca a Londres, y tampoco podría regresar a casa para Navidad.

Otro tipo entró, y Algernon se dio cuenta, a juzgar por su forma de mirar a su alrededor, de que no era un lugareño sino uno de los pocos huéspedes que habían conseguido una habitación en el piso de arriba.

El hombre se le acercó. —Un fastidio tremendo toda esta lluvia, ¿no es así? Me llamo Keane, Charles Keane.

—Allan Sweet. Sí, un gran fastidio, ciertamente —asintió Algernon.

—Ah, bueno. Me alegro de tener a mi esposa conmigo para hacerme compañía —el hombre se rio—. Serían unos días aburridos sin la conversación de mi familia, ¿no le parece, señor?

Algernon estaba de acuerdo con él. Cuando viajaba, solía tener a un hermano con él. Casi siempre a Nash, pero ahora Nash no iba a ninguna parte sin su esposa y sus hijos. Se necesitaba a Jasper para dirigir la finca en su ausencia y Stratford, aunque Algernon lo adoraba, habría parloteado todo el camino hasta Londres. Tenía a su ayuda de cámara, por supuesto, pero viajar con un sirviente al que se le pagaba por estar de acuerdo contigo no era lo mismo en absoluto.

Normalmente, Algernon prefería viajar con poco equipaje y de la forma más discreta posible de todos modos, sin usar su título, pero ahora se arrepentía de ello. Un duque podría haber exigido la mejor habitación de la posada, si hubiera parecido uno al llegar.

—¿Y la otra mujer que viaja con usted también está cómoda arriba, supongo?

—¿Otra mujer? Yo no tengo… ah, está hablando de la jovencita del aposento de al lado, ¿verdad? Sí, sí. Debe de ser. Una jovencita bastante retraída, pero bien parecida. Sin embargo, no la he visto para nada desde que llegamos.

—Solo la vi de reojo —dijo, ocultando la verdad. Algernon no había podido apartar los ojos de su rostro.

—Una viuda, sospecho —continuó Keane—. Mi esposa desaprueba enormemente que se quede tanto en su habitación. Apenas nos dirigió la palabra ayer, y la mujer se mantuvo con la nariz metida en un libro todo el tiempo. Mi esposa prefiere conversar a leer cuando viajamos.

Las esperanzas de Algernon se dispararon. Una viuda complaciente que viajara sola podría estar interesada en la compañía de un caballero al anochecer. Y las mujeres aficionadas a la lectura siempre le habían atraído. —Aún no he conocido a esa dama en particular.

—¿Todavía no ha vuelto a bajar?

—No que yo haya visto. —Y también la había estado buscando a ella, y cualquier otra cosa que distrajera su atención en un día tan lúgubre y húmedo.

—Esto es un buen augurio para una cena animada esta noche, entonces. —Keane sonrió—. Tendrá que decirme qué le parece después de que la conozca.

—Tal vez —dijo Algernon, pero usualmente se guardaba sus opiniones sobre los demás para quienes merecían escucharlas.

—Bueno, sé que debería subir pronto a ver cómo está mi amada esposa, pero creo que primero se impone una cerveza. ¿Me acompaña?

—Por supuesto. —Algernon pidió una cerveza para ambos y se sentó de espaldas a la vista del camino, decidiendo que mientras

pudiera oír la lluvia, no había nada más que ver afuera.

Casi había terminado su primera jarra cuando una pequeña figura apareció en el comedor lejano, cuyas puertas se habían dejado abiertas para permitir que los demás usaran libremente el espacio para estirar las piernas. Se detuvo en el umbral y miró hacia la taberna, y sus miradas se encontraron de nuevo.

Algernon sintió una sacudida de reconocimiento. Lo mismo que había sentido ayer. Pero no podía imaginar por qué creía conocerla.

Se inclinó hacia el otro huésped y preguntó:

—¿Cuál era el nombre de la dama?

—No estoy seguro de haberlo oído. Estábamos un poco alterados ayer y ansiosos por llegar a nuestra habitación. Me temo que no hubo presentaciones. —Se encogió de hombros—. Tal vez mi esposa podría averiguarlo por usted. Podría subir a preguntarle.

De repente, la mujer le hizo un gesto para que se uniera a ella en el comedor.

—No, no se preocupe —dijo Algernon rápidamente, poniéndose de pie de inmediato, irracionalmente obligado a obedecer por aquella mano pequeña y exigente—. Con su permiso, Keane.

El hombre murmuró algo en respuesta, pero el cuerpo entero de Algernon estaba enfocado en conocer a la viuda aficionada a la lectura que, con suerte, podría animar su día.

Se apresuró hacia el comedor, entró en el espacio y, por instinto, cerró la puerta detrás de él.

La viuda estaba junto a la ventana, de espaldas a él. Tenía el cabello oscuro y una buena figura —algo más baja que él— e iba bien vestida. Bueno… razonablemente bien vestida. Obviamente, no era una viuda rica.

Se volteó lentamente.

—¿Se le averió el carruaje?

Era atrevida, esta viuda, y a Algernon le gustaba eso en las mujeres. —Sí —dijo, acercándose sigilosamente con la esperanza de identificar su voz antes de que ella notara su confusión—. De hecho, antes de que pudiéramos llegar al siguiente puente.

—Ah. Es una gran lástima que la lluvia no se contuviera un día más. Podríamos haber pasado todos ilesos. ¿O fue providencial que

lloviera cuando lo hizo, forzándolo a usted a bajar el ritmo por una vez? —preguntó, alzando una ceja.

Algernon estaba intrigado. La mayoría de las mujeres no le hablaban así de inmediato, como si estuvieran acostumbradas a conversar con él de manera casual. El título que le fue conferido de joven lo había distinguido durante la mayor parte de su vida. Su ascenso a duque había creado una formalidad con gente que conocía desde hacía años.

Se acercó más, evaluándola. Sí, un poco bajita para su gusto. Tenía un rostro agradablemente redondo, ojos inteligentes de un profundo color café y, si no se equivocaba, también una apreciación por *su* figura, a juzgar por cómo su mirada se paseaba por él.

Sintió un cosquilleo en el cuero cabelludo cuando ella levantó la vista hacia su cabello y sonrió.

—¿Ha perdido su cepillo?

Él se pasó rápidamente los dedos por el cabello y la oyó reír suavemente.

—Sigues siendo vanidoso, ya veo.

Pero el sonido de su risa era agradable, en lugar de malintencionado, y él sabía que había oído esa risa antes. Solo que aún no podía decir de dónde.

—Señora, ¿nos conocemos? —preguntó él, importándole poco si la ofendía por no recordar su identidad.

—Oh, íntimamente. —Ella se rio ante la conmoción que él no pudo ocultar—. Supongo que he cambiado mucho desde nuestro último encuentro. Todo el mundo lo hace, supongo.

—Señora, no creo que sea cierto que nos hayamos conocido antes —se quejó él, irritado por su juego—. Es usted el tipo de mujer que un hombre grabaría en su memoria. Presuntuosa.

—¿Presuntuosa? Sí, bueno, mi padre me lo decía a menudo. Decía que lo avergonzaba —replicó ella, y luego se encogió de hombros—. También dijo que no apreciarías mi sentido del humor. Pero yo solo me burlaba de ti tanto como tú de mí.

Él retrocedió, mirándola fijamente. —Disfruto de una buena broma tanto como el que más, pero las mujeres no se burlan de mí a menos que estén preparadas para las consecuencias.

—¿Ahora eres peligroso? ¿O desprecias a las mujeres tanto como lo hacía tu padre?

—No soy peligroso, a menos que sea para la virtud de una dama —prometió él—. Mi padre nunca entendió que el intelecto femenino no es tan diferente del nostro.

—Me sorprende que admitas eso, ya que una vez afirmaste que tu sexo poseía una inteligencia superior. —Ella sonrió; sus ojos brillaban con alegría indisimulada.

Ella disfrutaba enormemente de la confusión de él.

Algernon inclinó la cabeza hacia un lado, observándola de nuevo. La conocía. Sin embargo, algo en ella no encajaba. Casi podía precisar qué era. Como llevaba guantes, Algernon aún no podía determinar si llevaba un anillo de bodas o joyas en los dedos.

—Te he dejado perplejo. Qué delicia. Siempre afirmabas ser tan bueno para las adivinanzas, aunque estoy segura de que les dirás a los demás que lo descifraste mucho antes de lo que en realidad lo harás.

Él miró a un lado, hacia una mesa de comedor, y detectó un libro con un par de anteojos encima. Ninguna de las dos cosas le dio una pista. Muchas mujeres leían y usaban anteojos.

Él frunció el ceño. —Hay algo que no encaja en su aspecto, señora.

—No hay nada que no encaje en mí, Fairbridge —afirmó ella, poniendo las manos en las caderas y mirándolo con fastidio.

Algernon se acercó, más desafiado que desconcertado. Llevaba siendo duque la mayor parte del año, así que no era una conocida nueva, sino una antigua que no sabía de su ascenso. —Ahora soy el duque de Ravenswood, señora. Mi padre murió.

—Oh —dijo ella rápidamente, llevándose una pequeña mano al pecho—. Mis más humildes disculpas, Su Gracia. Las noticias viajan lento a mi parte del mundo.

Él enarcó una ceja. —¿Y qué parte del mundo sería esa?

—Bueno, eso podría darte todas las pistas si alguna vez supiste adónde fui —dijo ella, alzando las cejas—. Al final recordarás con quién estás tratando y te enfadarás contigo mismo por haberte ganado de nuevo.

Eso, también, le resultaba familiar.

La mujer permanecía allí, sonriéndole, balanceándose ligeramente, haciendo que su vestido bastante sencillo se moviera alrededor de sus piernas, con los ojos chispeando de risa.

Él chasqueó los dedos varias veces. —Lo tengo en la punta de la lengua. Casi puedo saborearlo.

Ella se humedeció los labios, y Algernon también se quedó mirándolos.

—Por esa mirada, supongo que estás pensando que un beso podría ayudar a tu memoria —murmuró ella—. Me pregunto si eso podría ser cierto.

Si la hubiera conocido tan íntimamente como ella afirmaba, seguramente se habrían besado. Esta no era precisamente la privacidad que él solía buscar, pero, bueno, con sus hermanos debidamente casados, alguien tenía que dar el mal ejemplo en estos días.

Algernon inclinó la cabeza y capturó sus hermosos labios, con la esperanza de despertar algún recuerdo hacía mucho tiempo olvidado.

Pero el beso solo lo confundió más. Su inexperiencia era obvia, pero aun así le correspondió el beso, y con un entusiasmo inesperado. Exploró su boca, disfrutándola como un buen vino que había olvidado que le encantaba probar. Intenso, absorbente. De esos por los que podrías perder el alma.

Y Algernon no se saciaba.

Enmarcó el rostro de ella con las manos, buscando nuevos ángulos mientras prolongaba el beso mucho más allá de los límites del decoro. La lengua de ella jugueteó contra la de él y él la succionó con delicadeza dentro de su boca.

Cuando ella se apartó, él la siguió, incapaz de evitar excitarse con su beso.

Cuando sintió una sutil presión contra su pecho, atendió a la razón y se apartó un poco, asombrado de haberse dejado llevar tanto en una habitación cuya puerta no tenía cerrojo.

La mujer pareció momentáneamente aturdida, con los labios entreabiertos y la respiración agitada, pero entonces sonrió.

—Has mejorado.

Pero, aun así, no recuperó ningún recuerdo de ella, solo un abrumador deseo de volver a besarla y quizás más, durante toda la noche. La acorraló un poco contra la ventana, posó las manos en sus caderas y la mantuvo allí, estudiando su rostro con seriedad.

La mujer soportó su proximidad y escrutinio sin miedo ni queja, pero un intenso sonrojo le tiñó las mejillas, señal de que él le afectaba, y él se retiró de nuevo, perplejo por cómo era posible que hubiera olvidado haber tenido antes en sus brazos a una mujer tan apasionada.

—Mi querido Algernon, había olvidado lo fácil que era llevarte de la nariz. Siempre podía conseguir que hicieras lo que yo quería.

Él se detuvo, mirándola fijamente mientras recordaba a la única persona, una simple mocosa, que había tenido ese poder sobre él. Que le había ganado más de una vez y lo había llamado por su nombre de pila. Pero entonces habían sido niños. Él con apenas doce años y ella con diez, y juntos por tan poco tiempo. Poco, pero totalmente memorable.

Con razón le estaba costando tanto identificar a la mujer que tenía delante.

La estudiosa Maggie Black se había convertido en una mujer notablemente provocativa.

Pero un balde de agua fría había caído sobre su lujuria, ahora que sabía con quién estaba tratando. Ella lo había engañado para besarlo hoy. En el pasado, había sido una decisión mutua aprender a besarse el uno con el otro. Pero esos días debían haber quedado muy, muy atrás.

Bueno, si ella quería un juego, él le seguiría la corriente, y la haría retorcerse de la misma manera a cambio de haberlo engañado.

—Lady Sally Ford —dijo, chasqueando los dedos y envolviendo a su amiga perdida en sus brazos—. Jamás podría olvidar la pasión de tus besos.

CAPÍTULO CUATRO

—ESTÁ CLARO QUE no se le escapa una, Su Excelencia —dijo Maggie con acidez, después de un largo momento.

Algernon rio y retrocedió, sonriendo ante la cara de pocos amigos de ella. —Maggie Black, te lo merecías por tomarme el pelo.

La mujer le devolvió una sonrisa pícara. —Algernon Sweet, duque de Ravenswood. Me alegra ver que el peso de tus nuevas responsabilidades no te ha arrebatado el sentido del humor, el que sea que tuvieras.

Algernon la envolvió de nuevo en un largo abrazo y la meció de un lado a otro, atrapado en una ola de alivio al verla una vez más. Maggie había sido una buena amiga en su día, antes de que su padre se la llevara de Ravenswood cuando su periodo como tutor terminó abruptamente. Él y Maggie habían compartido secretos, estudiado temas prohibidos y reído juntos, a menudo de las muchas locuras de sus hermanos, durante todo un año.

También se habían besado, practicando el uno con el otro en secreto. Pero a aquellos besos les había faltado la pasión que acababan de compartir, por supuesto. Él siempre la había considerado casi como una hermana entonces, y había extrañado sus ocurrencias.

La soltó lentamente y le miró el rostro, adaptándose a los cambios que el tiempo había traído. Sus ojos eran de un cálido y profundo marrón, brillando con el tipo de luz cómplice en la que un

hombre entusiasta podría perderse ahora. Sus cejas se arquearon delicadamente en un gesto de interrogación ante su continuo escrutinio, y él le dio un golpecito en la nariz como siempre había hecho, haciendo que su sonrisa se ensanchara.

Miró más allá de su rostro, a su brillante pelo negro, atado pulcramente en la nuca ese día. Atrás quedaban los rizos rebeldes que ella siempre había intentado domar después de correr por la finca, siguiéndolo a él y a sus hermanos menores.

Ahora que había crecido, poseía más curvas, aplomo y elegancia que la chica estudiosa a la que tanto cariño le había tenido. Una mujer como Maggie ya no se escaparía a los campos con él, ni se arriesgaría a meterse en problemas con su padre saliendo a escondidas de la cama para encontrarse con él en plena noche.

Pero entonces recordó dónde estaban, a su padre y el estado civil desconocido de ella. Por lo que sabía, podría tener un marido esperando cerca.

Ese pensamiento le devolvió la sobriedad y retrocedió a una distancia respetable. Miró a su alrededor, pero, afortunadamente, estaban solos. Se humedeció los labios, todavía nervioso. —¿Maggie, está tu marido contigo? Y me encantaría volver a ver a tu padre también —soltó rápidamente.

Maggie bajó la mirada. —Nunca me casé, y mi padre está… en algún lugar… cerca de Londres.

Le sorprendió que no se hubiera casado, hasta que sus últimas palabras le sonaron mal. —¿En algún lugar? ¿No sabes dónde está tu padre?

—No con exactitud. Por eso estoy en camino para encontrarlo —confesó Maggie, y luego se encogió de hombros—. Hace tiempo que no recibo una carta de papá, y me preocupa cada vez más que algo pueda haberle sucedido.

Algernon se sentó en el borde de la mesa para que estuvieran a una altura más pareja, apenas creyendo que Maggie fuera una solterona. —¿Cómo te separaste del señor Black?

—No he viajado con él en años. No desde que… —vaciló—. Bueno, la razón no es importante.

Algernon recordaba que su padre era un viejo pomposo y fanfarrón. Siempre reprimiendo la curiosidad natural de Maggie mientras se congraciaba con el difunto padre de Algernon. El señor Black no había aprobado la estrecha amistad de su hija con el hijo mayor de su empleador, y la había encerrado en su cuarto del ático más de una vez.

Afortunadamente, Algernon pudo conseguir la llave del ama de llaves, y todos mantuvieron eso en secreto de sus mayores.

—Así que tu padre y tú se pelearon, y en serio esta vez.

—Elegí forjar mi propia vida —anunció ella, erizada—. Mi padre también continuó como prefirió.

Algernon percibió que había mucho que no se decía sobre su padre. Sin embargo, sabía que era mejor no insistir. Maggie se lo contaría, o no, a su debido tiempo.

—Entonces, ¿tu padre sigue dando clases?

—Oh, sí. Dedicó su vida a servir a las mentes más brillantes de toda Gran Bretaña y a ayudarlas a alcanzar la grandeza.

A Algernon se le cortó la respiración ante la amargura de su tono.

—¿Y nunca te ayudó a ti a hacer lo mismo?

Ella se le quedó mirando un instante y luego se rio.

—No. Por supuesto que no. Solo soy una mujer, no alguien de quien enorgullecerse. Pero a menudo me escribía para contarme sobre los excelentes jóvenes que guiaba hacia su grandioso futuro.

—¡Me ganabas en todas las pruebas, a pesar de ser dos años menor! —Algernon se puso de pie de un salto, enfurecido por la falta de atención de su padre hacia ella. La tomó por los hombros y los apretó—. La mente más brillante a la que jamás dio clases fue *la tuya*.

—Él nunca admitiría que una hija pudiera superar a sus valiosos estudiantes, y arriesgar su carrera —dijo Maggie, con la voz cargada de desprecio. Pero luego se sacudió el mal humor que la dominaba —. ¿Viajas a Londres o vas a casa, a Ravenswood?

Se volvió a sentar para que estuvieran de nuevo a una altura similar.

—Iba camino a Londres, o al menos eso hacía hasta que el clima se interpuso en mi camino.

—¡Qué descaro! —Se sentó a su lado, apoyándose también en la mesa—. Nunca tuve la oportunidad de visitar Londres.

—Eso es una gran tragedia —reflexionó él, moviéndose de lado hasta rozarla—. Hay muchas librerías excelentes allí que disfrutarías. Quizás las visites con tu padre cuando lo encuentres.

—Dudo que alguna vez vea las librerías de Londres. Mi único propósito es descubrir cómo está mi padre.

—Ah, sí. Y con esta lluvia, por supuesto, tu viaje para encontrarlo se retrasa como el mío.

—En efecto. —Hizo una mueca—. Preferiría no tener que hacer ningún viaje con un clima tan espantoso.

—Pienso exactamente lo mismo.

Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Cómo llegaste a estar tan cubierto de lodo ayer?

—¿Me viste? Oh, claro, ¿eras tú la que me espiaba en la taberna? Curiosa como siempre, ya veo, pero ¿por qué no me hablaste entonces?

Maggie se encogió de hombros.

—Parecías de mal humor, así que pensé que era mejor evitarte.

—Estaba frustrado. Exhausto. Estábamos empapados y temblando. Todavía estoy húmedo. El esfuerzo de enderezar el carruaje y arrastrarlo hasta este lugar nos había puesto a todos de mal humor. Hice mi parte. Ayudé a los hombres, aunque al principio no querían dejarme.

Ella rio suavemente, imaginando las probabilidades de éxito de cualquiera que intentara hacerlo cambiar de opinión.

—La última vez que te vi, estabas en una condición similar y tu padre estaba enojado. Creo que esa es la única razón por la que te reconocí. Eso, y tu indignación por no conseguir una habitación para pasar la noche.

—Sí, y preveo otra noche incómoda por delante, dado que la lluvia sigue cayendo con fuerza, así que nadie puede irse.

—Ah, bueno, poco puedo hacer yo por la lluvia. —Lo miró y de repente le abrazó el brazo—. Pero quizá podría compartir mi

almohada contigo.

Él enarcó mucho las cejas. Ligeramente sorprendido de oír una invitación a compartir su habitación. ¿Y también su cama?

—No creo que sea una buena idea.

Ella le guiñó un ojo.

—No sería la primera vez que roncas en mi almohada.

—No ronco —protestó él, como siempre hacía cuando alguien se quejaba de ello.

Maggie solo se rio y Algernon se encontró devolviéndole la sonrisa. De niño, su buen humor siempre había sido el antídoto para un mal día. Parecía que también obraba milagros en su estado de ánimo hoy.

Ella suspiró. —En realidad, me parecía un sonido bastante reconfortante. Eso y nuestras conversaciones antes de dormir. Todavía me interesa la filosofía, así que podrías quedarte dormido casi de inmediato si alguna vez nos pusiéramos a hablar de eso.

Él sonrió. —¿Así que todavía estudias?

—No tanto como me gustaría. He desarrollado mis propias filosofías, pero no tengo con quién discutirlas en casa.

—Me encantaría escuchar cómo ves tú el mundo y debatir sobre filosofía toda la noche de nuevo —prometió él.

Maggie le abrazó el brazo y luego lo soltó. —Estoy segura de que ahora eres demasiado importante para cargarte con mi compañía o mis opiniones.

Él le tomó la mano. —Nunca me aburrí contigo. Estoy seguro de que nada ha cambiado.

Ella resopló, luego sonó un golpe en la puerta y se apartó de un salto, poniendo una distancia respetable entre ellos.

—Sí, adelante —dijo Maggie en voz alta.

Maggie no era una mosquita muerta, pero tampoco una coqueta descarada. Se preocupaba por su buena reputación, y él también debería preocuparse más por ella.

El hombre mayor que había conocido antes en la taberna entró al comedor, con una mujer de su misma edad colgada del brazo. La pareja los miró con recelo.

Algernon sonrió rápidamente. —Imaginen mi sorpresa al descubrir que mi prima se hospeda en este establecimiento —dijo con naturalidad.

La pareja miró a Maggie, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Maggie pareció quedarse sin palabras por un largo momento, pero se recuperó rápidamente y se encogió de hombros. —Me molestó la última vez que hablamos, así que no compartí con él mis planes de viaje.

—Maggie —la reprendió—. Eres mi familia, y te seguiré a todas partes, mi querida.

—Tenía la esperanza de que esas tonterías se te pasaran con la edad —le susurró sonriendo, pero al instante siguiente se disculpó y salió de la habitación.

Aunque Algernon quiso seguirla de inmediato, el señor y su esposa se interpusieron en su camino. El señor Keane acercó a su esposa y se la presentó.

—Un placer conocerlo, señor —dijo la dama efusivamente—. Debo confesar que estaba muy preocupada. No está bien que una mujer viaje sola. Usted debe de haber estado muy preocupado también por su prima, como para seguirla en medio de esta terrible tormenta.

Algernon asintió lentamente. —Siempre ha tenido una disposición independiente.

—Me alegra que haya venido a hacerse cargo de ella.

—Así es, he venido —prometió, pero por supuesto, no era cierto. Sin embargo, hablar con Maggie era una excelente manera de pasar un día y una noche de lluvia. Le gustaría continuar su conversación en otra parte—. ¿Tienen idea de qué habitación le dieron?

Los Keane estuvieron más que encantados de darle las indicaciones hacia la habitación de al lado de la suya.

Algernon subió corriendo las escaleras y llamó suavemente a la puerta de su dormitorio.

—Sí —respondió Maggie desde detrás de la madera.

—Soy yo.

—¿Qué es lo que *yo* quiero?

—Pensé que podríamos hablar de compartir tu almohada esta noche —susurró con urgencia—. Déjame entrar para que podamos hablar libremente.

—Un momento.

Hubo un silencio casi total en el interior, pero cuando la puerta se abrió, le empujaron algo hacia afuera. La puerta se cerró de un portazo de nuevo sin que él pudiera siquiera vislumbrar a Maggie, antes de que corrieran el cerrojo para dejarlo afuera para siempre.

Algernon levantó hacia la luz lo que le habían dado y se quedó boquiabierto. Sostenía una pequeña almohada bordada con las iniciales de Maggie. La miró fijamente y luego a la puerta, consternado.

—¿Maggie?

—No se volverá a hablar de que te hagas cargo de mí —le advirtió—. *No* soy tu prima.

—Maggie, no lo dije con esa intención —dijo él en voz baja—. Intentaba proteger tu reputación. Tú me conoces.

—Ahora no sé nada de ti, salvo que disfrutas besar a desconocidas con poca provocación —se quejó ella.

—Refuto ese punto. Fui altamente provocado por una mujer muy tentadora que disfrutaba tomarme el pelo. No es como si me hubieras detenido.

—No, no lo hice, ¿verdad? —La puerta traqueteó cuando se retiró el cerrojo y Maggie reapareció. Sin embargo, mantuvo la puerta firmemente cerrada contra él—. ¿Quién es Sally Ford?

—Alguien que inventé en el momento para atormentarte.

—No. No creo que eso sea cierto —dijo ella, con los ojos brillando peligrosamente—. De niño nunca fuiste tan buen mentiroso.

Él se pasó una mano por el cabello. Maggie siempre había podido ver a través de él.

—De acuerdo. Me disculpo. Besé a Sally Ford hace un tiempo, pero estoy seguro de que para ahora ya lo habrá olvidado.

—Me imagino que si besas a todas de esa manera, pocas mujeres lo olvidan. Buenas noches, Su Gracia.

Puso el pie en la puerta para evitar que ella se la cerrara en la cara de nuevo.

—¿Fue demasiado el beso?

Una pequeña sonrisa tiró de sus labios.

—¿Demasiado o muy poco? —bromeó ella, y luego rio—. Quizás lo descubras por la mañana. Dulces sueños, Su Gracia.

La puerta se cerró y Algernon suspiró, decepcionado y extrañamente desafiado por la pregunta.

Maggie le había enseñado a no dar nada por sentado cuando se trataba de lo que ella quería. Había cambiado de opinión por lo que él le había dicho a los Keane abajo, aunque quizá él había supuesto demasiado de su invitación. Debería haber recordado que no podía darle órdenes a Maggie, aunque siempre lo intentaba.

También había sobrepasado los límites del decoro por completo al besarla de esa manera.

Mañana, pediría permiso antes de volver a besarla.

CAPÍTULO CINCO

LA PRIMERA DILIGENCIA de Londres llegó sin previo aviso a la mañana siguiente, muy temprano; dejó solo a dos pasajeros en la posada, pero confirmó que el camino por detrás estaba despejado. La emoción cundió y los carruajes retrasados se prepararon en un frenesí de actividad mientras los viajeros se reunían afuera en el lodo, ansiosos por partir.

Maggie se unió a la fila de viajeros que intentaban abordar la primera diligencia con destino a Londres a la mañana siguiente, solo para decepcionarse cuando se llenó demasiado rápido.

Abrazó su maleta de viaje contra el pecho y se arrastró hacia la siguiente diligencia, decidida a que no le arrebataran su única posesión en medio de la confusión y la perdiera para siempre. No podía permitirse perder lo poco que contenía la maleta.

El segundo carruaje fue declarado listo para abordar con bastante rapidez, y la multitud se abalanzó hacia adelante. Maggie fue arrastrada junto con todos los demás, desesperada por no perder su oportunidad de conseguir un asiento adentro, a resguardo del clima.

Luchó por avanzar, solo para ser arrancada de la fila de repente —de hecho, levantada del suelo— y dejada a un lado, donde pronto se hizo evidente que ahora sería la última en subir y tendría que aferrarse a la parte trasera del carruaje.

Se volteó, irritada, y se encontró mirando los ojos igualmente irritados del duque de Ravenswood.

—¿Y a dónde vas esta mañana? Sin despedirte, debo añadir.

Dios santo, Algernon se había convertido en un diablo mandón.

—Continúo hacia Londres, por supuesto —dijo ella, señalando con obviedad el carruaje que ya estaba casi lleno. Se zafó de su agarre—. ¡Podría haber conseguido un lugar adentro, si me hubieras dejado!

Él miró el carruaje y frunció el ceño. —No voy a dejar que subas a un carruaje como ese —anunció—. No sin que me des la oportunidad de hablar sobre el beso de ayer.

Maggie miró el camino vacío, llena de exasperación. —¿Lamentas que haya sucedido y estás a punto de suplicar mi perdón y jurar que no volverá a pasar?

—No lamento nada, pero me comportaré si me lo pides.

Ella lo miró sorprendida, pero luego negó con la cabeza con firmeza. —Adiós, Ravenswood.

Él la tomó del brazo, impidiendo que escapara.

—Mira, solo hay dos diligencias, y la segunda está casi llena. ¿Quién sabe cuándo llegará la próxima? No puedo quedarme aquí otra noche solo para hablar contigo.

—No te lo estoy pidiendo, pero hay otras maneras de que llegues a donde quieres ir, y con mayor rapidez y comodidad, debo añadir.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—El carruaje que necesitas está siendo preparado en los establos mientras hablamos. Tan pronto como estas dos diligencias hayan partido del frente de la posada, subirás a él… conmigo.

—¿Contigo? ¿Acaso perdiste el juicio por completo?

—Todavía no, pero aún soy joven —prometió él con una sonrisa pícara—. Te aseguro que mi carruaje te parecerá mucho más cómodo que cualquier otro.

—¿Por qué querrías que estuviera en tu carruaje?

—Por la misma razón por la que me diste tu almohada. Simple amabilidad. Todavía quedan algunos días de viaje antes de que lleguemos a Londres, y no se me ocurre una mejor manera de pasar las horas que conversando de todo y nada contigo, mi vieja amiga.

—¿Eso es muy poco apropiado —dijo, asombrada por su oferta de compartir—. No eran parientes. No eran nada el uno para el otro más que viejos conocidos que se habían besado por un reto. Bueno, por unos cuantos retos, en realidad.

—¿Hay muchas maneras de evitar la apariencia de indecoro, y hacerse pasar por un miembro de mi vasta familia es casi infalible.

—¿Si yo fuera un miembro de tu familia, te arriesgarías a que te asesinara por tus maneras autoritarias —masculló ella sombríamente.

Ante eso, él solo se rio. —¿Bueno, a menudo me acusan de ser autoritario. Sin embargo, en este caso, es para tu beneficio. Podrías considerar viajar conmigo como pago por haber compartido tu suave almohada conmigo anoche. Gracias a eso dormí mejor.

Ella sonrió brevemente, pero se le hizo un nudo en el estómago, dolorosamente consciente de que otros estaban escuchando. Se alejó del carruaje para considerar a fondo la invitación de Algernon.

Viajar sola en su carruaje era una locura. Que la vieran haciéndolo podría arruinar su reputación por completo. Pero Algernon siempre tenía prisa. Podría llegar a su destino mucho más rápido si viajaba con él. Decir que no significaría soportar días solitarios y noches adicionales a merced de posaderos codiciosos de su dinero.

El posadero del Stag estaba afuera bajo el sol, viendo a sus clientes marcharse, recibiendo a nuevos huéspedes… y entonces se fijó en Maggie. Le frunció el ceño. Pero cuando su mirada se desvió hacia el duque, su sonrisa se iluminó. Sin duda anticipaba que obtendría más dinero de ambos.

De por sí, Maggie tenía poco dinero de sobra para pagar habitaciones en el camino. Tenía que continuar, pero preferiría mil veces viajar rápidamente en un carruaje más grande que ir apretujada. O mojarse por la lluvia, agarrada a la parte trasera de una diligencia.

Pero aceptar significaría contraer una deuda con el duque que solo podría saldar cuando encontrara a papá.

Se mordisqueó el labio. El carruaje del duque se veía bastante grande, incluso averiado, y sin duda era terriblemente cómodo ahora

que estaba reparado.

Y existía el peligro añadido: podría querer besarla de nuevo.

Maggie no estaba segura de que fuera una buena idea. Hacía una eternidad que un caballero no se interesaba por ella, pero al menos sabía a qué atenerse con un duque. Algernon nunca insinuaría hacerle una oferta de matrimonio solo para meterse bajo sus faldas, si es que todavía pensaba en ello.

Sopesó sus opciones, pero no tenía ninguna mejor. La reputación de una dama podría arruinarse durante cualquier viaje en carruaje con un soltero, pero podría sobrevivir a un viaje si afirmaban ser primos.

Volvió a encontrarse con la mirada de Algernon, y pudo ver que él sabía que ella no tenía otra opción por la forma en que le devolvió la sonrisa. Había sido igual de niño, leyéndole la mente, especialmente cuando sus argumentos la habían convencido. Lo estaba haciendo de nuevo, y con demasiada facilidad para su tranquilidad.

—¿Mientras nadie descubra la mentira, supongo que no haría daño al menos viajar contigo hasta el próximo pueblo —aceptó—. Después de todo, no voy hasta Londres, y tampoco le contaré a mi padre sobre nuestro acuerdo.

—¿Me encantaría llevarte directamente con él.

—¿No.

Algernon apretó los labios. —Al pueblo más cercano a su lugar de trabajo será, entonces.

Eso era más aceptable para Maggie. —Muy bien.

—¿Te prestaré mi libro para pasar el tiempo —ofreció—. Pero no me regañes por su mal estado. Se humedeció un poco.

Ella sonrió, invadida por una oleada de alivio al ver que él seguía siendo el chico generoso que recordaba. Algernon siempre había compartido las cosas que a ella le importaban. Los libros eran sus cosas favoritas en todo el mundo. Eso, y su nuevo favorito: sus besos.

—¿Gracias.

—¿De nada. —Le ofreció el brazo—. Lo más probable es que ya lo hayas leído. Es de casa. De la biblioteca de Ravenswood.

—Recuerdo la biblioteca —respondió ella, aunque no estaba segura de hacerlo. Gracias a los muchos puestos de su padre como tutor de grandes familias, había visto tantas que todas se habían desdibujado en su memoria. Sin embargo, la biblioteca de Ravenswood sin duda había sido un lugar de maravillas y riquezas fuera de su alcance.

—Bueno, ¿dónde está ese carruaje tuyo, primo? —dijo ella, irguiendo los hombros.

—*Nuestro* carruaje —la corrigió el duque, mientras le ofrecía el brazo de nuevo—. Es por aquí, querida prima.

Maggie se sonrojó por la calidez de su voz y deslizó su brazo por el de él; algo que tampoco había hecho con un caballero en mucho tiempo y, ciertamente, nunca con Algernon, quien solía ponerle ambas manos sobre los hombros y dirigirla a todas partes, especialmente para sacarla de la biblioteca a jugar.

Pensar en esos días especiales le hizo más fácil fingir que era tan importante como él, aunque se negó a dejar que le llevara su maletín de viaje.

Lo acompañó de buena gana, abriéndose paso por la calle lodosa, levantándose las faldas para evitar arruinar el dobladillo con el barro. Pero no había forma de salvar sus mejores zapatos de la ruina total, porque cuando llegaron al patio de las caballerizas, había un gran charco de lodo blando entre ellos y el carruaje ducal que los esperaba.

De repente, Algernon la levantó en brazos y, a pesar de sus débiles protestas de que podía caminar hasta allí sola, la cargó a través del repugnante patio de las caballerizas.

Los mozos de cuadra que rodeaban el carruaje sonrieron y susurraron, y el rostro de Maggie se encendió de nuevo con un sonrojo imparable. —No deberías haber hecho eso —se quejó en un susurro.

—Cualquiera que nos vea pensará que tengo un alma galante, asegurándome de que los zapatos y las faldas de mi prima permanezcan libres de lodo y porquería —dijo él en voz alta, claramente para que sus hombres lo oyeran—. Hombres, permítanme presentarles a mi prima, la señora Black. Todos ustedes

se asegurarán de que su viaje con nosotros transcurra sin incidentes, y cuiden su lenguaje.

—Apreciaría su moderación —les dijo ella—. Ahora bájame, grandulón —exigió, dándole una palmada en el hombro a Algernon —. Los caballeros no cargan a sus primas por tanto tiempo.

—Quédate quieta, Maggie —susurró él—. También tenemos que asegurarnos de que el lodo no entre en nuestro carruaje.

Uno de los hombres sacó un trapo y le limpió cuidadosamente el barro de las botas, y luego Ravenswood la arrojó sin ceremonias a uno de los asientos bien acolchados del interior, antes de agacharse para limpiar torpemente el lodo de sus propias botas negras, antes relucientes.

Tomó asiento a su lado y le pasó la almohada. —Devuelta en perfectas condiciones —sonrió y gesticuló a su alrededor—. Seguramente esto es más atractivo que la sobrecargada diligencia postal, querida prima.

Maggie echó un vistazo a su alrededor, admirando los cojines de terciopelo azul bajo ella y notando la fina calidad de los paneles y las gruesas cortinas de terciopelo en las ventanas. Ella era desaliñada en comparación. —Sí, supongo que es tolerable —respondió, con toda la altivez que pudo aparentar.

Eso le ganó una risa de Algernon, quien le gritó al cochero que podían partir cuando quisiera.

Maggie colocó su maletín de viaje a sus pies, contra la pared, mientras otro hombre se unía a ellos adentro. El individuo se sentó frente al duque, en el asiento que miraba hacia atrás y, después de dejar una cesta de mimbre, le sonrió con timidez.

Algernon suspiró. —Este es mi ayuda de cámara, Sims. Nuestro chaperón. Sims, esta es Maggie Black. Visitó Ravenswood antes de tu época. Por favor, refiérete a ella como mi prima casada en todas las futuras paradas.

—Señora Black —dijo él, siguiendo las instrucciones del duque.

—Señor Sims —respondió ella, un poco incómoda por la mentira de ser una mujer casada, incluso si estaba de acuerdo en que era una buena idea.

—Maggie, si necesitas cualquier cosa durante el viaje, solo pídeselo a él o a mí —dijo Algernon, tomando el maletín que el ayuda de cámara había traído consigo y abriéndolo.

—Le pido disculpas por la insistencia de su empleador en que lo acompañe —le dijo ella a Sims.

El hombre sonrió. —No hay quien detenga a un duque cuando quiere lo que quiere.

—Sí, recuerdo esa mala costumbre que tiene desde la infancia —murmuró ella.

—Estoy seguro de que todo el mundo se queja de eso en algún momento —coincidió el ayuda de cámara con una risa suave.

Aunque probablemente un sirviente no debería haberse burlado de su empleador, Maggie notó que el hombre le tenía un gran afecto a Algernon y, de hecho, parecía que el sentimiento era mutuo, porque Algernon no reprendió a Sims por su comentario impertinente.

Sims sacó un delgado volumen y un lápiz del interior de su abrigo y escuchó al duque mientras tomaba algunas notas rápidas en las páginas, antes de volver a guardarlos. Ambos hablaron del camino que tenían por delante y de algunos otros asuntos de negocios mientras se ponían en marcha y, luego, al ayuda de cámara se le dio permiso para entretenerse.

Algernon, una vez que el carruaje comenzó a tomar velocidad, se afianzó con un pie contra la puerta y la otra rodilla apuntando hacia ella, dejándole a Maggie todavía bastante espacio en el lado derecho del carruaje. Ella agradeció el espacio para las piernas después del apretado viaje del día anterior, apretujada entre sus compañeros de viaje y la puerta por la que se filtraba agua.

Algernon suspiró ruidosamente cuando pasaron el siguiente cruce del río sin incidentes. —Nunca pensé que nos liberaríamos.

—Lo dices como si hubieras estado prisionero allí —señaló Maggie—. No era un mal lugar.

—¿Acaso cenaste anoche? Recuerdo a cierta jovencita tan poco impresionada con el estofado como siempre lo he estado yo.

Ella sonrió levemente, ya que había disfrutado de la cena de la noche anterior simplemente porque alguien más había cocinado. —

Lamento que la cena no fuera de su agrado, Su Gracia. Quizás si usara su título, el servicio y la calidad que ofrecen en las posadas mejorarían.

—Tu compañía anoche habría compensado cualquier decepción con la comida —le prometió él—. El comedor privado se sintió bastante lleno… y ciertamente no tenía a ninguna amiga a mi lado para entretenerme.

—Una pena que no pudieras llevar un libro a la cena. Pero la gente tiende a encontrar grosero que leas en la mesa —apuntó ella.

—No me imagino por qué —dijo Algernon, pero su sonrisa sugería lo contrario.

—El pueblo que sigue al próximo debería ofrecer una oportunidad para comprar libros, Su Gracia —prometió el ayuda de cámara.

—Bueno, ahí lo tienes. Sims nos buscará libros a ambos después de que almorcemos —anunció Algernon, mirando la cesta de mimbre a sus pies.

—Sims no tiene que comprarme nada —dijo ella. Pero la mirada de Algernon a la cesta de pícnic y la mención del almuerzo hicieron que su estómago gruñera anticipando su próxima parada.

Afortunadamente, nadie la oyó.

—Sería un placer para mí ser de ayuda, Sra. Black. Es parte de mis deberes mantener al duque entretenido en todo momento —confesó Sims, con otra sonrisa burlona para su empleador—. Y a cada miembro de su familia también.

—Ciertamente, es su trabajo —coincidió Ravenswood—. Y si la Sra. Black es feliz, entonces yo también lo seré, aunque ¿quizás a ella le gustaría elegir sus propios libros?

—Una excelente idea, Su Gracia —respondió Sims. El ayuda de cámara se recostó con la cabeza contra los cojines, sonrió y cerró los ojos.

A los pocos minutos, el hombre parecía estar dormido.

Maggie se inclinó hacia el duque, levantando una ceja y mirando al ayuda de cámara. —Nunca puedo dormir viajando de espaldas.

—Es una habilidad —dijo él—. Sims está disponible para mí día y noche, así que aprovecha para dormir cuando puede, y nunca me

quejo de su falta de conversación. Es un sirviente excepcional.

—Debe ser agradable tener a alguien que te cuide todo el tiempo —dijo ella, con bastante envidia. Maggie no había tenido una doncella personal en años, ni un ama de llaves en meses. No podía permitirse el gasto de más de un servicio de limpieza ocasional.

—Claro que sí —dijo él. Su mirada bajó hasta los labios de ella, y se humedeció los suyos—. Te prometo que ni Sims ni los demás hombres dirán una palabra sobre que viajes conmigo. Serán la discreción en persona.

Maggie también se mordió el labio, imaginando los labios de Algernon presionados contra los suyos de nuevo. Ese hombre había sido delicioso, y más experimentado y excitante de lo que su único pretendiente jamás había sido. Pero ahora no estaban solos en el carruaje, y apartó la mirada de la tentación que él representaba.

—Me alegro, porque no me gustaría causarte problemas.

—Nunca has sido un problema para mí, Maggie, pero no me gustaría hacer enojar a tu padre y tener que enfrentarlo en el campo del honor.

Maggie hizo una mueca.

—A mí tampoco me gustaría eso, cuando no hay razón para que él dude de tu carácter.

Su padre ya creía lo peor de *ella*, y ahora no había nada que pudiera hacer al respecto.

De repente, Algernon se puso a rebuscar en su propio maletín de viaje. Le ofreció un libro.

—Como te prometí.

Ella tomó el libro, hojeó las páginas húmedas y sonrió con picardía.

—¿Estabas leyendo esto cuando te caíste por la puerta del carruaje?

Los ojos del duque se abrieron de par en par.

—¿Cómo supiste que me caí...?

Maggie se rio.

—Oh, debería ponerte sobre mis rodillas por engañarme para que lo admita. Me robas la dignidad con tanta facilidad.

—No puedo evitarlo si eres tan fácil de fastidiar, Su Excelencia. —Hojeó hasta el final del libro.

—Antes no leías tan rápido —se quejó Algernon, cuando ella cerró el volumen.

—Ya he leído este antes —admitió ella, pero volvió a abrir el libro —. No importa. Lo disfrutaré de nuevo si lo leemos juntos.

Él asintió y sacó un par de gafas.

—¿Así que el duque de Ravenswood tampoco es inmune a la vejez? —murmuró ella, sacando las suyas.

—Parece que no. —Algernon sonrió, pero volvió a guardar sus gafas—. Sabes, no he tenido el placer de escuchar tu voz en estos últimos años. Te he extrañado muchísimo.

Un ligero rubor le encendió las mejillas, y luchó por contener el placer que le produjo escuchar un cumplido tan inesperado de su parte. Por lo general, a la mayoría de la gente no le gustaba su costumbre de leer en voz alta y afirmaban que era perjudicial para su carácter, no algo que se pudiera extrañar.

Maggie comenzó por la primera página y continuó leyéndole a su público cautivo mientras el día avanzaba. Pasaba una página tras otra, con la voz firme, fingiendo no darse cuenta de la forma en que Algernon le miraba los labios tan fijamente, como un hombre cautivado por lo que veía.

CAPÍTULO SEIS

—TE DIJE QUE pasaríamos la diligencia —se jactó Algernon, dándole un codazo para que levantara la cabeza del libro.

Maggie soltó un sonoro suspiro y pasó la página. —Sí, lo hiciste. Como siempre, el duque de Ravenswood tiene razón.

Algernon la miró con el ceño fruncido. No le gustaba esa nueva costumbre de Maggie de llamarlo por su título. Pero parecía no poder insistir en que no lo hiciera. Por supuesto, ella argumentaba que un miembro de la familia solo lo llamaría por su título, y que una manera tan respetuosa de dirigirse a él no era menos de lo que merecía.

Y sin embargo, esa era Maggie.

Maggie, la que lo había superado en matemáticas más veces de las que él podía contar. Maggie, cuyo conocimiento de historia a los diez años había sido algo aterrador de presenciar. Maggie, la que lo había desafiado y se había negado a fingir que no era más inteligente. Y probablemente, todavía lo era, aunque ahora se le daba mucho mejor ocultarlo.

Habían pasado gran parte del día turnándose para leer el libro en voz alta, pero al final él se había cansado. Maggie había seguido leyendo en silencio después de eso y parecía estar cerca del final, gracias a Dios. Aunque cada vez que dejaba de leer, ella, por supuesto, cuestionaba la insistencia de él en que viajara en la comodidad de su carruaje más allá del siguiente pueblo que habían

acordado. Insistía en que debía tomar la diligencia del correo, como había sido su intención original.

Pero si ella estuviera en la diligencia del correo, y él permaneciera solo en su carruaje, no podría hablar con ella. Y estaba disfrutando de eso: reanudar su amistad, ponerse al día sobre los acontecimientos de su vida y contarle las travesuras de sus hermanos menores y del resto de su familia.

Por lo poco que Maggie había revelado sobre su *propia* vida, a él también le preocupaba la desaparición de su padre, ya que no parecía racional. La correspondencia de él con su hija siempre había sido un factor constante durante su distanciamiento. Su antiguo tutor aceptaba un nuevo puesto cada dos años, yendo de un alumno a otro a medida que superaban su tutela.

A Algernon le quedaron pequeñas las enseñanzas del señor Black con bastante rapidez, mucho antes de que terminara el año. Sin embargo, no le habían quedado pequeñas las de Maggie. Sus conversaciones fuera del aula, entre lecciones, lo habían desafiado a ampliar su educación de maneras que no había considerado posibles, ni tampoco de la forma en que el padre de ella lo había sugerido nunca.

Maggie cerró el libro y miró por la ventana con un suspiro. —¿Cuánto falta?

—Vi una señal de una milla para un pueblo hace unos minutos —le prometió.

—Bien. Necesito estirar las piernas. Y me pregunto si por casualidad este lugar tendrá esa librería que mencionó tu ayuda de cámara.

—Tendremos que esperar y ver —dijo él, contento de haber decidido detenerse más temprano de lo planeado ese día.

—Sí —dijo ella lentamente.

Señaló el libro que ella no había estado leyendo. Uno de los suyos que estaba encima de su gastado maletín de viaje. —¿Puedo verlo?

Ella se lo entregó y él estudió la portada. —No creo haber leído este.

—¿No?

—No.

—Bueno, ahora es tuyo, una pequeña compensación por toda tu ayuda. Léelo cuando gustes.

Todavía estaban a cierta distancia de Londres debido a la lenta velocidad a la que viajaban, por lo que aceptó con gusto el volumen, pero no como una compensación ni con la intención de conservarlo para siempre. Maggie parecía tener muy pocas cosas consigo. Había usado el mismo vestido durante tres días seguidos.

—Tengo otros libros que puedo compartir de mi baúl cuando paremos, si es que te gustaría leer sobre prácticas agrícolas y la cría de ovejas.

Ella se rio. —Bueno, eso sería un cambio para mí. Mi última lectura fue un poco árida.

—Sí. *Los templos de países lejanos, narrados por un ávido explorador* —leyó él en el lomo—. ¿Escrito por un caballero pretencioso y adinerado, supongo?

—Sí. Anhelo el día en que encuentre un libro escrito por una mujer que viaje con fondos limitados —dijo ella—. Tantos relatos de viajes son áridos y carecen de los detalles esenciales que una mujer necesita. Detalles de la vida en el camino. Los costos. ¿Has viajado? —preguntó, mirándolo de reojo.

—Por desgracia, mis viajes se han limitado a excursiones a Londres y a varias fincas esparcidas por la campiña inglesa. Si he ido a alguna parte, ha sido solo a través de las páginas de libros como este —admitió él. Lo guardó a su lado para leerlo más tarde y luego reanudó su estudio de Maggie—. ¿Y tú? Siempre hablabas de irte a explorar el mundo.

—Los sueños de una niña ingenua. Estoy bastante satisfecha con mi vida hasta ahora y acepto sus limitaciones —afirmó ella.

Algernon no le creyó del todo. —¿Y cuáles serían esas limitaciones?

—Bueno, las habituales: soy una mujer. Las mujeres no se embarcan en grandes aventuras, ¿o sí? Se quedan en casa y se ocupan del hogar.

—Así que tienes una casa que administrar —dijo él, con cautela. Maggie se había mostrado reacia a ofrecer muchos detalles

personales de su vida hasta el momento, especialmente de dónde venía.

—Una casita de campo. Nada como Ravenswood. Mis padres tuvieron una bonita casa una vez, y papá regresaba allí por un tiempo entre sus trabajos como tutor. Pero entonces mamá murió y él la vendió. Perdí la cuenta de en cuántas casas me quedé después de eso. Así que cuando cumplí veinte años, anuncié que no seguiría más con él.

—¿Ah, sí? ¿Qué te llevó a tomar esa decisión?

—El problema de siempre —dijo ella.

Algernon frunció el ceño, sin saber a qué se refería, pero por la mirada en sus ojos, era algo desagradable y probablemente involucraba a algún sinvergüenza que la había decepcionado. ¿Sería por eso que no se había casado?

—¿Así que hiciste tu propia vida, amigos y vecinos hace seis años? —inquirió él, decidiendo que era prudente no presionarla por los detalles de lo que le hubiera sucedido, al menos por el momento.

—Tengo pocos conocidos, aunque probablemente habrían desaprobado mi búsqueda de mi padre si les hubiera contado mis intenciones.

—¿Deben de estar preocupados por tu ausencia?

—Supongo que podrían estarlo, a su manera. Conmigo ausente, no hay nadie más que les lea la correspondencia. En realidad, es el único lugar que conozco ahora. Todos los demás sitios en los que he vivido son solo un vago recuerdo.

—¿Incluso Ravenswood? —preguntó él.

—Recuerdo algunas cosas. La escalera de caoba y a ti gritando como un descosido es lo más claro.

—Eso es probablemente porque Stratford no paraba de deslizarse por la barandilla hasta el vestíbulo. Tenía cinco años. Yo siempre corría tras él, tratando de atraparlo antes de que se rompiera el cuello. Te recuerdo muy bien allí —admitió él—. Tenías tu propia pequeña habitación en el ático, y siempre estabas sentada junto a las ventanas, leyendo en lugar de salir a jugar.

—Bueno, eso es lo que se espera que hagan las jovencitas hijas de tutores cuando no hay otras niñas con las que jugar. Estar

callada. No llamar la atención. No olvidar que la posición de mi padre depende de causar una buena impresión en todos. Mi padre esperaba que me comportara —le recordó ella—. Aunque no eres quién para hablar. A menudo te sentabas en el jardín bajo un árbol, con la nariz metida en un libro también, ignorando a tus hermanos que se empujaban y se revolcaban por ahí.

Él sonrió. —Al final salías a sentarte a mi lado y aprendiste a ignorar a mis hermanos también.

—Para ser sincera, nunca entendí sus juegos. A esa edad, todo parecía muy tonto, eso de tratar de derribarse el uno al otro.

Él se rio. —Sí, bueno, tenían una energía inagotable. Como el mayor, yo era responsable de ellos. Tenía que inventar excusas para hacer que mis hermanos corrieran por ahí para que, cuando llegara la hora de sus lecciones o clases, se quedaran quietos.

—Tú, sin embargo, ¿no necesitabas que te insistieran para quedarte quieta en las lecciones o conferencias?

—Creo que sí, sobre todo si el tutor era inferior a lo que yo esperaba. Tuve un tutor que intentó asegurarme que era posible navegar por el océano y caerse por el borde del mundo.

—¡Cielos! —dijo ella—. ¿No se desmintió esa teoría hace mucho tiempo?

—Bueno, está claro que a él no le llegó la noticia. —Se acercó más—. ¿Y tú? ¿Alguna vez intentaste ser maestra?

—Por Dios, no. Mi padre nunca me hubiera permitido tener una profesión.

Algernon la estudió. —¿Y ni siquiera en su ausencia lo has intentado?

—He intentado ayudar a mis vecinos cuando reciben sus cartas, pero hasta ahí llega mi tutoría, si es que se le puede llamar así.

—Oh, qué lástima. Habrías sido una gran maestra, creo, si te lo hubieran permitido. Fuiste muy paciente conmigo.

—Podría haber sido muchas cosas geniales si no hubiera nacido mujer —refunfuñó ella—. Ah, ya llegamos. Este pueblo de adelante parece de buen tamaño.

El pueblo era una pequeña y próspera ciudad comercial. Algernon descendió del carruaje, dejando a Maggie adentro, y le habló al

lacayo, que había viajado en la parte trasera toda la tarde. —Consiga dos habitaciones, contiguas, por favor, Sims. Mi prima está cansada.

El lacayo, sabiendo que Maggie no era pariente suyo en absoluto, enarcó una ceja sorprendido por la petición de habitaciones contiguas, pero se apresuró a cumplir la orden sin hacer preguntas. Probablemente Algernon no debería querer una habitación contigua, pero nunca había disfrutado tanto una conversación como la que había tenido con Maggie en su viaje hasta ahora. Presentía que a Maggie se le habían negado muchas cosas en su vida. Le dolía pensar que una inteligencia tan grande se desperdiciara en un pequeño pueblo donde su padre la había dejado, olvidada e infravalorada.

El lacayo regresó y le aseguró que era posible conseguir las habitaciones contiguas. Abrió la puerta del carruaje para ayudar a Maggie a bajar.

El posadero corrió hacia ellos. —¡Señor! Un placer verlo de nuevo… y esta vez con una esposa, nada menos. Felicitaciones.

Algernon se quedó boquiabierto mirando al hombre, mientras Maggie soltaba un jadeo de evidente sorpresa. —Oh, sí. Eh… ¿qué decía?

—Temía que este día nunca llegara —confesó el posadero, estrechándole la mano a Algernon mientras le sonreía radiante a Maggie—. Bienvenida. Espero que usted y su esposo disfruten de su estancia en nuestro humilde establecimiento.

—Bueno, eh… Vamos, querida —dijo Algernon, tendiéndole la mano a Maggie—. Estoy seguro de que necesitas tranquilidad para recuperarte de nuestro viaje.

Maggie se giró para mirarlo con reproche. Cuanto más lo estudiaba, más hostil se volvía su expresión. Finalmente, puso su mano sobre la de él. —Sí, creo que esa es una muy buena idea. Me gustaría tener algo de privacidad antes de nuestra próxima discusión.

Algernon tragó saliva. Oh, Dios mío. Esto era un desastre.

La acompañó al interior de la posada y subieron de inmediato a las habitaciones que el posadero les indicó, con la sangre bombeándole salvajemente por las venas. ¿Casado? ¿Con Maggie?

Iba a cantarle las cuarenta o a matarlo. Ya lo había amenazado con hacerlo.

Durante todo el camino por las escaleras, las yemas de los dedos de Maggie se clavaron en el dorso de la mano de él. Se disculparía profusamente una vez que estuvieran solos, pero el daño a la buena opinión que ella tenía de él ya estaba hecho. Había olvidado por completo que lo conocían aquí.

Le abrió la puerta y la dejó pasar antes que él a la primera alcoba. Pero antes de que pudiera cruzar el umbral para hablar, Maggie le cerró la puerta en la cara.

Él suspiró. Sí. Eso había sido pasarse de la raya.

Fue a su propia habitación y entró en un cuarto pequeño y ordenado. Miró la puerta que comunicaba con la otra habitación y fue a llamar.

Maggie la abrió de golpe. —¿En qué estabas pensando al pedir una habitación contigua cuando te conocen aquí?

—Sí, me había olvidado de eso —dijo él, mientras echaba un vistazo a la habitación de ella y notaba que era más grande y bonita que la suya. Lo aprobó—. Lo siento.

—También se acordará de haber conocido a tu *nueva esposa* la próxima vez que vengas de visita —susurró Maggie, claramente horrorizada.

—Posiblemente.

—¡Algernon! —sus ojos se entrecerraron peligrosamente—. No puedo ser tu esposa.

—Lo sé. Tú lo sabes.

Ella se puso las manos en las caderas. —¿Por qué esto no te molesta más?

—Me arrepentiré si se pone a chismorrear, pero no cambiaría nada de este día.

—Te has vuelto un temerario. Impulsivo. Presuntuoso y…

Algernon rápidamente le puso un dedo sobre los labios. —Te aseguro que no tengo intención de importunarte como un esposo de verdad podría esperar hacerlo.

Deslizó lentamente el dedo para apartarlo de sus labios y oyó un pequeño jadeo escaparse de su garganta.

Algernon se quedó quieto, impactado por lo que estaba haciendo… y, sobre todo, por lo que más quería hacer a continuación: encontrar cualquier excusa para besarla de nuevo.

Estaba siendo temerario y, normalmente, actuaría según sus impulsos con una mujer que le gustara. Pero Maggie era su querida amiga, y debía comportarse con más moderación a su alrededor hasta que lo invitaran a hacer lo contrario. Ella todavía no había expresado tal invitación, aunque había habido amplias miradas que sugerían que estaba considerando su atractivo.

Se alejó de ella. —Cena en tu habitación si deseas castigarme por quererte cerca, Maggie. Me lo merezco.

Giró sobre sus talones y desanduvo sus pasos hasta la puerta, decidiendo que Maggie podría necesitar tiempo para que se le enfriara el genio antes de que lo perdonara.

La posada presumía de una taberna, y se dirigió allí para esperar en una mesa cerca de una ventana. La cerveza era decente y el lugar cálido, y se adormeció un poco mientras la sala se llenaba de recién llegados, y consideró qué estaba haciendo con Maggie.

Maggie, aunque muy deseable, era la última mujer con la que un duque endeudado debería coquetear tan a menudo. Ella había dicho poco sobre sus circunstancias, pero él había deducido lo suficiente como para darse cuenta de que vivía casi en la pobreza y estaba decepcionada con su vida. Su capa ocultaba a la mayoría el mal estado de su vestido, pero las suelas de sus zapatos estaban casi gastadas por completo.

Él no podía ser otra decepción para ella.

Y, sin embargo, había pensado todo el día en volver a besarla. Hoy, y desde que se reencontró con Maggie, había ignorado que viajaba a Londres para reunirse con una rica vizcondesa.

Lady Stephanie Kent tenía los contactos, el linaje y la elegancia, por no mencionar el dinero, para satisfacer las necesidades inmediatas de Algernon en una novia.

Pero la idea de casarse con ella no le atraía. No cuando no había afecto entre ellos. Había intentado que ella le gustara más la temporada pasada, y había fracasado. Esperaba que pasar más tiempo con la mujer antes de proponerle matrimonio pudiera

rectificar esa situación. Y por eso se dirigía a Londres… para verla de nuevo y encontrar el momento adecuado para proponerle matrimonio.

Algernon estaba bebiendo su quinta jarra cuando oyó una risa estridente que le recordó a Lady Kent. Reprimió un escalofrío, lo cual no era en absoluto la reacción correcta para un futuro novio.

Cuando oyó de nuevo el ruido agudo, se enderezó y miró alrededor de la taberna.

Un silencio se había apoderado de los clientes de la taberna en la hora que llevaba allí, y la risa no provenía de nadie cercano. Dirigió la mirada hacia la ventana abierta y divisó un carruaje que reconoció, parado justo afuera de la posada.

La distintiva franja ondulada negra y azul a lo largo del costado del carruaje de Lady Kent era inconfundible.

Parpadeó, sorprendido de verla allí... pero no estaba sola.

Lady Stephanie Kent y un hombre extraño parecían estar forcejeando dentro de su carruaje, en pleno encuentro amoroso.

Algernon entrecerró los ojos ante su comportamiento descarado. Una cosa era que una viuda se encontrara con un amante en un carruaje al anochecer, pero otra muy distinta era hacerlo a plena luz del día con las cortinillas del carruaje recogidas.

El individuo luchaba por escapar por la puerta abierta, sujeto por Lady Kent mientras intercambiaban besos apasionados. Sin embargo, en cuanto los pies del hombre tocaron el suelo, este trastabilló hacia atrás y ella se marchó con un saludo majestuoso.

Algernon observó al individuo entrar corriendo en la taberna y examinar a los que estaban dentro, mientras se arreglaba el pelo y se bajaba su práctico chaleco marrón.

El hombre tenía una apariencia completamente anodina. Cabello castaño claro, vestido de forma discreta y sin una riqueza evidente.

Pero era unos seis años más joven que Algernon.

El hombre pidió una jarra de cerveza y se dirigió hacia la única silla vacía de la sala.

La que estaba frente a Algernon.

—¿Le importa si lo acompaño, señor? —preguntó. Su voz era suave, vacilante. Casi tímida.

—No, en absoluto —murmuró Algernon, incómodo por la petición, pero la curiosidad pudo más—. ¿Quién era el nuevo amante de Lady Kent?

Después de un momento, su mirada se cruzó con la de Algernon. —¿Es usted de por aquí, señor?

—No. Solo estoy de paso —aseguró, aliviado de que no lo reconocieran—. ¿Y usted?

—Sí. También de paso —el individuo echó un vistazo alrededor—. Pero esperaba que alguien supiera de algún puesto que pudiera solicitar.

—No tengo conocimiento de ninguno —respondió Algernon, sorprendido por la rareza de la pregunta. Algernon no había oído ni un solo rumor de que Lady Kent estuviera involucrada en ninguna aventura antes de hoy—. ¿Está buscando un puesto?

—No exactamente —dijo el individuo, sonrojándose.

Algernon guardó silencio mientras sorbía de su jarra, considerando qué decirle al hombre a continuación. Pero al ver que el joven ignoraba su propia bebida, reconsideró sus suposiciones. El tipo no podía tener más de veinte años, quizá incluso menos. ¡Todavía tenía granos! ¿Qué hacía Lady Kent besando a un simple muchacho?

Algernon se inclinó hacia adelante. —¿Hacia dónde se dirige?

—A Londres.

El carruaje de Lady Kent iba en dirección opuesta a Londres. ¿Había hecho un viaje solo para seducir a su joven amante? Trató de recordar si ella poseía alguna propiedad cercana, pero no lo creía.

—¿Vive en Londres?

—Soy un... Sí.

Algernon pensó en su forma de responder. El individuo se había mordido la lengua para no dar una explicación más larga. El muchacho era un *sirviente*.

Algernon volvió a mirar por la ventana para ocultar su sorpresa. *Sirviente de Lady Kent*, al parecer. Si era así, el muchacho era nuevo en su servicio.

—Londres es un lugar de grandes oportunidades para los jóvenes ambiciosos.

—Yo también lo pensaba. Hasta que...

Algernon se recostó en su asiento. —¿Hasta que...?

—Nada —respondió el joven con evasivas, mirando a su alrededor con culpabilidad. Al girar la cabeza, Algernon notó pequeñas marcas de mordiscos en su cuello.

A Algernon se le erizó la piel de repugnancia. —¿Se encuentra usted en alguna dificultad, señor?

—No, por supuesto que no —susurró el joven, aunque sonaba horrorizado por la pregunta.

Dios Santo, solo era un muchacho y la situación le quedaba grande.

Algernon luchó por ocultar la repulsión de su rostro por lo que Lady Kent podría haberle hecho, y no solo en su carruaje. Ya había visto esto antes, pero por lo general se trataba de una joven doncella de la que se aprovechaba su empleador, no de un lacayo o un mozo de cuadra seducido contra su voluntad por la señora de la casa. Permanecieron en silencio un rato mientras Algernon consideraba qué debía hacer o qué podía decirle al joven. Involucrarse con un empleador no le ayudaría a prosperar al final. Terminó su cerveza, observando al joven sorber y ocultar una mueca por el sabor de la suya. El joven se hundió aún más en su silla.

Después de veinte minutos de silencio, Algernon tamborileó con el dedo para llamar su atención. —¿Hablaba en serio sobre encontrar un nuevo empleo?

—No. En realidad no. —El joven se pasó rápidamente una mano por el cabello, revisando discretamente también su ropa—. Solo era una fantasía ociosa mía buscar un puesto más desafiante.

La curiosidad de Algernon estaba ahora completamente despierta.

El joven miró por la ventana, palideció de repente y se encogió en su silla para que no pudieran verlo fácilmente. Volvió a hundir la nariz en su jarra.

Algernon también miró hacia afuera y vio el carruaje de Lady Kent parado de nuevo justo frente a la posada. No se molestó en ocultarse cuando la dama con la que tenía la intención de casarse regresó por su joven amante.

Finalmente, el joven suspiró y se puso de pie. Claramente, pensó que no tenía más opción que seguir complaciendo a Lady Kent.

—Que tenga un buen día, señor —masculló, con voz de derrota.

—Un momento —murmuró Algernon—. Tiendo a confiar en mis instintos, y si yo fuera usted, buscaría un nuevo puesto más temprano que tarde.

El joven asintió y se dirigió a la puerta. Algernon se levantó y luego se dio la vuelta para subir a sus aposentos, sumido en sus pensamientos. ¿Con qué frecuencia tenía Lady Kent aventuras con sus sirvientes? Tendría que investigar eso antes de proponerle matrimonio.

Entró en sus aposentos, necesitando estar a solas con su inquietante descubrimiento. Tendría que confrontarla sobre sus sospechas. Si encontraba más pruebas de tales amoríos, no podría casarse con una mujer propensa a acostarse con cualquiera. Requería que su heredero fuera su propio hijo, y que no hubiera dudas en su mente al respecto.

De repente, Maggie corría hacia él. —¿Dónde te habías metido? ¡Estaba muerta de preocupación por ti!

—Solo en la taberna —dijo él, parpadeando sorprendido por su queja. Le agarró las manos cuando ella se acercó lo suficiente, conmovido por su preocupación.

¿Se había preocupado por él? De todas las personas del mundo, era Maggie quien lo extrañaba, y eso lo conmovió profundamente.

Le besó el dorso de las manos y luego le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. —No había razón para preocuparse.

—Pensé que me habías abandonado. Acabamos de casarnos —se quejó ella.

Algernon comenzó a disculparse…, y entonces recordó que no estaban casados en absoluto. Se rio, comprendiendo que había sido perdonado en su ausencia y por la farsa de ser una pareja casada. Sus bromas le sentaban bien. Ella lo distraía de sus problemas con tanta facilidad. Incluso de niños, Maggie siempre había intentado calmarlo.

Era una cualidad que deseaba en una esposa.

Maggie lo miró, y luego su sonrisa se desvaneció lentamente. —Algo pasó mientras estábamos separados. ¿Qué fue?

Ella también podía leerle el estado de ánimo.

Así que le contó que se había encontrado con el joven en la taberna, su evidente renuencia a regresar al carruaje de su empleadora y sus sospechas de que estaba ocurriendo un romance escandaloso.

Pero le ocultó que iba en camino a encontrarse con esa misma mujer con la intención de convertirla en su esposa.

—La verdad es que sí suena sospechoso. Espero que el joven siga tu consejo y encuentre pronto un nuevo puesto —murmuró ella.

CAPÍTULO SIETE

CUANDO, al día siguiente en la cena, Algernon presentó a Maggie como la *señora Black* y a él mismo como el *señor Black*, Maggie reprimió un gemido de frustración al ver que la farsa continuaría, aunque fuera con un título inferior. De niño, a Algernon casi le avergonzaba su título, pero, por alguna razón, parecía disfrutar de esta farsa de ser su devoto esposo.

Sentada a su lado, intentó imaginar cómo sería ser su esposa de verdad. Ni un solo momento de aburrimiento. Nunca excluida de las conversaciones. Sus opiniones, solicitadas y valoradas.

Era reconfortante después de haberse valido por sí misma durante tanto tiempo.

Se dio unas palmaditas en los labios, satisfecha con otra cena exquisita y cara que ella misma no podría permitirse, y se volvió hacia Algernon, ansiosa por saber más de su vida y su familia. —¿Y tu hermano menor? ¿Todavía pinta las paredes de los áticos?

—¿Stratford? No, hace años que pasó a los lienzos de verdad, y ahora que mi padre no está, puede pintar con total libertad.

La mujer que estaba sentada frente a ellos en la mesa del comedor se inclinó hacia adelante. —¿Ah, sí? ¿Acaso sus pinturas tenían algo de escandaloso, señor?

Un atisbo de fastidio cruzó el rostro de Algernon, pero le respondió. —Mi padre desaprobaba las artes, y durante un tiempo, mi hermano practicó en secreto —explicó—. Mi padre se negaba a

permitir que sus hijos se dedicaran a lo que él consideraba ocupaciones inútiles o algo que pudieran disfrutar.

—Es una gran habilidad poder dibujar y pintar con soltura —murmuró Maggie.

—Sí, estoy totalmente de acuerdo. Mis hermanos ahora son libres de hacer lo que les plazca, sin la crítica de nadie.

—Usted es un muy buen hermano —sugirió la dama de enfrente, pestañeándole a Algernon delante de las narices de Maggie.

La mujer comenzaba a molestarla. La viuda no dejaba de interrumpir su conversación y de coquetear con Algernon, cuando no estaba lamentando su estado de soledad.

Se inclinó un poco hacia adelante, jugueteando con el escote de su vestido mientras miraba a Algernon con un interés apenas disimulado. —Los caballeros como usted seguramente son apreciados por cualquier mujer, especialmente por su esposa.

Maggie contuvo un suspiro. Era solo la tercera vez que la mujer cuestionaba sutilmente si Algernon estaba felizmente casado, pero no era por anhelar la felicidad conyugal para *ellos*. Claramente, esperaba que Algernon no estuviera contento con su elección.

Pero Algernon sonrió y tomó la mano de Maggie, apretándosela con fuerza. —De hecho, soy el más afortunado de los hombres por haber conquistado a esta inteligente y hermosa mujer como esposa. No sé cómo me soporta.

Maggie bajó la barbilla para ocultar su vergüenza por la declaración de Algernon. Sus mentiras se le estaban yendo de las manos.

—Oh, bueno. Es maravilloso oír eso —aseguró la mujer, agitando su abanico con furia.

—Sí, les digo a nuestros hijos que deberían desear un amor como el nuestro todos los días de sus vidas —continuó Algernon, llevándose la mano de Maggie a los labios para besarle los dedos y sonriendo como si estuviera perdidamente enamorado—. Y por supuesto, que adoren a su querida mamá tanto como yo.

Maggie levantó la cabeza para mirar fijamente a Algernon. *¿Enamorados, casados desde hacía dos días y ya tenían hijos?*

La expresión de Algernon era de pura malicia, porque podía decir lo que quisiera delante de los demás y Maggie no podía realmente detenerlo.

Ella negó con la cabeza, resignada a las tonterías que seguirían saliendo de su boca cuanto más tiempo se quedaran en la mesa. Él era el señor Black, no el duque de Ravenswood, ni siquiera Algernon Sweet. Su artimaña seguía rompiendo todas las reglas de la buena sociedad y solo empeoraba cuanto más tiempo pasaban juntos.

—Espero que sepa la suerte que tiene —le dijo la dama a Maggie.

—Se lo digo todo el tiempo —prometió Algernon—. Pero ahora tampoco podría vivir sin ella.

Finalmente, la mujer asintió, con una expresión de envidia y concediendo la derrota ante el reclamo de Maggie sobre su apuesto esposo. Les deseó buenas noches y se alejó, pero se detuvo para hablar con otro hombre menos atractivo. Sin embargo, miró hacia atrás a Algernon un par de veces, lamentando claramente lo que nunca podría ser.

Maggie se volvió hacia el duque. —¿Cuántos hijos tenemos?

—Dos, por lo menos.

—Ya veo —murmuró Maggie—. El heredero y el de repuesto, supongo.

—Uno de cada sexo —anunció él con firmeza—. Al menos, esa es mi esperanza.

—Me temía que quisieras al menos cuatro, como tu papá.

—No soy como él.

—Me alegro de que no lo seas —le aseguró ella.

Maggie se había encontrado con el anciano duque, el padre de Algernon, varias veces durante su estancia en Ravenswood. Lo había oído menospreciar y criticar a sus hijos e intentar decirle a su padre cómo debía ser castigado Algernon por sus errores.

Algernon había sido uno de los mejores y más brillantes alumnos de su padre sin necesidad de un incentivo. Era dedicado a sus estudios e inquisitivo, y, definitivamente, siempre había querido ser el primero.

Maggie lo había superado a menudo. En las raras ocasiones en que se sentía extremadamente poco caritativa, dejaba ver su verdadera inteligencia y terminaba mucho antes de que él pudiera llegar a la mitad de un examen.

Sin embargo, eso no había contado con la aprobación de su padre y, como consecuencia, al final había sido desterrada de su aula y, tras marcharse de Ravenswood, había intentado ocultar esa faceta suya a los alumnos posteriores de él.

Cuando alguien descubría que tenía tanto cerebro como un poco de belleza, o se burlaban de ella por ser una intelectualoide o la perseguían para demostrar que era más débil que su perseguidor de alguna otra manera. Maggie podía soportar los insultos. Había aprendido que algunos chicos se sentían amenazados por una chica de mayor inteligencia. Pero los crueles intentos de seducción por el bien de sus egos eran algo que podía vivir sin volver a experimentar.

Algernon no había sido así de niño. Se había sorprendido de que ella fuera más inteligente de lo que había esperado, pero nunca se comportó como si se sintiera amenazado por ese hecho. En lugar de eso, se había hecho su amigo.

—¿Y también tienes cuñadas? Vaya, eso debe ser toda una novedad, tener mujeres constantemente por ahí y encargándose de tu casa.

Él se rio. —Mis hermanas son un encanto, y creo que les caerás muy bien.

Ella se rio de nuevo. —Es poco probable que nuestros caminos se crucen alguna vez.

—Estaría encantado de invitarte a quedarte con nosotros de nuevo —prometió él.

—Estoy segura de que a mi padre le complacería ser recibido por el estimado duque de Ravenswood —le dijo ella en voz baja. Hizo a un lado su plato y se puso de pie—. Creo que me retiraré por esta noche. Buenas noches a todos.

En un instante, Algernon también se puso de pie. Le tomó la mano y le besó el dorso. —Buenas noches, señora Black. Me uniré a usted pronto.

Probablemente dijo eso porque los demás invitados estaban escuchando… y porque los ojos de la viuda se habían iluminado con anticipación.

Maggie salió del comedor y subió las escaleras con paso cansado, notando que la lluvia había amainado de nuevo. Habían caído rayos por la tarde, lo que obligó a Algernon a detener su viaje antes de lo previsto ese día.

Pero quizás mañana podrían salir temprano, y los caminos estarían lo suficientemente secos como para recuperar el tiempo perdido.

Una vez en su habitación, Maggie se quitó el chal y los guantes y los dejó a un lado. Estaba cansada y deseosa de dormir. Pero justo cuando estaba considerando desvestirse, unos tímidos golpes sonaron en la puerta que comunicaba con la habitación de Algernon.

Cuando la abrió, lo encontró al otro lado, sonriendo de oreja a oreja.

—Por Dios, esa mujer no podía darnos un momento de paz.

—Se había encaprichado contigo —le advirtió Maggie, aferrada a la puerta—. ¿Arreglaste una cita para más tarde?

—A mí no me interesaba *ella* —protestó él—. ¿Vas a invitarme a pasar esta noche o me darás otra almohada?

Preguntas como esa eran la forma en que las reputaciones se hacían trizas: un momento de indulgencia a la vez.

Pero ya estaban fingiendo estar casados, así que, técnicamente, ya estaba arruinada.

Se hizo a un lado y le permitió entrar a su habitación, aunque sabía que realmente debía mantener cierta separación. Era soltera y, desde luego, Algernon no era su marido ni era probable que lo fuera. Si se descubría que vivían una mentira, su reputación quedaría hecha jirones. Sin embargo, disfrutaba de sus conversaciones privadas con un hombre de tan alta alcurnia que no quería que terminaran. Él la hacía reír. Su sonrisa era siempre tan cálida y contagiosa que no podía evitar esperar con ansias la próxima barbaridad que pudiera decir.

—Ah —dijo él, mirando a su alrededor con las manos en las caderas—. Normalmente, a un duque le darían la mejor habitación

de la posada, pero veo que te la dieron a ti.

Ella sonrió.

—Supongo que podría cambiarla contigo, pero no quiero.

Él se rio mientras sus ojos se posaban en el sofá junto al fuego.

—Casi podría caber ahí —dijo, acercándose para probar su tamaño—. Podríamos hablar toda la noche como solíamos hacer.

—Eres bienvenido a llevarte el sofá a tu habitación, si puedes pasarlo por la puerta tú solo —le ofreció ella.

—Podría, pero entonces tendrías que venir a mi habitación y dormir en mi cama —contestó, mirándola con una pregunta en los ojos.

—No —le dijo ella, ocultando lo tentada que se sentía a aceptar.

—Bueno, entonces, tendremos que conformarnos con lo que nos han dado. Podemos hablar a través de la puerta abierta.

Ella se rio.

—Pobre Algernon, reducido a la indignidad de tener que alzar la voz solo para que te oigan.

—Y te invito a que hagas lo mismo.

Maggie negó con la cabeza.

—No puedo gritarle, Vuestra Gracia.

—¿Por qué no? Toda mi familia lo hace.

—Bueno, eso es diferente, ya sabes… tú y yo no somos parientes. No crecimos juntos.

—Pasamos un año juntos, Maggie. Solo un precioso año, y dejaste una marca indeleble en mi vida. Encendiste todas mis rebeliones contra la tiranía y los prejuicios de mi padre. Sin embargo, aprendió la lección después de ese año. Mi padre nunca más permitió que nadie tuviera tal influencia o acceso a mí.

Ella lo miró sorprendida.

—¿No tuviste otros maestros después de padre?

—Sí, los tuve. Pero ninguno tan bueno como él. Y nadie me desafió como tú lo hiciste aquel año.

—Me alegro de haber podido ser de alguna ayuda en tu educación. Pero estoy segura de que no me extrañaste tanto como dices.

—Estoy encantado de haberte encontrado de nuevo, Maggie —dijo él sentándose en el sofá y palmeando el espacio a su lado—. Ven, todavía tenemos años de los que ponernos al día y poco tiempo.

Ella se quedó mirando el lugar junto a él. Sería una tontería. Impropio. Peligroso. Y la tentación de conocerlo mejor era absolutamente irresistible.

Maggie se acomodó en el espacio a su lado y suspiró. —Yo también te extrañé.

—Me alegra —susurró Algernon, y luego se pasó una mano por el cabello—. Corrí detrás de ti.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Algernon suspiró profundamente. —Me molestó tanto enterarme de que te habían llevado de Ravenswood sin que tuviéramos la oportunidad de despedirnos que corrí por el camino de entrada con la esperanza de alcanzar tu carruaje —admitió.

—Lo primero que supe de que nos íbamos fue cuando me despertaron esa mañana antes del amanecer. Papá ya había empacado. Creo que algo debió de pasar entre tu padre y el mío la noche anterior —admitió ella—. Estaba enojado conmigo.

—Conociendo el temperamento de mi padre, sospecho que siempre estaban en desacuerdo por una cosa u otra. La gota que colmó el vaso parece que fue mi zambullida en el estanque lodoso cuando todavía debería haber estado estudiando.

—No fue que debieras haber estado estudiando. Me reí cuando vi el estado en el que estabas. Nos echaron de la finca al día siguiente —sugirió ella—. Un mes entero antes de que el contrato de mi padre terminara.

—Pero tú siempre te reías de mí.

—Pero fue la primera vez que perdí la compostura y me reí de ti frente a tu padre. Me he sentido mal por eso desde entonces.

Algernon cubrió la mano de ella con la suya y sus dedos se entrelazaron. —No te sientas mal. Yo hacía un montón de tonterías a propósito solo para hacerte reír. A veces podías ser tan seria.

Maggie apretó con más fuerza los dedos de él. —Todavía lo soy.

—También estaba tratando de conquistarte —admitió él—. Quería que te gustara *yo* más que nuestra biblioteca.

—Ambos me conquistaron el primer día. Me dijiste que podía leer cualquier libro que quisiera —dijo ella, sonriendo—. Nunca he olvidado esa amabilidad.

Algernon le llevó la mano a los labios y le besó los dedos.

El dulce gesto aceleró su pulso mientras se quedaba mirando los labios de él por demasiado tiempo. Tragó saliva y bajó la vista, retirando los dedos. Cuando levantó la mirada, Algernon todavía la observaba.

Maggie lo miró fijamente y sintió un cambio en su manera de verla. No estaba pensando en ella como esa niñita, sino como una mujer que le atraía.

Se acercaron el uno al otro al mismo tiempo.

Maggie rodeó el cuello de Algernon con los brazos y lo besó. Había estado esperando que él diera el primer paso, pero los sirvientes los habían rodeado todo el día.

Ahora que estaban solos, no había nada que los separara. Ella quería más de sus besos, y Algernon parecía más que feliz de dárselos.

Demasiado pronto se encontró debajo de él, pero entonces Algernon suspiró contra su garganta y se quedó quieto. —Maggie, ¿qué pasó entre tu padre y tú?

La pregunta, que había salido de la nada, la tomó por sorpresa y fue un balde de agua fría para su pasión. No había querido discutir su escándalo con él. Podría pensar que ella merecía la mala voluntad que recibía.

Él se incorporó sobre un codo, deslizó los dedos bajo su barbilla y atrajo la mirada de ella hacia la suya. —¿Cuál fue la causa de su separación?

Maggie se sonrojó. —Esto.

—¿Esto? —repitió él, frunciendo el ceño. —En ese entonces, pensé que estaba enamorada. Pensé que me estaban cortejando. —Suspiró y se sentó, alisándose el vestido—. Era uno de los estudiantes de mi padre.

Algernon se sentó también. —¿Te sedujo?

—Casi lo logró, sí.

Algernon se acercó para sentarse a su lado y le tomó la mano. —Cuéntamelo todo.

Maggie se frotó la frente. —Él era un año menor que yo y yo pensaba que de verdad le gustaba. Creía que éramos buenos amigos. Creía que su interés era genuino. Hasta el día en que lo oí quejarse con sus hermanos de que yo lo andaba siguiendo por todas partes. Así que dejé de hablarle. Me encerré en mi habitación y traté de evitarlo.

—Bien.

—Pero no le gustó que lo ignorara.

Algernon la rodeó por la espalda con un brazo y ella se apoyó en su contacto. —¿Te hizo daño?

—Me rompió el corazón —susurró—. Hizo que los demás creyeran que estaba obsesionada con él. Encontré cosas suyas escondidas en mi habitación. Cosas que yo nunca había tocado ni visto. Me esperaba en las escaleras, me atraía hacia él y luego me empujaba justo cuando pasaba un sirviente. Hizo que pareciera que era yo quien lo perseguía *a él*, que yo era promiscua. Al final, los rumores llegaron a oídos de mi padre.

—¿Qué hizo?

—En público, nada hasta que el periodo de estudios del muchacho terminó.

—¿Y después?

—Un sermón para mí y luego silencio durante una semana. Apenas podía mirarme. Creyó que lo había deshonrado y que yo me había arruinado. Creyó lo que había oído de otros antes de escuchar a su propia hija. Yo aún conservaba mi virtud, pero me llamó mentirosa. —Se puso de pie de un salto—. Mi padre no podía imaginar que uno de sus valiosos estudiantes intentara seducir a su intelectual hija sin ninguna clase de incitación. Debí de ser yo la que cruzó la línea.

De repente, Algernon estaba detrás de ella, atrayéndola a sus brazos de nuevo. —Tú creíste que él estaba sinceramente interesado en ti.

—Así fue. —Maggie le dio unas palmaditas en los brazos a Algernon y se apartó de él—. Él nunca tuvo intenciones serias conmigo, solo me vio como un desafío que conquistar. Al final, quiso ponerme en mi lugar. Vencerme de la única forma que sabía. Demostrando la debilidad de mi sexo. —Maggie inspiró hondo con un estremecimiento y soltó el aire lentamente—. Pero eso fue hace mucho tiempo, y después de aquello aprendí mi lección. No se puede confiar en los hombres.

Algernon arrastró los pies, claramente incómodo con su afirmación.

Ella se acercó a él y le dio una palmada en el pecho. —En *ti* sí confío.

—¿Por qué en mí sí y en los otros hombres no? —preguntó él, frunciendo el ceño. Miró el sofá que estaba a su lado—. Especialmente después de todo lo que hemos hecho.

—Porque tú eres Algernon, duque de Ravenswood —dijo ella—. Acepto con gusto tus besos y tu afecto, pero sé que nunca te casarías con alguien como yo. No me haré falsas ilusiones, si algo ocurriera entre nosotros. Y cualquier cosa que suceda será siempre mi decisión. No porque me fuerces a estar en tus brazos, sino porque yo quiero estar ahí.

Algernon asintió. —Como siempre debería ser entre nosotros.

—Me alegro de que lo entiendas —dijo Maggie, mirando a su alrededor—. Ya no espero algo permanente, ni campanas de boda tampoco. Respeto es todo lo que anhelo.

Algernon pareció a punto de protestar, pero ella le presionó un dedo sobre los labios.

—No hablemos más de nuestro romance. Hablemos de algo más importante —dijo Maggie mientras se sentaba de nuevo en el sofá y palmeaba el espacio a su lado—. Cuéntame más sobre Ravenswood. Quiero oír todos los cambios que tienes planeados para los próximos cinco años.

Él se sentó a su lado, aunque un poco más alejado que la última vez. —¿Cómo sabes que tengo planes con tanta antelación?

Maggie rio suavemente. —Algernon, ¿cuándo no has tenido algún plan a largo plazo en mente?

—Me conoces demasiado bien, Maggie Black —murmuró él, y comenzó a explicarle sus planes para el lugar donde actualmente se encontraba el laberinto.

CAPÍTULO OCHO

ALGERNON SE RIO A CARCAJADAS. —Acabo de acordarme de nuestras carreras a pie de hace tantos años, y de los trucos sucios que usabas para rebasar a Jasper y así no quedar última.

Maggie se encogió de hombros, pero sus mejillas se sonrojaron, una señal inequívoca de que estaba avergonzada. —Las acciones de una niña no deberían serle reprochadas de adulta.

—Fue una estrategia brillante. —Se rio de la vergüenza de ella, que no venía al caso. Maggie había gritado como si le doliera algo y Jasper se había detenido, preocupado por su bienestar, solo para que Maggie lo rebasara a toda velocidad y se quedara con el tercer lugar—. Jasper se enfurruñó el resto del día, aunque era un truco que él usaba con frecuencia con Stratford para hacer que *él* llegara de último.

—Es que me di cuenta —confesó Maggie, y luego se rio—. Le prometí a Stratford que un día vencería a Jasper por él. Y yo nunca rompo mis promesas.

Había sido otro día maravilloso, lleno de gratos recuerdos y camaradería, algo que él no había experimentado con alguien que no fuera un hermano en mucho tiempo. A Maggie no le importaba que tuviera un título. Salvo por alguna que otra mención en broma de que ahora era un duque, ella no le hacía reverencias ni se arrastraba como otros parecían encontrar necesario. Era

completamente ella misma con él, y Algernon lo apreciaba después de las revelaciones del día anterior.

Ella no tenía la culpa de las acciones de un joven malcriado y privilegiado que creía que merecía tener a Maggie, sin importar la opinión de ella al respecto. No había hecho nada malo, y su padre debería haberla defendido. Haber creído en su buen carácter, como siempre lo había hecho Algernon.

—En Ravenswood nunca se había visto nada igual hasta hace poco. Por cierto, las esposas de mis hermanos me recuerdan a ti. Ferozmente competitivas a su manera. Todas testarudas, ingeniosas y excepcionalmente bonitas. Hacen que mis hermanos pierdan la cabeza.

—Bueno, eso es lo mejor. La esposa adecuada puede mantener a su marido con los pies en la tierra.

El carruaje empezó a reducir la velocidad, y Algernon miró hacia adelante, divisando los tejados y las chimeneas de un pueblo. La vista lo decepcionó y tomó una decisión impulsiva. Se detendrían allí a pasar la noche, aunque continuar no supondría un esfuerzo excesivo para la fuerza de los caballos como para no llegar a Londres antes del anochecer.

Sin embargo, la urgencia del viaje que lo había agobiado al principio se había disipado por completo.

Se estaba divirtiendo demasiado con Maggie; una situación que probablemente nunca más se le presentaría. Ella había calificado el tiempo que pasaron juntos como una aventura, y él no estaba en desacuerdo. Había una intimidad entre ellos que no había existido con nadie más, aparte de Lady Barnes, pero sin el placer de compartir su cama. No es que no hubiera considerado lo bueno que eso también podría ser.

Su ayuda de cámara, habiendo decidido que era mejor pasar el día fuera del carruaje que dentro, no había estado allí para obstaculizar su conversación privada, que había sido de temas muy variados y enteramente nostálgica.

Había sido encantador, uno de los mejores viajes que recordaba. El año que Maggie había pasado con él en Ravenswood era también uno de los recuerdos más preciados en su memoria. Superado solo,

quizás, por los raros momentos que pasaba con su difunta mamá cuando estaba de buen humor.

Maggie también miró por la ventana, notando que la atención de él estaba fija en un punto más adelante y que el carruaje iba más despacio. —¿Vamos a parar aquí?

Él asintió y notó que Maggie fruncía el ceño. Ella estaba más ansiosa que él por llegar al final del tiempo que pasaban juntos. Sin embargo, Algernon quería gozar de su compañía de nuevo esa noche después de la cena. Porque, por supuesto, su tiempo de fingir ser marido y mujer terminaría cuando llegaran a Londres al día siguiente. Después de esta noche, su última noche juntos, volverían a ser casi unos desconocidos, supuso, y la aventura se acabaría.

Algernon no quería dejar ir a Maggie y no volverla a ver nunca más.

No tenía idea de cuánto había extrañado a Maggie hasta que se le había presentado esta oportunidad de estar con ella de nuevo. Cuando ella se reuniera con su padre, él tendría que comportarse al dejarla. Suspiró. Sabiendo que no había nada que pudiera hacer para evitar ese destino. No iba a permitir que el padre de ella la creyera promiscua por culpa de otro hombre que no se casaría con ella.

Iba camino a Londres para reunirse con la mujer a la que podría proponerle matrimonio, siempre que sus sospechas resultaran ser falsas. Pero ya sabía que no querría hablar con lady Kent todo el día de esa forma, o quizás ni siquiera hablarle, si se convertía en su esposa.

Lady Kent era simplemente un medio para un fin. La única forma de saldar las enormes deudas que tenía con sus hermanos.

Esa sensación de ahogo, de estar asfixiado por el peso de la responsabilidad, regresó para sofocarlo, y se encogió contra el respaldo del asiento. ¿Podría casarse con una mujer por la que quizás nunca llegara a sentir un afecto profundo?

De repente, la mano de Maggie se posó sobre su muslo, y él se volvió para mirarla a sus ojos preocupados.

—¿Qué pasa? ¿También te conocen aquí y tienes miedo de que te vean conmigo? ¿Podría bajar del carruaje en las afueras del

pueblo si lo prefieres?

Su pánico no hizo más que aumentar ante esa oferta. —Ni se te ocurra escabullirte de mí. Iré tras de ti.

Maggie rio. —Me impresiona que todavía creas que puedes atraparme.

Algernon ya había atrapado a Maggie con facilidad antes, pero en ese entonces no lo había intentado en serio. Maggie no era muy buena corredora, aunque no era algo que él le reprochara cuando sobresalía en tantas otras cosas. Había disfrutado de sus pequeñas competencias durante su infancia. Maggie había llegado a Ravenswood como una niñita tímida, y probablemente fue por su culpa que se fue hecha casi una marimacho.

En esta posada, necesitarían tener habitaciones separadas debido a la proximidad con Londres, pero él pagaría la cuenta de ella como de costumbre. Era su forma de agradecerle por regresar a su vida en este momento tan difícil y mostrarle que el futuro podía ser mejor.

El cochero detuvo el carruaje con suavidad frente a un establecimiento de buena apariencia en el que él se había alojado antes, y Algernon se movió hacia la puerta. —¿Maggie, te importaría esperar en el carruaje mientras aseguramos las habitaciones para esta noche?

—Yo tampoco puedo permitirme esta posada —susurró ella, acariciando inconscientemente su muslo. El movimiento circular lo calmó, pero su caricia también lo excitó a pesar de sus mayores esfuerzos por no sentirlo.

Él se removió en su asiento, sabiendo que no podía actuar según su deseo. —Pero yo sí puedo.

—¿Cómo podré pagarte alguna vez por todo esto?

Él negó con la cabeza mientras Maggie finalmente dejaba de tocarle la pierna. —Tu compañía siempre ha sido pago suficiente.

—Apenas, pero *sí* hablaremos de la deuda que he acumulado más tarde —advirtió ella, mirando también por la portezuela del carruaje—. Aunque, cuando me reúna con mi padre, puede que no me mueva en semanas. Siento como si estuviera constantemente en un barco sacudido por el mar.

Él se detuvo justo antes de bajar. —¿Alguna vez has estado en un barco? Quiero decir, ¿realmente a bordo de una embarcación?

—No, pero he leído suficientes relatos de marineros que regresan a la costa para saber que puede llevar un tiempo recuperar el equilibrio en tierra firme. Esto es lo más cerca que quiero estar de eso.

Maggie tenía casi la misma experiencia en viajes que él, pero estaba mejor informada sobre el tema por sus lecturas, y era una fuente inagotable de conversación sobre el mundo más allá de las costas de Inglaterra. Él lamentó profundamente que nunca viajarían a los lugares que a ambos les fascinaban, pero salió del carruaje antes de decir algo que pudiera avergonzarla por su falta de fondos y las interminables responsabilidades de él.

Sims corrió hacia él, con un aire claramente incómodo. —Hay una pequeña complicación —susurró.

Algernon gimió por lo bajo. —Por favor, no me diga que no tienen habitaciones.

—Oh, tienen habitación. Una sola habitación —susurró Sims de nuevo—. Me tomé la libertad de reservarla.

—Entonces no veo el problema —dijo él—. Ella tendrá la habitación.

—El propietario de este establecimiento tiene una vista excepcional, Su Gracia. Cuando lo vio a usted y a una mujer solos en el carruaje del duque de Ravenswood —con la mano de ella en su rodilla—, asumió que era su duquesa.

Algernon se quedó boquiabierto, completamente impactado por este giro de los acontecimientos.

—No supe qué más decir que no empeorara las cosas, así que le seguí la corriente —susurró Sims.

Algernon le frunció el ceño a su ayuda de cámara con desagrado. —¿Por qué no dijo que era mi cuñada o una prima?

—Ella le estaba frotando la pierna —dijo Sims directamente. Luego, se encogió de hombros—. Además, se tienen demasiado cariño. Yo tengo hermanas, primas y una cuñada que me atormentan. Y no disfruto para nada su contacto. Si alguien más

notara el afecto que se tienen, temí que pudieran suponer que no era una *dama* como es debido.

Algernon escuchó el énfasis en la palabra *dama* y casi gruñó ante la idea de que alguien difamara la reputación de Maggie Black.

—Como su esposo, puede hablar con ella, ser usted mismo y no preocuparse por lo que piensen los demás cuando le acaricia la mano.

—No le acaricio la mano —susurró él acaloradamente con los dientes apretados.

—Lo lamento, pero *ambos* lo hacen sin darse cuenta —admitió Sims con una mueca—. No es que lo culpe, por supuesto. Ella es encantadora y aficionada a provocarlo. Pero sé que se comportará respetuosamente con ella esta noche cuando se retiren juntos —terminó Sims con absoluta confianza—. El posadero olvidará su rostro si no vuelve a detenerse aquí jamás.

El ayuda de cámara retrocedió, dejando a Algernon inquieto y con la incómoda tarea de confiarle a Maggie la continuación de su falso matrimonio.

Se dirigió al carruaje y uno de los mozos de cuadra le abrió la puerta de un tirón.

—Hay sitio —le dijo a Maggie, extendiéndole la mano para ayudarla a bajar.

Ella la tomó, agarrando su maletín de viaje con la otra mano mientras bajaba.

Rápidamente, Algernon le echó la capucha sobre la cabeza para ocultar sus facciones. Le quitó el maletín y se lo entregó a Sims para que lo llevara. —Síganos —le espetó al hombre.

Maggie fue lo bastante sabia como para no hacer preguntas sobre la capucha o su irritación con el ayuda de cámara en el patio de la posada.

Algernon la guio hacia la posada y saludó con la cabeza al propietario, pero no se detuvo a conversar. Siguió a un sirviente deferente escaleras arriba hasta la habitación que les habían asignado para la noche.

Dejó que Maggie entrara primero, y ella miró rápidamente a su alrededor, con expresión de aprobación.

Sims indicó que dejaran los baúles de Algernon en un rincón, le entregó el maletín de viaje a Maggie, dio una propina a los sirvientes por sus molestias y luego los sacó a todos de la habitación a toda prisa, cerrando la puerta silenciosamente tras ellos.

Maggie se dio la vuelta, claramente sorprendida de verlo aún de pie allí. —¿Es una habitación preciosa, pero por qué estás tan molesto con todo el mundo?

—Estoy tenso porque te vas a enojar conmigo. —Se dirigió a uno de sus baúles y dejó su sombrero encima, intentando decidir cómo manejar la situación. Una cosa era fingir que Maggie era su esposa bajo un nombre falso, pero otra muy distinta era que se dirigieran a ella como su duquesa.

Maggie finalmente se fijó en sus baúles amontonados. —¿No deberían llevar tus baúles a tu habitación?

Él hizo una mueca. —Lo harían si tuviera una. La posada solo tenía una habitación que pude alquilar esta noche.

—¿Perdón?

—Cuando el propietario nos vio juntos en el carruaje, concluyó que éramos marido y mujer.

—¿Otra vez, Algernon?

—No pude corregir su error porque él sabe perfectamente quién soy. Estoy dispuesto a dejar pasar el error sobre nuestro matrimonio, si te mantienes fuera de la vista por esta noche.

—Pero no somos marido y mujer.

—Como aquí se me conoce por mi título, necesito que convenzas a los demás de que eres, en efecto, mi…

Ella abrió los ojos como platos. —¿Tu duquesa *de verdad*?

Él se aclaró la garganta. —La mentira asegurará que te traten mejor de lo que lo habrían hecho en un lugar como este si se hubiera sabido cuál era nuestra verdadera relación. Si en mi próxima visita me preguntan por la apariencia de *mi esposa*, diré que lo recordaron mal.

Ella ladeó la cabeza. —¿Que lo recordaron mal? Algernon, ¿estás casado?

—No. Todavía no —admitió él, avergonzado por no haber mencionado el propósito de su viaje a Londres.

—¿Todavía no? —Sus ojos se abrieron aún más—. Entonces, ¿cuál es tu situación exactamente?

—Ni casado, ni comprometido —confesó—. Sin embargo, estoy en camino a encontrarme con una posible prometida.

Ella retrocedió un paso. —¿Estás en camino a proponerle matrimonio a otra dama y quieres que ahora yo finja ser ella?

—Nos llevamos bastante bien, así que nadie debería dudarlo —prometió él, alejándose un paso de ella—. Sería solo por una última noche. Si te quedas en esta habitación, yo pasaré la noche en otro lugar.

—¿Y dónde es «otro lugar»? —preguntó ella, con los ojos entrecerrados por la sospecha.

—Probablemente en la taberna. De hecho, es a donde iré ahora. Hasta luego, querida —dijo, retrocediendo otro paso.

Ella entrecerró los ojos de forma peligrosa. —Ya me estás dejando —se quejó—. Apenas dos días de casados y ya me cambias por una jarra de cerveza en una taberna y una sirvienta en tus rodillas.

Se cubrió el rostro y rompió en sollozos desconsolados.

Algernon la miró estupefacto, pero entonces ella atisbó por entre sus manos y le guiñó un ojo. No había rastro de lágrimas en sus ojos. Todo había sido una actuación para atormentarlo.

Él se rio con ella a regañadientes y le tendió la mano. Maggie deslizó la suya en la de él y le apretó los dedos con fuerza.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé muy bien —susurró él—. Aunque debí haberlo hecho.

Maggie hizo una mueca. —Sí, debiste, y desde el principio. Me siento como una tonta.

—Tú no eres la tonta. Eres divertida y amable, y sé que fue difícil para ti dejar que te ayudara. Voy a irme para que disfrutes de la tranquilidad y descanses de mí y del viaje. Para estas horas, Sims ya habrá ido en busca de esa librería de la que hablamos para asegurarse de que todavía esté allí, pero ya no tienes que ir si no quieres.

Maggie se mordió el labio. —¿Y si quiero ver esa legendaria librería que prometiste enseñarme?

—Entonces vendré a buscarte en, digamos, una hora, y te acompañaré hasta allí.

—No necesito que me acompañes.

—Pero la esposa de un hombre importante sí —sugirió él—. La esposa del duque de Ravenswood nunca iría a ningún lado sin la compañía de su esposo o de un sirviente de confianza. Mi madre tenía tres damas de compañía que iban con ella a todas partes.

—Ah, ya veo —dijo ella, asintiendo—. Y supongo que esta es otra forma de hacerte pasar por el esposo devoto.

Él inclinó la cabeza.

Maggie se acercó. —¿Pero qué pasa si necesitas protección contra las seductoras? Soy muy consciente de que otras mujeres te encuentran moderadamente atractivo.

—¿Moderadamente? Me ofendes. —Se dio una palmada en el pecho, pero se rio—. Querida, no tengo la menor intención de romper mis votos contigo.

Algernon se sonrojó al darse cuenta de que lo que había dicho sonaba como si ya estuvieran en un matrimonio de verdad.

Maggie ignoró por completo sus comentarios. —Siempre fuiste impulsivo de niño, Algernon, amable y considerado con una simple niña. Siempre has sido tan bueno conmigo. —Lo miró fijamente por un momento, y luego una lenta sonrisa se dibujó en su rostro—. Pero, te pregunto, ¿quién te protegerá *a ti* de *mí* si de repente decido consumar nuestro falso matrimonio?

Él la miró conmocionado por una fracción de segundo antes de darse cuenta de que le estaba tomando el pelo otra vez. Se rio, decepcionado de no poder consumar *nada*, y se llevó la mano de ella a los labios para besarle el dorso. —Pícara.

—Es tu culpa, ¿sabes? —suspiró profundamente—. Solo aprendí a portarme mal por ti.

Y, lamentablemente, era cierto. Maggie se había puesto a su altura en lo que a bromas se refería. Siempre dispuesta a pagarle con la misma moneda. Era una de las razones por las que se habían hecho amigos tan rápido de niños. La única persona con la que no había congeniado era su padre, y eso demostraba que era una chica con buen juicio. Maggie siempre había sido sabia para su edad.

—Te daré una hora para que te recuperes del viaje y luego vendré por ti para que puedas seguir burlándote de mí mientras te buscamos algo nuevo que leer para el resto de nuestro viaje.

—Podría seguir sola —sugirió ella.

—No, no lo harás. Hasta que llegues con tu padre, estarás vulnerable a todo tipo de indignidades en el camino. Además de las mías. —Algernon se aseguraría de que ella permaneciera a salvo mientras recorría esta última distancia. Estaría bajo su protección, y él no volvería a aprovecharse de eso.

Y su recompensa… el placer de su compañía y su ingeniosa conversación durante las próximas millas solitarias que le esperaban.

Le besó la mano de nuevo y salió de la habitación, sonriendo durante todo el camino hasta la taberna.

Encontró a su ayuda de cámara en un rincón, con un aspecto inusualmente abatido. —¿Está enojada?

—No.

Sims exhaló. —Temía haber arruinado las cosas.

Algernon llamó al propietario. —Una jarra de cerveza, señor.

—Quería transmitirle mis mejores deseos por su matrimonio, de nuevo, Su Gracia, y espero que su esposa esté cómoda durante su estadía con nosotros. ¿Debería enviarle una bandeja de té a *Su Gracia*, Su Gracia?

Algernon fulminó con la mirada a su ayuda de cámara y enarcó una ceja, y vio cómo agachaba la cabeza avergonzado. Se volvió hacia el propietario. —Sí. A mi duquesa le gusta el té a primera hora de la tarde.— Supuso que tendría que acostumbrarse a decir eso si iba a casarse finalmente con Lady Kent. —Envíe a una doncella con unas galletitas, de mantequilla si tiene. Ah, y un cuenco de fruta: manzana, pera, pero no fruta de hueso.

—Por supuesto. —El propietario se apresuró a cumplir sus órdenes.

Algernon miró a Sims, que parecía estar ocultando una sonrisa. —¿De qué se sonríe?

—Conoce usted muy bien sus gustos.

—Sí, supongo que sí —murmuró, rascándose la mandíbula, que necesitaba un afeitado pronto. Estaba bastante asombrado de

recordar aquel pequeño e insignificante detalle de hacía tanto tiempo—. También odia las ostras.

—Bueno, eso es una lástima para su esposo —bromeó Sims—. He oído que pueden apasionar a una dama.

Algernon miró fijamente a su ayuda de cámara.

—Es obvio que se preocupa profundamente por ella —terminó Sims, encogiéndose de hombros.

—Sí, y… —Frunció los labios y negó con la cabeza—. Parece que usted asume que algo pudo haber pasado entre Maggie Black y yo. Pero no ha pasado nada ni debería pasar jamás. —No le faltaría el respeto haciendo insinuaciones que ella ciertamente rechazaría, ahora que sabía la verdad. Tenía suerte de que no lo odiara por lo que ya habían hecho juntos—. ¿No se le encomendó una tarea a nuestra llegada?

—Así fue, y ya está terminada —prometió Sims, terminándose rápidamente su cerveza.

Algernon enarcó una ceja. —¿Y?

—El dueño de la librería Gill & Sons está agradecido por el interés del duque de Ravenswood en su modesta tienda, y lo esperará a él y a su amada duquesa toda la noche si es necesario.

—Ella no es… —dijo, y luego se tragó la corrección—. Prometí acompañar a Ma… *a mi esposa*… allí en la próxima hora, y *todos* visitaremos la librería juntos. A usted le haría bien enfocar su mente en algo serio para variar, en lugar de entregarse a esa ridícula fantasía suya.

Sims sonrió radiante. —Muy bien, Su Gracia.

Algernon apuró su jarra. Tarde o temprano, Maggie iba a asesinarlo por esto, o lo haría su padre, si se enteraba. Sin embargo, supuso que fingir con Maggie era una buena práctica para cuando estuviera realmente casado y tuviera una duquesa cuyas necesidades considerar.

Era una lástima que cuando dijera *mi esposa* y *mi duquesa* en el futuro, la figura a su lado fuera su última opción.

CAPÍTULO NUEVE

—¿SU Excelencia desea dar su opinión sobre este libro?

—Confío en su opinión, Su Excelencia —respondió Maggie, manteniendo el rostro bajo. Nunca antes había sido esposa, y mucho menos una duquesa impostora, y esa omisión por parte de Algernon era lo que más la avergonzaba.

Lo sintió como un insulto.

Al principio, la idea de ser un apéndice de un marido que ocultaba su identidad de duque, y también la de ella, durante el viaje, había sido bastante divertido. Pero ahora su humor se había agriado considerablemente, ya que él se refería abiertamente a ella como su esposa y duquesa mientras planeaba proponerle matrimonio a otra muy pronto.

Nunca sería una esposa. Siempre había sabido que, sin dinero ni una gran belleza, harían falta circunstancias excepcionales para que un hombre le propusiera matrimonio. Había aceptado que sería una solterona para siempre.

Pero Algernon era conocido por muchos comerciantes del lugar, y el dueño de la librería sabía todo sobre ella antes de que pusiera un pie en su tienda. Los chismes en este pueblo se habían esparcido como la pólvora. El librero prácticamente se frotaba las manos ante la idea de todo el dinero que podría sacarle al duque.

Para ser sincera, Maggie no sabía cómo Algernon ignoraba la codicia en los ojos del hombre, o las miradas recelosas que le

lanzaban a ella por su falta de lujos. Sin embargo, le había costado mantener la compostura mientras el hombre los adulaba a ambos. Algernon no era un hombre que se dejara timar por cualquier comerciante que sobrevalorara sus libros.

Pero cuando Algernon entraba en una habitación, todas las miradas lo seguían. Y por eso, Maggie, de su brazo como duquesa, ya no era invisible para los demás. Se había convertido en alguien digno de atención también, para su consternación.

Los años que había pasado sola no habían sido fáciles. Había renunciado a muchos de sus sueños. Sin embargo, nadie había esperado que fuera otra cosa más que lo que ella quería ser.

Y ahora, por culpa de Algernon, se veía obligada a jugar a ser duquesa, aunque fuera temporalmente, y nada en su vida la había preparado para ese acontecimiento.

Miró a Algernon, que estaba recostado contra una estantería, hojeando un libro que le había llamado la atención. Era un duque desde la coronilla hasta el intenso brillo de sus botas negras y lustradas. Nadie podría confundirlo con un hombre de poca importancia.

Se apartó de la estantería y le mostró lo que estaba leyendo. —Este también lo querrás.

Ella comenzó a leer y, tras unos cuantos pasajes, le tomó el pesado tomo. Pero la mano de él se posó bajo el libro, cubriendo la de ella.

Maggie encontró su proximidad un tanto desconcertante, sabiendo lo que sabía sobre sus intenciones con otra mujer. Pero leyó hasta el final de la primera página, cautivada por las vívidas descripciones.

La otra mano de Algernon se curvó alrededor de su cintura y la atrajo suavemente hacia él. —¿Y bien? ¿Qué piensas, esposa?

Se humedeció los labios, luchando contra la necesidad de sentir más su contacto. —Esto es suficiente.

Sus dedos se deslizaron por su espalda, subiendo y bajando. —¿Y los otros que te mostré?

Ella miró la pequeña pila con anhelo, luego negó con la cabeza con firmeza. —Solo uno y nada más.

Él apartó la mano de la espalda de ella. —Los compraré todos —anunció—. Un regalo para mi amada esposa.

La esposa que aún no tenía. Aquella a la que iba a cortejar. No eran realmente para ella.

Maggie apretó los labios, irritada de nuevo con él y con la farsa que montaba. Ya no era Maggie, sino un producto de su imaginación. Una esposa era una criatura en la que nunca tendría la oportunidad de convertirse.

La constante generosidad de Algernon era exasperante y vergonzosa. No debía malgastar su dinero en ella. No podía pedirle ni esperar que su padre le reembolsara tanto.

—Francamente, Su Gracia —se quejó ella—. No puedo aceptar más regalos suyos.

Él ignoró sus palabras, pagó la cuenta de todos los libros al propietario con una pila de monedas y le entregó los pesados volúmenes a su ayuda de cámara para que los cargara.

Le ofreció el brazo.

—Eso fue muy autoritario de tu parte —siseó, rechazando su compañía y ajustándose la capucha sobre la cabeza, a pesar del día cálido.

—Ya me has dicho eso antes —replicó él, sonriendo ampliamente a pesar del desaire.

Algernon la guio afuera y le pidió que esperara con Sims unos momentos mientras él entraba solo a otro establecimiento. Sims los había seguido como una sombra toda la tarde, pero no le había dirigido la palabra desde que llegaron a esta aldea. Se veía incómodo, y ella sabía por qué.

Algernon había involucrado a su sirviente en sus mentiras. Maggie no había pedido ayuda, pero era culpable de seguirle el juego al plan del duque para asegurarse de que su reencuentro con papá ocurriera rápidamente.

Captó la mirada de Sims. —Puede estar seguro, no tengo ninguna intención real de convertirme en duquesa.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par. —Yo debería ser quien se disculpara con *usted* por el engaño al que lo obligué.

Después de todo, es culpa mía que el propietario crea que ustedes son un matrimonio.

Maggie miró fijamente al ayuda de cámara por un largo momento y luego negó con la cabeza. —Su Gracia no dijo nada sobre su participación en esta locura. Aunque es muy propio de él asumir la culpa.

El ayuda de cámara murmuró otra disculpa, y Maggie asintió, aceptándola.

—Bueno, supongo que no se puede hacer nada para rectificar la situación hasta que lo deje mañana.

Sims se acercó un poco más. —No quisiera que nadie pensara lo peor de usted o de mi empleador.

—Ni yo tampoco. —Miró a su alrededor y suspiró. El juego del duque tenía que terminar, o se arriesgaba a un escándalo en el peor momento posible.

—Pero nunca lo he visto así —confesó el ayuda de cámara—. Ni siquiera con sus hermanos lo he visto tan feliz.

—Sus hermanos *eran* exasperantes de niños —señaló ella—. Tenía la esperanza de que lo fueran menos de adultos.

—Es diferente contigo. Está fascinado —advirtió el hombre—. Le dijo al cochero que no apurara a los caballos cada día para ralentizar nuestro viaje, y así poder pasar más tiempo contigo.

Maggie enderezó la espalda, horrorizada por la confesión. —Jamás le pedí que hiciera eso.

—No hizo falta. Él hace lo que le place. La mujer con la que piensa casarse tampoco se parece en nada a ti —susurró el valet.

—¿Cómo es ella? Culta y elegante, supongo.

—Es malcriada y malhumorada con los sirvientes. Ninguno de sus hermanos la aprecia mucho, pero ella representa el dinero que él necesita en una esposa.

Maggie frunció el ceño. —Seguro que el dinero no puede ser su única razón para proponerle matrimonio.

—No estoy seguro de que a Su Señoría siquiera le agrade —susurró el valet con tristeza.

Maggie estaba asombrada por la confesión del valet, pero intentó que la sorpresa no se le notara en la cara. Había muchas razones

para casarse sin afecto, pero ninguna con la que ella estuviera de acuerdo.

Desde el principio, las palabras y el comportamiento de Algernon sugerían que vivía una vida despreocupada. Había sido coqueto, bromista, generoso con ella, y ella había respondido de la misma manera, imaginando tales tonterías que nunca podría repetir con nadie más.

A Maggie le dolió el corazón, por él y, sobre todo, por ella misma. Se había convertido de nuevo en una distracción para Algernon, pero ¿acaso no era eso todo lo que siempre había sido para los demás? Cuando él se casara, la olvidaría, pero ella nunca lo olvidaría a él.

Y no podía soportar verlo cometer un error tan grave.

Echó un vistazo al escaparate de la librería y se dio cuenta de lo que debía hacer. Le pidió a Sims que esperara afuera antes de entrar de nuevo en la librería. El propietario estuvo encantado de verla regresar y de responder a sus preguntas.

—Señor, ¿tendría un libro de mapas de la zona entre aquí y Londres que pudiera consultar?

—Por supuesto que sí, Su Señoría.

El librero estuvo más que feliz de complacerla, y Maggie encontró la información que necesitaba casi de inmediato. Salió de nuevo y se reunió con Sims en la acera, volviéndose a subir la capucha sobre la cabeza.

Algernon reapareció un momento después, caminando hacia ellos con las manos a la espalda y con un aire demasiado serio.

Ella enderezó los hombros mientras él se detenía frente a ella y sacaba un ramito de flores de detrás de la espalda. —Recuerdo que de niña recogías flores del jardín de casa. ¿Me acordé de las correctas?

Ella tomó las flores que él le ofreció y hundió la nariz en ellas, abrumada por un gesto tan dulce y amable… y por la inutilidad del mismo. —Sí, te acordaste.

—El mes pasado, cuando reordené los estantes de la biblioteca, encontré algunas todavía entre las páginas de mis libros. Me hicieron sonreír, y quizás fue un presagio de que nos volveríamos a encontrar.

Maggie lo miró a los ojos, y su corazón comenzó a martillearle contra las costillas ante la mirada más tierna en los suyos. A él le gustaba ella, y quizás demasiado. Tragó saliva y desvió la mirada, no fuera a ser que se perdiera en su mirada y hiciera el ridículo más de lo que ya lo había hecho.

La farsa de Algernon era demasiado, demasiado intensa. Incluso como un falso esposo, era tan fácil estar con él. Debería estarle dando flores a su futura esposa. Haciendo que su futura duquesa comenzara a amarlo a él, en lugar de a Maggie.

—Tengo que volver a la posada ahora —declaró, horrorizada por su último pensamiento, apretándose la capa alrededor del cuerpo como si fuera toda la protección que necesitaba.

Algernon enarcó mucho las cejas. —¿Pasa algo?

—No, no. Pero estoy ansiosa por leer estos nuevos libros que compraste.

Los libros se quedarían atrás cuando ella se fuera mañana, escondidos en los baúles de él, ya que estaban a su cuidado.

Algernon negó con la cabeza. —Pero mi intención era que camináramos juntos por el pueblo —argumentó—. La vista del río es realmente impresionante. Seguro que podrías venir a verla conmigo.

Debería haber dicho que le dolía la cabeza, pero era una pésima mentirosa y él, sin duda, la descubriría.

—Las flores deben ponerse en agua o se marchitarán —añadió—. Vayan ustedes dos y quizás encuentren un entretenimiento mejor que verme leer. Seré una compañía bastante aburrida por el resto del día, estoy segura, con todo esto para revisar.

—Ni una sola vez me has parecido una compañía aburrida, Maggie —argumentó él—. Ni siquiera leyendo. Si las flores se marchitan, siempre te compraré más.

Ella lo miró de nuevo y pudo ver fácilmente por la expresión terca de su mandíbula que planeaba discutir con ella. Pretendía llevarla consigo a todas partes, como cuando era un niño. Pero ella tenía que poner fin a su relación de alguna manera. —No tengo ningún problema en estar sola, a diferencia de otros que podría nombrar, Su Gracia. Usted no me posee —susurró, y eso hizo que las

fosas nasales de él se ensancharan—. Ni tiene el derecho de decir a dónde puedo ir o no.

Los ojos del duque se entrecerraron peligrosamente y dio un paso en dirección a ella.Maggie se mantuvo firme, decidida a salirse con la suya en esto. Batallaron sus voluntades en silencio, como siempre lo habían hecho de niños.

—Muy bien —dijo él finalmente—. Sims la acompañará de vuelta a la posada y permanecerá cerca para traerle cualquier cosa que pueda necesitar.

—No puedo abusar de su tiempo. Debería estar con usted. Usted es más importante que nadie.

Él pareció a punto de discutir, pero Sims carraspeó ruidosamente.

Solo eso pareció recordarle a Algernon dónde se encontraban. Estaban discutiendo en una calle pública y, si continuaban, otras personas podrían darse cuenta y empezar a chismear sobre el duque y la duquesa de Ravenswood. Antes había querido anonimato, aunque por sus acciones en la librería parecía haber olvidado la razón.

—Me uniré a ti para la cena esta noche, sin importar lo que digas en contrario.

Maggie inclinó la cabeza, resignada a ese hecho, pero sin que le gustara. Algernon estaba pagando sus cuentas actualmente. Algún día, ella le devolvería el favor por su generosidad.

Le arrebató los libros a Sims, quien se los entregó a regañadientes. —Cuide de él —susurró ella, antes de marcharse a grandes zancadas hacia la posada sin mirar atrás.

Maggie suspiró aliviada cuando llegó de vuelta a su habitación sin que la siguieran. Puso las flores en agua y guardó los libros en los baúles de Algernon.

Sin embargo, mientras estaba allí de pie, rodeada de las posesiones de él y su único y maltrecho maletín de viaje, se dio cuenta de que el tiempo que habían pasado juntos habían sido los días más felices de su vida adulta.

Con él, había olvidado su lugar, igual que la última vez que estuvieron juntos en Ravenswood. Pero su posición en la sociedad

era tan baja que ni siquiera debieron haberse conocido en aquel entonces; solo que Algernon parecía no poder recordarlo.

Pero ella sí lo recordaba, y de repente se alegró de poder llegar al actual lugar de trabajo de su padre a la mañana siguiente. El mapa lo había demostrado: estaba a solo una hora de distancia, más o menos. Pero ¿y si el duque encontraba otra excusa para retrasar la partida?

La pérdida de Algernon al día siguiente podría romperle el corazón, pero tenía que dejarlo ir sin demostrar lo que sentía. Porque si le daba el más mínimo aliento, y él respondía de la misma manera, tal vez desearía quedarse con él para siempre, a pesar del escándalo que eso supondría.

Y eso era lo que su yo más joven había soñado hacer: huir de su padre para estar con Algernon de nuevo. Pero, al final, nunca reunió el valor para hacerlo.

Maggie buscó el consuelo que se encuentra en los libros, pero apenas había empezado a leer cuando la puerta se abrió de golpe y Algernon entró con paso decidido.

—No esperaba que nuestra primera pelea se sintiera así. Definitiva.

Ella cerró el libro.

—*Debería* ser definitiva. Creo que deberías seguir sin mí.

—No te dejaré atrás —protestó él.

—Pero lo harás mañana. Mi padre reside no muy lejos, y esperará que su hija sea obediente y se quede con él —le informó—. No que se relacione con duques que están a punto de casarse.

Algernon la miró fijamente.

—Nunca mencionaste que estábamos tan cerca de tu padre. ¿Por qué?

El porqué era sencillo.

—Porque no estaba segura hasta que miré un mapa. Me estaba divirtiendo por primera vez en mucho tiempo. No quería que estos días contigo terminaran, pero lo harán.

—No tienen por qué terminar —dijo él rápidamente—. Hablaré con tu padre cuando lo veamos y lo animaré a que visite Londres.

—¿Qué más le dirás? ¿Le dirás que jugamos a ser marido y mujer y que viajamos solos en tu elegante carruaje ducal, sin el beneficio de una chaperona adecuada? ¿Le harás pensar que mi terquedad te animó a ignorar por completo las normas de decoro? Podríamos quedarnos unos días más en otra posada juntos, una con muy pocas habitaciones, y podrías comprarme más flores allí también. ¿Acaso tienes la intención de invitarme a tu boda?

Él arrastró los pies y no formuló respuesta alguna, aparte de un susurrado *no*.

—¿No te das cuenta de lo inapropiado que ha sido todo esto? —sintió que el estómago se le encogía por su insensatez, y también por la de él—. Estoy segura de que tu prometida se ofenderá profundamente si descubre que alguien tan inadecuada te mantuvo alejado de su lado durante tanto tiempo.

—Ella nunca oirá de mí sobre ti —prometió él al instante.

Maggie hizo una mueca de dolor.

—Así que debo ser tu última indulgencia antes del matrimonio. Siempre he desaprobado que los maridos guarden secretos a sus esposas. ¿Qué haces, compartiendo tus confidencias solo conmigo? ¡Deberías comprarle libros a *ella*! ¿De verdad quieres empezar tu matrimonio con el escándalo pisándote los talones?

Él se humedeció los labios y se acercó más.

—Eres importante para mí, Maggie.

—Tal vez lo fui, pero ya no. Retrasaste tu viaje, acortaste las jornadas cada día para complacer a una dama que no es miembro de tu familia. Ya podrías estar en Londres de no ser por mí.

—Me necesitabas.

Ella negó con la cabeza. —Podría habérmelas arreglado sola, y lo sabes. ¿Por qué la demora?

—¡Me demoro porque tal vez no deseo casarme en absoluto! —soltó él, y luego se pasó una mano por el cabello—. Ella no es más que un medio para un fin. Una forma de liberar a mis hermanos de la gran deuda que tengo con todos ellos.

Maggie lo miró boquiabierta. —¿Así que es verdad que buscas una novia con fortuna? Pero, Algernon, un matrimonio así podría negarte la oportunidad de tener el amor que mereces —susurró,

horrorizada por su intención de hacer una alianza fríamente calculada por dinero—. Esperaría que tus hermanos no aprobaran este plan tuyo.

Algernon la miró con dureza. —Es mi decisión con quién me caso, sin importar lo que digan.

—Bueno, me alegra que ellos todavía quieran lo mejor para ti, incluso si *tú* no lo quieres. Supongo que tampoco puedo impedirte que hagas una alianza fríamente calculada. Pero por mucho que me preocupe tu futura felicidad, nuestro tiempo juntos ha llegado a su fin.

—Se acabará cuando yo lo diga —espetó él, acercándose para cernirse sobre ella.

Maggie levantó el rostro. Ahora estaba enojado con ella. Era un hombre al que ninguna mujer había rechazado jamás. Pero ella *tenía* que rechazarlo. No pertenecía a su mundo. Nunca había pertenecido.

—Algernon, ¿de verdad querrías que una dama se enamorara de ti, sabiendo que al día siguiente tendría que entregarte a otra?

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Me amas?

Maggie se apartó de esa pregunta porque sabía que la respuesta haría esta despedida aún más difícil. —Siento un gran afecto por ti, pero cualquier dama podría imaginar fácilmente un futuro contigo, y lo sabes. No hagas esto más difícil de lo que ya es.

Él la miró fijamente, sopesando sus palabras. —Un caballero también podría enamorarse fácilmente de ti.

—Bueno, es una suerte que no tenga dinero que ofrecerle a un duque necesitado de fondos —susurró ella, con el corazón roto por su separación—. Habría sido una esposa y una duquesa terrible, ¿sabes?

Sus ojos se abrieron como platos. —Tú habrías sido suficiente.

—De no ser por el dinero —le recordó ella.

Algernon asintió y salió apresuradamente de la habitación. La puerta se cerró con estrépito tras él.

Su falso matrimonio, ahora hecho trizas.

Maggie se dejó caer en una silla, de repente desolada por no poder volver a hablar con Algernon con tanta libertad. A la mañana

siguiente, partiría hacia el próximo pueblo a pie, si era necesario, sin volver a verlo jamás.

Era la única manera de sobrevivir a una dolorosa despedida.

CAPÍTULO DIEZ

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Algernon saltó del carruaje tan pronto como redujo la velocidad lo suficiente para no romperse el cuello en la caída. Habían llegado al pueblo más cercano a donde había pasado la noche anterior y, al mirar a su alrededor, su mal humor no mejoró.

Maggie se había escabullido de la posada antes del amanecer, o eso fue lo que él descubrió al ir a su habitación para decirle que podían ponerse en camino cuando a ella le conviniera.

No encontrar rastro de ella le provocó un pánico asombroso e inesperado.

Pero a eso difícilmente se le podía llamar pueblo digno de tal nombre.

Una iglesia se alzaba en el cruce de caminos y no mucho más. Ninguna casa señorial en kilómetros a la redonda. Escudriñó el horizonte casi vacío, sin más que unas pocas casas de campo dispersas, buscando señales de vida, pero una por encima de todas.

El posadero no había podido disimular su diversión al enterarse de que un duque había perdido a su duquesa, y le había sugerido que se arrastrara para ganarse de nuevo su favor.

Algernon no pensaba arrastrarse. Era más probable que, una vez que la encontrara, pusiera a Maggie sobre su rodilla y le diera unas nalgadas por haberle dado un susto de muerte.

Le había disgustado que ella cenara en sus aposentos la noche anterior después de que él revelara que iba a casarse por dinero. Sin embargo, aceptó su decisión. Debería habérselo contado todo mucho antes. Como ella creía que él estaba libre de compromisos, habían intimado, y eso era enteramente culpa suya. Actuar como si de verdad fueran marido y mujer le había nublado el juicio gravemente.

Aun así, estaba seguro de que una noche separados le habría devuelto el buen humor con él y podrían continuar como amigos. Todavía tenía la intención de llevarla sana y salva al lugar de trabajo de su padre, solo para saber qué encontraría ella allí.

Y si, después de reunirse con su padre, Maggie expresaba el deseo de visitar Londres, él mismo la habría llevado también.

Y después de eso… no sabía con precisión qué podría pasar entre ellos.

Pero ella se había marchado sin decir adiós, y él había salido furioso de la posada, ladrando órdenes y reprendiendo a sus hombres por moverse demasiado despacio. Su mal humor por la impaciencia de ella seguía intacto. No había razón para que desapareciera de esa manera solo porque él le había dicho la verdad sobre los planes que había hecho para su futuro. Planes que, sentía, había hecho una eternidad atrás. Y no era como si ya estuviera comprometido. No había pronunciado ninguna propuesta de matrimonio. Aún podría encontrar otra forma de salir adelante sin una gran fortuna a su disposición.

—Encuéntrenla —ladró, y los mozos de cuadra se apresuraron a cumplir su orden.

Sims se detuvo a su lado.

—Aquí no hay nada. ¿Está seguro de que este es el lugar al que se dirigía?

—No, no lo estoy. Convenientemente, tampoco mencionó el nombre del empleador de su padre, solo que lo había encontrado en un mapa ayer y sugirió que estaba cerca. Ni siquiera sé de dónde venía. ¡Mocosa obstinada!

Miró a su alrededor de nuevo y esperó verla aparecer solo porque él estaba allí. También tenía que disculparse. Claramente, él

había disfrutado la experiencia, la novedad, de estar en un matrimonio falso mucho más que Maggie.

Alguien gritó:

—¡Su Excelencia!

Buscó el origen del grito y vio a uno de sus mozos de cuadra cerca de la iglesia, agitando los brazos y señalando hacia la capilla. No vio ni rastro de Maggie allí, pero se dirigió directamente hacia el hombre.

—Detrás de la iglesia, bajando la colina —aclaró el hombre, cuando Algernon llegó hasta él—. Creo que es su señora.

Algernon se apresuró en esa dirección y no tardó en divisar a Maggie a lo lejos, sentada en el suelo de espaldas a él. Se le cortó la respiración y sonrió, aliviado de haberla encontrado de nuevo.

De repente, Sims lo agarró del brazo, deteniendo su avance. —Es un cementerio —jadeó su ayuda de cámara.

Su mal humor con Maggie se desvaneció en un instante. Pero se zafó de Sims y siguió de prisa, ansioso por ver junto a qué tumba estaba sentada.

Pero en el fondo, él lo sabía.

Sabía que ella estaba contemplando la última morada de su papá.

Maggie estaba sentada entre lápidas viejas y desgastadas, pero el espacio justo frente a ella carecía por completo de una. La tierra en ese lugar no tenía césped y estaba levantada, como si el entierro fuera muy reciente.

Se detuvo a varios pasos detrás de ella porque no estaba seguro de si había oído sus pasos, y no quería sobresaltarla. Ella no se volteó y, al final, él susurró su nombre:

—¿Maggie?

—Algernon —respondió ella, pero su tono era apagado, desprovisto de la calidez habitual que usaba al hablar con él.

Él se acercó más y se puso en cuclillas a su lado. —¿Cuándo?

—Hace dos meses —susurró ella.

Dos meses, y apenas ahora se estaba enterando.

Algernon tragó saliva. —Lo siento muchísimo.

Ella asintió y luego negó con la cabeza.

Algernon volvió a mirar la tumba. —¿Cómo lo encontraste aquí?

—Pedí indicaciones —susurró—. El vicario me dijo dónde estaba.

Algernon miró hacia la iglesia y vio a un hombre alto y delgado de pie, hablando con Sims. Se volteó de nuevo hacia Maggie. —Me encargaré de que tenga una lápida.

—No.

Algernon le puso una mano en el hombro y se lo apretó con suavidad. —Él también fue importante para mí. Quiero hacer esto por él, y por ti.

Maggie finalmente volvió a asentir, y él se levantó y la dejó sentada junto a la tumba. Se acercó al vicario y el hombre le extendió la mano para que se la estrechara.

—Ah, señor Black.

—Algernon Sweet, duque de Ravenswood.

El hombre parecía como cualquier otro vicario de pueblo que hubiera conocido. Vestido con sencillez y con una expresión perpetuamente lúgubre. Había una buena razón para ello ese día.

—Es un honor conocerlo, Su Gracia. Lástima que no sea en mejores circunstancias. —Sin embargo, el vicario sonrió—. Empezaba a dudar de que mi carta le hubiera llegado a alguien.

—¿A qué carta se refiere?

—El señor Black hablaba con mucho cariño de su familia y sus logros. Le escribí a la única dirección que encontré en su baúl, pero no recibí respuesta. No podía creer que sus hijos no vinieran a llorar a su padre. ¿Recibió usted mi carta por error?

Algernon quedó completamente atónito por la pregunta del vicario. —¿Está seguro de que enterró al señor Magnus Black aquí y no a algún otro pobre hombre?

El vicario pareció insultado. —Estoy seguro del nombre que me dio. También está escrito entre sus posesiones.

—El señor Black tenía solo una hija y ningún otro descendiente. Ningún hijo varón —le informó Algernon, conteniendo su enojo con el difunto señor Black.

—Pero eso es imposible —dijo el vicario, balbuceando. Luego, su mirada se desvió hacia la pequeña figura sentada junto a la tumba —. Ay, Dios mío. Debería haberle dicho más para consolar a la mujer.

Algernon rechinó los dientes. —Las palabras significan muy poco en un momento como este.

Cuando su propio padre murió, Algernon no recordaba ni una sola palabra de las que le dijeron. Nada lo había hecho sentir diferente.

Sus padres eran todo un caso. Fríos e insensibles. Qué cruel por parte del señor Black no haber hablado nunca de su hija, su mayor logro. Debería haber estado tan orgulloso de Maggie y haberle contado al vicario todo sobre su mente brillante y su feliz disposición. El vicario debería haberle escrito a ella directamente, y no haberla dejado en la incertidumbre todo este tiempo.

Pero, claramente, el señor Black no había dejado la dirección de *ella* por ninguna parte entre sus posesiones.

—Dígame lo que sabe sobre el fallecimiento del señor Black.

—Me temo que murió poco después de su llegada para empezar a enseñar en una finca cercana. Murió por la noche sin previo aviso. Vino aquí dos veces, los domingos, así que lo conocía muy poco. Nunca dijo mucho sobre su propia vida, pero hablaba con cariño de las esperanzas que tenía puestas en su nuevo pupilo y en los otros muchachos que yo erróneamente supuse que eran sus hijos. —El vicario hizo una mueca—. La familia para la que trabajaba me trajo su cuerpo y sus pertenencias y pagó por el entierro. Ellos también colocaron en su baúl el salario de su último empleo.

—Bien —dijo Algernon, aunque ahora se preocupaba aún más por el futuro de Maggie. Un tutor ganaba muy poco, y Maggie era joven y estaba sana. Tenía necesidades económicas que debían cubrirse de alguna manera. Hizo una mueca, esperando que el señor Black le hubiera dejado algo en su última voluntad y testamento.

El vicario captó su mirada. —No encontrará que falte nada, se lo aseguro.

No es que pudieran saber si se habían llevado algún objeto. Tendrían que confiar en la palabra del vicario y esperar que fuera tan honesto como afirmaba. Pero por si acaso había lugar a dudas, Algernon dijo: —Eso espero, o créame, regresaré a reprender al responsable.

—Hice que guardaran sus baúles de viaje en la vicaría para el día en que su hijo, quiero decir, su hija, viniera a recogerlos —prometió el vicario rápidamente.

—Sims recogerá los baúles —exigió Algernon—. Ahora, deseo que encargue una lápida para la tumba del señor Black. Tenía sesenta años, nacido en Leeds, y para la inscripción… —Pensó un momento—. Magnus Black. Padre. Maestro.

—Por supuesto, Su Gracia —asintió el vicario—. Iré a buscar esos baúles para usted ahora mismo.

Sims se llevó al vicario, indicando a algunos de los mozos de cuadra que los siguieran al camposanto para ayudar a cargar los baúles. Algernon los dejó hacer y regresó junto a Maggie, quien no se había movido, salvo para inclinar aún más la cabeza.

Se detuvo detrás de ella, mirando con dureza la tumba sin nombre. —Cuando mi padre murió, no asistí a su entierro. Todavía no he visitado su tumba, incluso después de un año.

—No sé qué hacer —susurró—. Quería decirle tantas cosas. —Tomó una bocanada de aire temblorosa—. Estuve enojada con él por tanto tiempo.

—Los padres tienen ese efecto en nosotros —convino Algernon.

—Ponía en un pedestal a cada muchacho que conocía —se quejó ella.

—Incluso a mí, y ciertamente no lo merecía —añadió él.

—Tú eras diferente. Querías ser mi amigo y lo fuiste. Eso significó mucho para mí. Cuando los otros muchachos eran crueles, papá siempre decía que era culpa *mía*. Que yo provocaba los desacuerdos.

A Algernon le volvió el mal genio y fulminó la tumba con la mirada. Si el señor Black hubiera estado vivo, le habría puesto en su lugar como tanto se merecía por hacer que Maggie se sintiera inferior a cualquier otra persona en su vida.

Pero el señor Black ya no estaba allí. Algernon sí, y tenía que pensar en las necesidades de Maggie hoy y también en el futuro inmediato. Despotricar contra su difunto padre no le serviría de nada. No podía quedarse sentada sola en un cementerio. Podría pescar un resfriado.

Se le acercó y la ayudó a levantarse, sacudió el polvo de sus largas faldas y le ofreció el brazo.

Maggie se aferró a él, apoyándose como si le quedaran pocas fuerzas. Después de unos pasos, Algernon le pasó rápidamente un brazo por la espalda, listo para sostenerla en el camino de regreso a su carruaje si era necesario. No pensaba dejarla atrás. Ya no había nada para ella allí.

Se detuvo y echó un último vistazo a la tumba. —Adiós, señor Black —dijo—. Gracias por haber traído a Maggie a mi vida.

Maggie hundió el rostro en su pecho, pero no lloró, y él la condujo lentamente de vuelta a su carruaje, evitando por completo al vicario. Para cuando llegaron, casi la llevaba en brazos. Los mozos de cuadra estaban en fila, con los sombreros en la mano y la cabeza inclinada en señal de condolencia por su repentina pérdida. Sims debió de contarles lo que había ocurrido. Lo que Maggie había encontrado en aquel lugar solitario.

Dentro del carruaje, Maggie se apartó de él. —Puedes dejarme en el próximo pueblo de buen tamaño.

—No voy a dejarte en ninguna parte, Maggie. Ahora vamos juntos a Londres, y no quiero oírte decir lo contrario.

Ella levantó un poco la cabeza. —¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres imposible?

—A la cara todavía no, pero eso nunca impedirá que sea así. Y en tu caso, inevitablemente discutiremos sobre mi comportamiento una y otra vez. Yo ayudo a mis amigos, y ahora mismo, tú me necesitas.

Maggie no siempre había hecho lo que él quería de niña. Después de un tiempo en Ravenswood, había demostrado ser decidida y obstinada, pues tampoco había tenido a nadie que le dijera cómo se suponía que debían comportarse las señoritas. Y eso era lo que más le había gustado de ella. Nunca había hecho lo que él le exigía. Lo había puesto los pies en la tierra. Le había hecho ver que no siempre podía salirse con la suya.

Pero hoy sí lo haría.

Cuando ella volvió a inclinar la cabeza, Algernon no pudo soportar verla así. No estaba sola ni le faltaba un amigo.

La alcanzó, tirando suavemente de ella para que cruzara el asiento y se sentara en su regazo. Ella enterró la cara en su cuello y se aferró a él con fuerza, como él esperaba que hiciera.

Apoyó la mejilla en la coronilla de ella y suspiró. Con gusto le daría a Maggie todo el consuelo que necesitara durante el resto de su viaje a Londres... y quizás mucho más allá de ese momento también.

CAPÍTULO ONCE

MAGGIE RESPIRÓ. Inhaló. Exhaló. Inhaló. Exhaló. Pero la opresión en su pecho seguía igual. Se quedó mirando el techo de una habitación elegante, pero desconocida, y escuchó a Algernon y a su valet susurrar junto a la puerta.

No sabía qué hacer. Su padre estaba muerto y ella estaba completamente sola.

Debería llorar, pero las lágrimas no le salían. No había derramado ni una sola desde que se enteró de la noticia sobre su padre. Fue devastador descubrir que sus sospechas eran correctas. Ahora, en su interior, había un vasto abismo de nada, donde antes se agitaban sus pensamientos y su rabia por su padre.

La puerta se cerró y ella giró la cabeza lentamente. Algernon estaba allí, iluminado por la luz del fuego, observándola en silencio desde la distancia. Se miraron el uno al otro a través de la habitación durante un largo rato, y luego él se quitó el abrigo, las botas, y se subió a la cama a su lado.

Se recostó de lado, sin tocarla ni cruzar su mirada con la de ella, y finalmente le tomó la mano para sujetarla.

Ella agradeció su silencio y su presencia, porque él era todo lo que tenía en ese momento.

Él se acercó más, apoyó su cabeza contra la de ella y la mantuvo allí.

Con el contacto, las lágrimas comenzaron a picarle en los ojos. Algernon era el mejor de los hombres. Amable, considerado y leal cuando no tenía por qué molestarse. Un buen amigo, pero un hombre del que, al final, tendría que despedirse.

Iba a casarse con otra mujer, sin importar que estuviera mal.

Al fin, las lágrimas brotaron. Maggie se llevó las manos a la cara, con la compostura deshecha por las fuerzas enfrentadas de su dolor por su padre y la devastación de perder a Algernon.

Algernon, sin saber que él era en parte culpable de sus lágrimas, la atrajo a sus brazos y la abrazó con fuerza contra él, sin decir nada mientras ella despotricaba en silencio contra las injusticias de su posición social. Estaba a la deriva, sin un centavo y vulnerable. Era poco probable que sus circunstancias mejoraran pronto.

Pero había tanta rabia en su interior que casi no podía contenerla. Apretó los puños para guardarse sus pensamientos, incluso mientras Algernon continuaba abrazándola durante lo peor de la tormenta, frotándole la espalda como si fuera una niña de nuevo y estuviera perdida en otra casa extraña y desconocida.

Ella *estaba* perdida.

No tenía a nadie más que a Algernon en ese momento, y él pronto iba a casarse con otra, por el dinero que ella le traería para pagar sus deudas. No podría ayudarla por mucho tiempo. Tenía que encontrar su propio camino en el mundo.

Finalmente, sus lágrimas se secaron, pero todavía no podía apartarse de la familiar presencia de Algernon.

—¿Dónde estamos?

—En casa. En Londres. En Grosvenor Square. ¿No recuerdas haber llegado?

—La verdad es que no. —Se sentía aturdida incluso ahora—. Lo último que recuerdo con claridad es a ti arrodillado a mi lado en la tumba de mi padre.

—Es comprensible. Su muerte fue un golpe muy duro. Sin embargo, antes de llegar, finalmente te quedaste dormida. Te cargué desde el carruaje y te traje aquí.

—Gracias —susurró, aunque sorprendida de que hubieran pasado horas desde que se enteró de la verdad.

Finalmente, Algernon aflojó su abrazo, pero se mantuvo cerca.

—Haré que te suban un té y luego hablaremos.

—Sí, gracias —susurró de nuevo, anticipando una conversación que implicaría encontrar un lugar para que ella viviera. Estaba tentando al escándalo y poniendo en peligro su matrimonio con solo estar allí. Él había venido a Londres con el único propósito de tomar una esposa rica.

Sin embargo, no sabía a dónde ir.

—Me imagino que no tienes mucha hambre, pero también deberías intentar comer algo —anunció Algernon, siempre tan mandón.

—¿Acaso he comido hoy? —reflexionó en voz alta, pero apenas le importó la respuesta que le dio su estómago.

—Supongo que no, si no puedes recordarlo. —Algernon regresó de repente y le levantó un poco el rostro para depositar un beso en su frente—. También haré que nos suban comida pronto.

No podía comer. No tenía hambre. Ahora que papá se había ido, ¿qué sentido tenía siquiera volver a levantarse? ¿O esperar un futuro mejor y recuperar su aprobación? Papá la había olvidado y, con el tiempo, Algernon también lo haría. Ahora solo tenía que preocuparse por sí misma y, al igual que Algernon, necesitaba dinero.

No se le caían los anillos por trabajar para ganarse el pan; sin embargo, las habilidades que poseía en abundancia solían ser del dominio de los caballeros. Las matemáticas, la ciencia y una fascinación por la historia no eran rasgos que muchos empleadores buscaran.

Maggie exhaló un suspiro tembloroso y deslizó lentamente los dedos sobre el pecho de Algernon. Él se quedó quieto bajo su caricia y luego cubrió su mano errante. —Vas a pasar el resto del día aquí, en la cama. No tienes que hacer nada.

Ella se mordió el labio. No podía oponerse cuando no tenía una alternativa mejor. —Lo que usted considere mejor, Su Gracia —murmuró, cediéndole el control porque era más fácil que tomar decisiones reales por sí misma o por su futuro.

—Confío en que no despertaré mañana por la mañana para descubrir que te has ido de nuevo —dijo Algernon.

—¿A dónde iría?

—Podrías ir a casa —sugirió él tras un largo momento.

Ella negó con la cabeza. —Ya no tengo un hogar.

Él se irguió sobre un codo y la miró fijamente con una brusca inspiración. —No entiendo. Viniste de *algún* lugar.

Ella desvió la mirada y vio los viejos y maltratados baúles de su padre en el suelo, junto a la ventana, con el suyo encima. La vergüenza la invadió. —Mi padre siempre me asignaba algunos fondos para pagar la pequeña casita que alquilaba. Últimamente, los enviaba en una carta. Así fue como supe que algo andaba mal. El dinero no llegó el último trimestre. Como no pude pagar, el propietario me desalojó. Todo lo que valoro, todo lo que pude cargar, está en mi maleta de viaje —susurró, con el rostro encendido por la humillación—. Aunque ahora también tengo los baúles de mi padre que acarrear, supongo.

Tendría que revisar las cosas de su padre, aligerar la carga, antes de dejar a Algernon, pero no quería hacerlo sola. Quizás él podría ayudarla a revisar las cosas de papá cuando tuviera tiempo. Si es que alguna vez lo tenía, ahora que estaba en Londres para cortejar a su futura esposa.

—Oh, Dios, Maggie —susurró Algernon, apartándole el pelo de la cara. Sus dedos eran delicados y se negó a dejar que ella apartara la mirada—. Deberías habérmelo dicho.

Se recostó a su lado y la rodeó con sus brazos de nuevo, sosteniéndola con fuerza una vez más. Maggie casi lloró por la calidez y el consuelo de su abrazo, por muy temporal que fuera. De alguna manera, Algernon podía ahuyentar sus preocupaciones, al menos por un rato.

—Lo último que quiero de ti es lástima.

Él le besó la frente. —Bien. Porque no te la estoy ofreciendo.

Ella lo miró a él, y luego a sus labios que recientemente habían besado su frente. Se fruncieron mientras ella los estudiaba.

Maggie sintió que algo se removía en su interior y bajó la vista hacia el pecho de él en lugar de examinar su reacción o admitir sus sentimientos. Algernon era apuesto y encantador. Su único amigo en

el mundo y ella, la tonta que era, se sentía atraída por él de maneras poco apropiadas.

Algernon le ahuecó la nuca, sin ser consciente de cómo esa acción le aceleraba el pulso. —Te quedarás conmigo hasta que encontremos una solución.

—No puedo hacer eso. La gente hablará.

—Te quedarás conmigo, y lo discutiremos cuando puedas pensar con más claridad —insistió. Dejó caer otro beso en su frente—. Por ahora, lo único que quiero que hagas es quedarte aquí mismo en esta cama conmigo.

Ella miró los baúles, y la idea de su contenido hizo que se aferrara a él con más fuerza. No quería pensar en lo que podría haber dentro de los baúles de su padre. No quería oler la colonia de su padre. En su lugar, inhaló el aroma de Algernon, una colonia que le resultaba mucho más placentera a sus sentidos.

—¿Por qué querrías ayudar a alguien como yo?

—Porque me gustas.

Movió la mano sobre el pecho de él y jugueteó con un botón de su chaleco. Había algo más que eso. Recordó cómo había sido él antes de descubrir su identidad. La había coqueteado y besado abiertamente sin saber su nombre. Y después, él *todavía* quería besarla.

—¿Te parezco atractiva?

—Sin lugar a dudas.

—¿Volverías a besarme?

—Me gustaría, sí —dijo él, pero sonó como una advertencia—. Pero dadas las circunstancias, no debería.

—Me gustaría que me besaras —susurró ella, antes de alzar la vista hacia él—. Me distraería de todo en lo que no quiero pensar.

—Maggie…

—Por favor.

Algernon suspiró y se acercó a ella hasta que sus labios se rozaron. Se apartó, como si un beso breve fuera todo lo que podía ofrecer.

Ella bajó la barbilla, avergonzada.

—Lo hiciste mejor cuando no me reconociste.

A él se le escapó una especie de risa corta.

—No quise tomarme demasiadas libertades con tu petición, no con el disgusto que has sufrido hoy.

—Olvida que lo pedí —dijo ella, e intentó apartarse de él.

—Ahora no puedo dejarte ir —susurró él, y la besó de nuevo, pero esta vez con mucho más entusiasmo que en el primer y fugaz intento.

Ella entreabrió los labios y sintió el roce de la lengua de él contra la suya. La emoción de aquello fue casi demasiado. Sus preocupaciones huyeron, reemplazadas por la certeza de que estaba donde debía estar. En sus brazos. No la habían besado a menudo antes de que Algernon volviera a su vida porque, por supuesto, su padre había puesto fin a cualquiera de sus aventuras románticas con hombres jóvenes y la había enviado a un lugar dirigido por solteronas aún más viejas. Cuando estaba con Algernon, se sentía joven de nuevo y llena de esperanza.

Algernon le ahuecó el rostro, acercándose mientras el beso continuaba, más profundo y apremiante con cada respiración. Maggie le rodeó la cintura con un brazo y se aferró a él, haciendo que sus cuerpos se alinearan perfectamente sobre su suave cama.

Algernon gimió, deslizando la mano por la espalda de ella, y le agarró el trasero con firmeza. Tiró de ella aún más cerca hasta que sus cuerpos quedaron apretados el uno contra el otro.

Maggie se movió inquieta, amando la sensación de tenerlo tan cerca, y también la evidencia de la excitación de Algernon. Quería estar más cerca de él que de nadie que hubiera conocido jamás, e inclinó las caderas hacia las de él.

Algernon se echó hacia atrás al instante.

—Perdóname.

Maggie parpadeó.

—¿Por qué?

—Pediste un beso y me dejé llevar.

Maggie se apartó de él y rodó sobre su espalda, sonrojada y jadeando como si hubiera estado corriendo una carrera.

—Siempre me ha gustado que me beses. ¿Te acuerdas?

—Sí, pero entonces éramos niños, imitando el comportamiento de los adultos sin comprender qué era la verdadera pasión.

—Siempre hemos sido buenos para fingir —susurró ella, cerrando los ojos—. Las aventuras con Algernon siempre habían sido una buena distracción.

—Me gusta besarte —admitió él finalmente—. Pero no debería volver a suceder.

—Una lástima. Disfrutaría más de tus besos.

—Siempre querré tus besos, también, pero, en estas circunstancias, no quiero ilusionarte —dijo, bajándose de la cama—. Tengo responsabilidades y ya no somos unos niños. Ese tipo de comportamiento, jugar a ser como nuestros mayores entre las sombras del baile de verano de mi madre, te arruinaría.

Probablemente, Maggie debería haberse sentido avergonzada por alentar a Algernon a portarse mal. Pero era evidente, a juzgar por el momento que pasaron en la cama, que él era un amante experto y que los besos también lo habían excitado. A pesar de todo, se descubrió sonriendo por lo que había hecho con él. Lo había alborotado muy bien en esa cama y había logrado olvidarse de sus problemas, al menos por un rato.

Algernon se veía aún más atractivo cuando su excitación se marcaba de esa manera en sus pantalones, pero cuando él notó la dirección de la mirada de ella, tomó su abrigo y lo sostuvo frente a sus caderas.

Por desgracia, el deseo había jugado un papel poco importante en la vida de ella hasta ahora, y no sabía cómo animarlo a sentirse mejor sobre lo que habían hecho. Evidentemente, él se sentía avergonzado cuando deseaba a una mujer.

Sin embargo, el deseo era un campo de estudio digno con el hombre adecuado… si es que alguna vez encontraba a otro que le gustara tanto como Algernon. En ese momento, eso parecía improbable, así que se sentó y miró hacia la ventana para darle algo de privacidad.

Suspiró y se puso de pie, luego se quitó los zapatos de una patada.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Bueno, si no quieres besarme, necesitaré otra distracción. Leeré un libro —decidió.

—Excelente idea, iré a buscarte los otros. Pero te equivocas sobre lo que yo quiero —argumentó él.

Ella rodeó la cama, rozando el brazo de Algernon al pasar.

Él gimió.

Ella se giró hacia él, sorprendida por el sonido gutural, y vio el hambre en sus ojos. —¿He descubierto una nueva forma de atormentarte, Su Gracia?

—Yo que tú, no volvería a hacer eso —le advirtió.

—¿Qué vas a hacer? ¿Besarme o matarme?

—Probablemente, besarte hasta dejarte sin sentido —admitió, y luego negó con la cabeza—. Olvida que dije eso.

Maggie apretó los labios para contener la risa. El pobre hombre parecía sorprendido de haber admitido en voz alta que la deseaba. Pero Maggie no estaba para nada sorprendida. Admiraba su honestidad. —No te preocupes, Algernon. Sé un poco sobre el deseo por los libros.

Algernon dio un paso adelante. —Por favor, no me digas que has estado leyendo sobre hacer el amor todos estos años.

Ella sonrió con tristeza. —Está bien, no te lo diré.

De todos modos, prefería mantenerlo en la duda un poco más sobre su experiencia con los hombres. Probablemente se sentiría aún más culpable por lo que habían hecho juntos.

Sus besos habían sido encantadores, pero definitivamente había algo más en hacer el amor que solo eso. Sus extensas lecturas la habían llevado a creer que era una forma agradable de pasar el tiempo. Ahora Maggie tenía mucho tiempo de sobra. ¿Por qué no entregarle su inocencia a un hombre que le gustaba antes de que tuvieran que separarse? No era como si él fuera a traicionar a nadie todavía. No estaba comprometido en ese momento. Lo más probable era que la oportunidad de estar con él tampoco se le presentara de nuevo.

Dejó a un lado su decepción y zanjó el asunto.

Tomó un libro para leer y, de camino a una silla, se detuvo de nuevo junto a Algernon. Lo miró a los ojos y vio que el deseo

todavía estaba cuidadosamente contenido allí. Estaba bastante impresionada de que ella lo afectara tanto.

Como él no iba a ayudarla a continuar su estudio del deseo esa noche, ella se alejó y se sentó de nuevo en la cama, metiendo los pies bajo el edredón. Entendía la razón de su vacilación. Después de todo, él probablemente estaba acostumbrado a mujeres con experiencia, y algunas mucho más hermosas y talentosas de lo que ella jamás podría ser.

Maggie no volvería a ofrecérsele, por muy perfecto que pareciera el momento.

—Necesito revisar unas cuantas cosas abajo —dijo él finalmente.

—Sí, creo que es una buena idea —ella no lo miró. Empezaba a sentirse avergonzada, y eso había creado una incomodidad entre ellos que nunca antes había existido—. Fue un día difícil. Por favor, acepta mi agradecimiento por tu ayuda.

—Siempre —prometió Algernon, pero arrastró los pies.

Ella levantó la vista brevemente. —Te prometo que no saldré de la habitación.

—¿Cenaremos juntos, verdad?

—Sí, Algernon. Me gustaría cenar contigo —prometió—. Solo espero que el estofado esté a la altura de tus altos estándares. Detesto tanto verte hacer pucheros —añadió.

Algernon mordió el anzuelo una vez más. —Yo no hago pucheros.

Maggie se rio. —Te atrapé otra vez.

—¡Maldita sea! Vas a ser mi muerte, mujer —se quejó Algernon, pero con su risa fácil, el ambiente de broma entre ellos se había restablecido. Volvían a ser amigos, y Maggie no le pediría más besos al duque. Él era demasiado importante como para arriesgarse a perderlo por un simple capricho suyo.

Él salió sigilosamente de la habitación, y Maggie de inmediato dejó su libro para mirar bien a su alrededor.

La habitación era más grande que cualquier dormitorio en el que hubiera estado. Las cortinas eran de terciopelo de un tono azul oscuro. La cama en la que estaba sentada era enorme. No se había percatado del tamaño cuando Algernon la había compartido con ella.

Mientras miraba a su alrededor, se dio cuenta de que ese podría ser el dormitorio principal, si hubiera algún objeto personal esparcido por ahí. Pero era una habitación vacía, desnuda y con una sensación de abandono.

Inquieta por eso, merodeó por la alcoba, buscando… no sabía qué. Cualquier cosa que anclara sus pensamientos al presente. Al abrir cada cajón de la cómoda, los encontró vacíos, hasta que algo cayó dentro de uno de los gabinetes después de que ella había cerrado de golpe un par de cajones.

Al abrirlo una vez más, descubrió una vieja escritura de propiedad de una casa en Londres que había aparecido, como de la nada. Cuando miró el papel más de cerca, le pareció que la parte superior estaba manchada de óxido y rasgada por donde algo la había sujetado. Qué extraño. Se preguntó por qué algo tan importante había sido dejado en esa habitación vacía.

Entonces divisó otra puerta oculta tras una cortina cerrada. La puerta de atrás no estaba con llave y se abrió con un ligero gemido de las bisagras.

Maggie inhaló el aroma distintivo de Algernon y de inmediato se sintió mejor.

Esparcidas por esta habitación había sillas cómodas, con cojines en abundancia y también una que otra manta. Un reloj que se había detenido reposaba sobre la repisa de la chimenea junto a una caja de puros y un puñado de monedas sueltas.

Junto a la pared de la ventana, había otra puerta. Maggie encontró un gran vestidor, a medio llenar de atuendos masculinos que solo podían pertenecer a un duque.

Maggie echó un vistazo a la habitación que le habían dado y sintió que una punzada de amargura la invadía de nuevo. La habitación que tenía estaba claramente destinada a una novia que Algernon admitía no amar.

Regresó apresuradamente a su propia habitación y se sorprendió al encontrar a Algernon allí de nuevo.

—Me pareció que eras tú la que se movía.

—¿Me oíste?

Él señaló el suelo. —Mi estudio está directamente debajo de nuestros pies.

—Siento si te molesté.

—Para bien, querida Maggie, ¿y cuándo te he negado la oportunidad de explorar mi casa? No voy a empezar a hacerlo ahora.

—Yo solo estaba…

—Mirando por mi alcoba. Husmeando en mi vestidor —bromeó él, y luego señaló a su alrededor—. Por cierto, mi padre hizo esto. Eliminó todo rastro de mamá de esta habitación en cuanto ella falleció. Tanto aquí como en la casa de campo.

—Eso fue muy cruel contigo —dijo ella, recordando el cariño que Algernon le tenía a su madre.

—Ah, sí, esa era su intención. El sentimentalismo no tiene cabida en la vida de un duque, siempre me decía —pero entonces Algernon sonrió y señaló la mano de ella con la cabeza—. ¿Qué tienes ahí?

Ella le tendió la escritura.—Ah, encontré esto.

—¿Qué es? —preguntó él, y sostuvo las páginas a contraluz—. Vaya, no puedo creerlo. ¿Dónde demonios encontraste esto?

—Allí. Abrí un cajón, oí que algo se caía, y ahí estaba —Maggie sonrió fugazmente—. Supongo que estaba clavado por dentro en alguna parte.

Algernon corrió hacia el mueble, sacó todos los cajones para mirar él mismo adentro y luego también volcó la cómoda, pero no había nada más que descubrir.

Se sentó sobre sus talones.—Astuta, mamá. Muy astuta de tu parte. Había olvidado que mi madre a menudo escondía cosas que no quería que papá tuviera. Esta propiedad era parte de su dote. Sin la escritura, él no podía venderla para gastarse las ganancias.

Maggie asintió.

—Por suerte, te tengo a ti para resolver mis misterios. —Algernon se guardó la escritura en el bolsillo y le tendió la mano de nuevo—. Ven, ya que has recuperado las ganas de vivir y tu ilimitada curiosidad ha resuelto un misterio para mí, exploremos juntos la casa para que no te pierdas cuando yo no esté.

Maggie estaba deseosa de tener algo que hacer y se apresuró hacia él. Recorrieron el piso de arriba, pero no los áticos.—Los

dejaremos para un día lluvioso —prometió él, y luego bajaron al primer piso—. Mi estudio a la izquierda, el salón a la derecha. Otras salas de recepción más atrás y abajo.

La dejó tomar la delantera y rio suavemente cuando ella entró en su biblioteca y se quedó boquiabierta al ver todos los libros que la rodeaban.

—Ya sé dónde encontrarte si llegaras a desaparecer —bromeó.

—O a cualquier hora de cualquier día —advirtió ella—. Qué riqueza. Siempre he soñado con tener una habitación llena de libros. Una habitación en la que nunca más me aburriría o me sentiría sola.

Él se acercó.—¿Es extraño que supiera eso?

—No cuando eres quien mejor me conoce —dijo ella sin pensar, arrepintiéndose de inmediato de haber admitido tanto. Su vida había sido bastante solitaria hasta que se reencontró con Algernon. Y en su día más oscuro, cuando pensó que él estaría mejor solo, él había ido a buscarla en lugar de seguir con sus planes.

Miró a Algernon, pero él ya la estaba mirando a ella.

Él levantó la mano para acunarle la cabeza e inclinó su rostro hacia arriba.—No soy digno de tal honor, Maggie.

Ella sonrió fugazmente.—No digas eso.

—Es la verdad. Te besé, sabiendo todas las razones por las que no debía. Te traje aquí porque no podía dejarte atrás, y arriesgo tu reputación cada momento que estamos a solas. Y sin embargo, no siento la menor duda sobre mis decisiones.

Ella sonrió con dulzura.—Entonces eres exactamente igual al niño que recuerdo con tanto cariño de mi infancia.

—No soy el mismo, Maggie. Sé lo que viene después de un beso de una forma que tú no —le advirtió.

—¿Crees que me vas a asustar?

—Dudo que alguna vez te hayas asustado de verdad por algo que te haya pedido en toda tu vida, y eso es lo que más me asusta a mí. —Suspiró—. Maggie, debo salir un rato.

—No tienes que dar explicaciones.

Él asintió.—¿Estarás bien sin mí?

¿Lo estaría?—Leeré.

—Está bien. Trata de comer algo mientras no estoy y no me esperes despierta.

—Sí, Algernon —prometió, sabiendo muy bien que se quedaría despierta hasta que él regresara a la casa.

CAPÍTULO DOCE

LA FORMA DE sobrellevar el duelo era mantenerse ocupado. Algernon tenía mucha experiencia en eso. Cuando su madre murió, se había enfocado en ayudar a sus hermanos a aceptar su repentina pérdida. Inventaba juegos, aventuras, ofrecía afecto cuando era necesario y, junto con Nash, se aseguraba de que sus hermanos menores continuaran con su educación.

Sin embargo, cuando su padre murió, los unió el alivio en lugar de la tristeza. Algernon solo tuvo que impulsarlos a la acción de nuevo, y con el tiempo encontraron sus verdaderas vocaciones y a sus parejas. Había sido una empresa satisfactoria restaurar el orden en las vidas de sus hermanos. Pero su trabajo allí había terminado. Todos se habían casado con mujeres de carácter fuerte que se adaptaban a sus naturalezas y los mantenían a raya.

A la mañana siguiente, observó a Maggie picotear su comida, con el ánimo por los suelos y el ceño fruncido por la preocupación, y decidió que era necesaria una distracción.

Se excusó de la mesa del salón de desayuno, dolido al ver que ella apenas notó que se iba. Fue inmediatamente a hablar con su mayordomo para disponer que prepararan el carruaje.

—¿Pongo la aldaba en la puerta esta mañana, Su Gracia?

—No, hoy estaré ocupado en otras cosas —anunció él. Le había confiado a su mayordomo la reciente pérdida de Maggie para explicarle su desánimo y su presencia en la casa. También le explicó

que conocía a Maggie desde que eran niños y que todavía les gustaba tomarse el pelo. Aunque no parecía probable que ella lo hiciera hoy. Sin embargo, le advirtió que ella estaba acostumbrada a decirle lo que pensaba y que no se debía hablar de ella fuera de la casa bajo amenaza de despido.

Maggie solo necesitaba tiempo y un lugar para llorar su pérdida…, pero era difícil de observar, sabiendo del abandono de su difunto padre.

Magnus Black, su antiguo tutor, había sido un devoto de su profesión. Un verdadero maestro en todo el sentido de la palabra: animaba a sus alumnos y estaba comprometido a verlos alcanzar la grandeza. Lo que le faltaba era la capacidad de ver que la grandeza ya existía en su única hija. Probablemente Maggie podía darle mil vueltas a cada alumno que él había tenido, especialmente a Algernon, pero seguramente nunca experimentó ni una cuarta parte de los elogios del hombre que significaba todo para ella.

No era justo. No estaba bien. Pero ya no había ni una maldita cosa que se pudiera hacer para arreglar las cosas entre ellos.

Todos querían que sus padres estuvieran orgullosos de ellos. A Maggie se le había negado eso.

También a Algernon.

Regresó al salón de desayuno y la encontró todavía sentada a la mesa. Su plato no estaba más vacío que cuando se había ido. Se sentó a su lado, tomó su mano y la encontró fría. La frotó entre las suyas.

—Tengo unos asuntos que atender.

—Por supuesto —dijo ella, saliendo de su aturdimiento—. Yo también debería irme.

Él le apretó la mano para que no se moviera.

—Eso es lo que esperaba que dijeras. El carruaje estará listo en una hora para nuestra salida.

—Quise decir que no puedo quedarme aquí. Debo irme. Encontrar un lugar donde quedarme en Londres e intentar encontrar un empleo. Tengo que ganarme la vida por mi cuenta ahora.

Él le llevó la mano a los labios y le besó el dorso. No le sorprendía que ya hubiera formulado un plan, por muy defectuoso

que fuera.

—Si eso es lo que quieres, por supuesto, no me interpondré en tu camino. Sin embargo, te conozco. No te gusta tomar ninguna decisión de forma precipitada. Tómate tu tiempo para decidir a dónde ir. Quédate aquí hasta que estés segura.

Ella lo miró.

—¿Y tus planes de matrimonio?

Él sonrió rápidamente.

—Mis planes siguen siendo solo eso, planes. No tengo ninguna prisa por llegar al altar. —Algernon no podía pensar en casarse cuando Maggie lo necesitaba más.

—No es propio de ti demorar las cosas —señaló ella.

—¿No te complace que por fin esté siguiendo tu ejemplo de ir más despacio y elegir el momento adecuado? —preguntó él, arqueando una ceja.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, y él lo consideró una gran victoria.

—Sería la primera vez.

Él sonrió ampliamente.

—Ve a buscar tu sombrero y tu capa. Parece que va a ser un día gris y puede que estemos fuera un buen rato. Quiero mostrarte todos mis lugares favoritos de Londres.

Ella pareció a punto de negarse, así que él la levantó, la hizo girar hacia la puerta y le puso las manos sobre los hombros. Maggie le permitió empujarla hasta el pie de la escalera.

El mayordomo, en su puesto cerca de la puerta, reprimió una sonrisa al verlos juntos y, prudentemente, se ocupó de sus asuntos.

Algernon retiró lentamente las manos de Maggie, aunque ella no había protestado en absoluto por la forma en que la había sujetado.

—Ve. Apúrate, Maggie. Estaré aquí esperándote.

Sin embargo, ella subió las escaleras lentamente, y Algernon fue incapaz de dejar de mirarla mientras se alejaba. Después de sus besos recientes, y en particular el de anoche, el contoneo de su cuerpo se había vuelto bastante más interesante de lo que debería.

La deseaba, pero sabía que seducirla era imprudente y malo para *ella*, sobre todo ahora. Era extraño sentir lo que sentía por alguien a

quien conocía de toda la vida. Sus besos lo habían desestabilizado más de lo que deberían, y trataba de no pensar en la posibilidad de robarle otro.

Pero se trataba de Maggie, alguien a quien apreciaba profundamente desde hacía mucho tiempo. Se sentía tan protector con ella como con sus hermanos. Pero no era lo mismo, y él lo sabía muy bien. Tenía que pensar en la reputación de ella, en su futuro, incluso a expensas de su propio interés.

El mayordomo se acercó con los guantes, el sombrero y el abrigo en la mano. Algernon los tomó, uno por uno, pero su atención permaneció en la escalera vacía mientras esperaba con impaciencia que Maggie regresara a su lado.

Cuando le había propuesto a Maggie que lo acompañara en su viaje a Londres, nunca imaginó la dificultad que enfrentaría para dejarla ir de nuevo. Le gustaba demasiado tenerla cerca. Tenerla a su lado para reír le producía una gran sensación de satisfacción.

Finalmente, Maggie regresó, llevando la misma capa sobre el mismo vestido con el que la había visto por primera vez. No por primera vez, él quiso hacer algo al respecto. Verla ataviada con elegantes galas dignas de una dama de su círculo. Aunque ella no estaría de acuerdo en que él gastara dinero en ella. Maggie era brillante pero terca, y al principio se había opuesto a todas sus ofertas de ayuda anteriores.

Proporcionarle un nuevo vestuario seguramente también sería rechazado. Y, aun así, él sabía que lo haría. Sin embargo, por el momento se le escapaba cómo hacer que se quedara quieta para que una modista le tomara las medidas y luego se quedara con los vestidos. Tendría que ser astuto al respecto y tener preparados los argumentos para convencerla de que aceptara.

Él le ofreció el brazo, pero ella lo rechazó. Salieron de la casa uno al lado del otro, ella con la capucha de su capa ocultando sus facciones, y él se hizo a un lado mientras ella subía sin ayuda al carruaje de ciudad.

Maggie tomó un asiento mirando hacia atrás, y él se unió a ella, descontento con las decisiones de la joven.

—¿Cuáles son tus recados de hoy?

Cuando era niña, Maggie siempre había querido saber qué hacía él, y parecía que, como mujer de luto, todavía lo quería.

—Primero, regalos para los hijos de mis hermanos.

—¿Eres un tío consentidor?

Él sonrió.

—Intento no malcriarlos demasiado. Nash tiene ahora dos hijos y una hija, así que es una gran novedad para Ravenswood. La última jovencita que residió allí durante un tiempo fuiste tú.

—Yo solo estaba de visita.

—Durante un año. Y fue un año muy feliz —le prometió—. Para mí, en particular.

Maggie apartó la cara, pero pronto fue evidente que se había quedado fascinada por las vistas y los sonidos apagados que se veían a través de las ventanillas del carruaje. Él la observó en silencio, divertido por la forma en que sus ojos iban de un lado a otro, absorbiéndolo todo.

Maggie nunca había dicho dónde había estado viviendo esos últimos años sin su padre, pero él supuso que era en algún pequeño lugar apartado con pocas tiendas. Una aldea que no tenía gran atractivo ni visitantes.

Finalmente, el coche de ciudad se detuvo frente a una juguetería. Un lugar donde había comprado regalos para su hermano menor, Stratford, hacía años. Se bajó primero del carruaje y Maggie también rechazó su ayuda esta vez.

Salió sola y lo miró expectante.

—¿Qué debo hacer?

—¿Hacer?

—Parece apropiado que, mientras estemos en Londres, me comporte como lo haría una sirvienta a su lado —susurró.

—Nadie te creería una sirvienta mía —le advirtió él.

—Lo harán si usted intenta recordar que estoy por debajo de usted —sugirió ella, juntando las manos a la altura de la cintura—. Estoy aquí para traer y llevar cosas como cualquier doncella, Su Gracia.

Ella estaba allí para distraerse de su dolor y de su plan de encontrar un empleo indigno. Su deferencia fuera de lugar solo

servía para molestarlo. Nunca permitiría que Maggie se rebajara de esa manera.

Dio un paso hacia ella, decidido a hacerle ver la verdad.

—Somos iguales, Maggie. La sumisión no te sienta bien.

—Nadie más que tú creyó alguna vez que yo merecía más de lo que tenía —dijo ella con firmeza, levantando la barbilla en un gesto desafiante—. Ni siquiera mi padre.

—Contestarme solo refuerza mi opinión de que serías una mala sirvienta. Se contradice por completo con la forma en que una doncella se comportaría normalmente.

—Esto es lo que debe suceder si voy a quedarme con usted —advirtió, con la mandíbula tensa en una línea obstinada.

Tomó aire para discutir, pero en el último momento decidió no hacerlo. Podía jugar a ser una sirvienta por un día, pero se aseguraría de que al final del día no quisiera continuar. Una doncella tenía una vida dura. Levantarse temprano, no parar en todo el día, ser poco valorada y, por lo general, caer rendida en la cama a altas horas de la noche. En la mayoría de las casas les pagaban una miseria y las echaban a la calle inmediatamente ante cualquier indicio de indiscreción con un hombre.

Una doncella nunca ganaría suficiente dinero ni tendría tiempo libre para leer, y ciertamente tampoco para continuar sus estudios de historia.

Giró sobre sus talones, chasqueó los dedos dos veces como había visto hacer a otros empleadores pomposos y esperó que ella lo siguiera.

Afortunadamente, lo hizo.

Dentro de la juguetería, se tomó su tiempo para elegir regalos para sus sobrinos y su nueva sobrina, observando cómo Maggie resistía la tentación de tocarlos todos o de expresar sugerencias. Por lo general, ella no era una modesta alhelí a la hora de dar sus opiniones, y él tuvo que ocultar una sonrisa triunfante mientras ella cambiaba impacientemente el peso de un pie a otro.

No le mostró nada, no le habló directamente ni le pidió su opinión, lo cual le resultó difícil de mantener. Al final, el propietario le dirigió una mirada hostil, y Algernon fingió que no le importaba.

Pero entonces le llamó la atención una pequeña figura de una mujer de metal fundido, relegada a un lugar detrás de los más populares soldados de juguete. De solo tres pulgadas de alto, una mujer con largas faldas vaporosas y cabello oscuro le recordó a otra pieza que había olvidado hasta ahora. Un juguete que Maggie llevaba consigo a todas horas cuando era niña. Una pieza que su hermano Jasper había arrojado al río en Ravenswood en un ataque de mal humor con ella.

Desafortunadamente, nunca se recuperó.

Le picaban los dedos por comprar la pieza y reparar un mal que le habían hecho hacía tanto tiempo. Pero hoy, tenía que resistir a todo sentimentalismo, y se alejó de ella para completar sus compras.

El propietario estaba encantado con sus elecciones, envolviendo cada una rápidamente y haciendo una gran pila sobre el mostrador. Algernon le arrojó algo de dinero y, cuando salió, esperaba que Maggie recogiera los artículos.

Ella no lo hizo.

Algernon la hizo regresar con un duro reproche por olvidar su deber. Maggie volvió a la acera, con los brazos a rebosar y el rostro encendido mientras él le decía que pusiera los regalos dentro del carruaje y que se diera prisa.

Sin embargo, cuando regresó, le ofreció una sonrisa vacilante.

—¿Estás comprando regalos para todos en tu familia?

—Eso sería absurdo —murmuró él—. Hay más de cien Sweets vivos en Inglaterra.

—Me refería a tus hermanos y a sus esposas también. Ya que a Stratford le gusta tanto pintar, seguramente le encantaría que le regalaras unos pinceles.

Algernon gruñó ante su oportuna sugerencia y se maravilló de su memoria para recordar sus conversaciones. Realmente quería que su hermano pintara un retrato de él y su novia algún día en un futuro cercano.

Se dio la vuelta sin más comentarios, caminando hacia otra tienda y evitando la que vendía pinceles para pintar, odiándose a sí mismo por lo que le estaba haciendo.

Pero estaba decidido a demostrarle a Maggie que no duraría ni un día como sirvienta. No estaba en su naturaleza recibir órdenes ni que sus sugerencias fueran ignoradas.

La siguiente tienda vendía rapé, y aunque él no lo consumía, su cuñada sí. Entró en la tienda e hizo que Maggie esperara mientras él consideraba las opciones.

El fuerte olor a tabaco hizo que le ardieran los ojos, y finalmente miró hacia atrás para verla limpiándose discretamente las lágrimas. ¿Era el rapé, la pena o ambos? No podía recordar si su padre tomaba rapé, y esperaba no haber creado una situación que sin querer le hubiera causado dolor.

Terminó su compra rápidamente, contento de dejar el hedor de la tienda, y escuchó a Maggie exhalar aliviada también. La envió al carruaje a esperar junto a él mientras visitaba un café cercano para hacer tiempo. Desde adentro, podía verla cambiar el peso de un pie a otro, estirando el cuello para ver qué lo retenía lejos de su lado.

Se rio suavemente para sí, terminó su café y regresó afuera sin ninguna prisa.

Le hizo un gesto a Maggie para que se uniera a él, haciéndola caminar por Bond Street hasta donde se atrevió, prácticamente ignorándola. En el camino lo detuvieron amigos. Gente a la que no podía presentarla. Hablaban de la ciudad, de política y de acontecimientos mundiales. Muchas cosas sobre las que Maggie seguramente tendría una opinión, pero como sirvienta, no debía hacer comentarios.

Esperaba que ella ya hubiera tenido suficiente de la farsa. *Él* ciertamente la había tenido. Si la veía estremecerse de nuevo, podría olvidarse de sí mismo y tomarle la mano allí mismo en la calle, solo para verla sonreír una vez más.

Finalmente se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el carruaje, solo para divisar un pequeño establecimiento del que se había olvidado. Impulsado por una idea inspirada, se dirigió a la tienda, esperando que su punto hubiera quedado lo suficientemente claro como para no tener que continuar con esta tontería al día siguiente.

CAPÍTULO TRECE

MAGGIE SEGUÍA APRESURADAMENTE al duque de una tienda a otra, con los ojos muy abiertos ante la abundancia de artículos, tanto necesarios como frívolos, que se exhibían para la venta en Londres. A veces le costaba seguirle el paso, ya que las largas piernas de él devoraban la distancia con más facilidad que las de ella.

Cada vez que ella encontraba algo que admirar, él decidía bruscamente que ya había visto suficiente; y si la tienda no le ofrecía a ella nada de interés, él se demoraba allí hasta que ella estaba a punto de irse sin él.

Si así era la vida de una doncella empleada en Londres, desde luego que ella no servía para el puesto. Algernon había tenido razón todo el tiempo, y se dio cuenta de que su comportamiento indiferente y altanero de ese día era únicamente para señalarle el fallo de su plan.

Suspiró cuando se detuvieron ante otro establecimiento y pasó el peso de un pie dolorido al otro mientras esperaba su decisión de entrar o no.

Las puertas no tenían ningún letrero y el lugar parecía más humilde que los otros que él había frecuentado. Pero al entrar, descubrió que en esa tienda trabajaba afanosamente una modista, y lo miró sorprendida.

Sin embargo, el duque no explicó sus razones para estar allí. Inmediatamente buscó a la modista y le habló solo a ella con una voz tan baja que Maggie no pudo entender lo que decían, a diferencia de lo que había hecho con todos los demás propietarios que había visitado ese día.

La abundancia de telas alrededor de Maggie, todas hermosas y exóticas, acaparó toda su atención y no pudo resistirse a tocar algunos de los ejemplos más cercanos en exhibición. Se quedó tan absorta que no se dio cuenta de que le estaban hablando hasta que alguien le tocó la manga.

Una dependienta estaba a su lado. Su sonrisa era emocionada, pero vacilante.

—¿Ve algo que le guste?

—No —dijo Maggie rápidamente, juntando de nuevo las manos a la altura de la cintura. No quería dar la impresión equivocada de que podía permitirse algo de allí. Se suponía que era una humilde sirvienta al servicio de un duque exigente.

Lanzó una mirada ansiosa a Algernon y lo encontró observándola con una expresión indescifrable en su rostro.

—¿Y esta? —preguntó la mujer, presentándole una pieza de tela a Maggie para que la inspeccionara.

El duque enarcó una ceja y ella bajó la vista.

Era una seda de un hermoso tono azul oscuro, entretejida con hilos gruesos que le daban una textura maravillosa bajo sus dedos. Maggie la quiso de inmediato para un vestido nuevo para ella. Pero, por supuesto, nunca podría permitírselo, ni dejar que el duque pensara que ella podría querer que él se lo comprara.

Negó rápidamente con la cabeza al tiempo que detectaba un ligero giro en los labios del duque antes de que este se diera la vuelta, jugueteando con algo en el mostrador y empujándolo hacia la modista.

Maggie miró a la dependienta.

—Es muy bonita.

—El duque ha aprobado la compra de cualquier tela que usted considere digna para su cuñada como regalo.

Maggie parpadeó.

—¿Cuñada?

La dependienta la miró con el ceño fruncido.

—Sí. La mujer para la que ha venido a encargar un nuevo guardarropa de invierno. Por favor, algo tiene que servir. Ya le pagó al propietario.

Maggie miró al duque mientras se ponía de nuevo el sombrero. —Regresaré en una hora —dijo él—. Haz las elecciones. La modista tiene los diseños y sabe cuántos vestidos se harán de cada estilo.

Asombrada, Maggie lo vio salir de la tienda, extrañamente decepcionada de que siguiera comprando regalos para su familia. Pero él confiaba en ella para tomar decisiones sensatas para una cuñada, y eso era algo que podía hacer con facilidad.

Eligió la seda azul oscuro y otras cuatro telas que le mostraron que mantendrían abrigada a una dama durante el próximo invierno. Eran bastante sencillas, pero prácticas, y fáciles de trabajar para la modista.

El duque ya había elegido los patrones de los vestidos, así que no se los mostraron. Y como el duque había sugerido que ella y su cuñada eran de tamaño y altura similares, eso significaba que también le tomarían las medidas a Maggie.

Tardó una hora entera, y cuando terminó, salió de prisa, exhausta y deseando regresar a casa. El duque estaba sentado dentro de su carruaje, leyendo mientras esperaba.

Todos los regalos que había comprado ese día se habían apilado en el asiento que miraba hacia atrás durante su ausencia del carruaje. Maggie subió apresuradamente, resignada a sentarse más cerca de él de lo que probablemente era prudente.

Pero gracias a su pretensión de ser una sirvienta, la camaradería de sus primeros días juntos había desaparecido, y ella extrañaba desesperadamente la calidez de él.

Apartó la vista de él y observó las calles de Londres, que bullían de actividad a pesar de los cielos plomizos. Su corazón estaba fatigado de nuevo, y suspiró suavemente. Pasaron junto a grandes residencias similares a la del duque, plazas verdes y docenas y docenas de carruajes. La gente, ocupada en sus propios asuntos, apenas se percataba del paso del carruaje del duque.

Se reclinó después de un momento y descubrió que el duque la observaba, con el libro cerrado pero aún en sus manos. —Es toda una experiencia, ¿no es así? Londres en todo su esplendor.

Ella asintió.

—Quería ser yo quien te mostrara los alrededores hoy —admitió él—. Sé que estás considerando quedarte en Londres.

—Nunca dije que me quedaría —dijo ella rápidamente, pero ciertamente estaba pensando en cuál era su lugar.

—Eres sensata al pensar en el futuro —dijo él—. Si buscas un lugar al que pertenecer, Londres te ofrece muchas oportunidades, pero confío en que no como doncella.

—No —estuvo de acuerdo con él—. Soy poco apta para recibir órdenes de hombres altivos. También me gustaría algo que me desafiara más.

El duque gruñó. —¿Qué tienes en mente ahora?

—Quizás podría encontrar un puesto con una inclinación profesional.

Él enarcó una ceja.

—Asistente de un banquero, o incluso de un abogado —sugirió ella—. Me hubiera gustado estudiar derecho, pero mi padre no quiso ni oír hablar de ello.

—Eres lo suficientemente inteligente para ello.

—Es solo una idea.

Él asintió. —¿Disfrutaste conociendo a la modista?

—Hablé más con la asistente.

—Entonces te divertirá saber que la dependienta *era* la modista. La mujer mayor actúa como la propietaria para asegurarse de que sus clientes traten a la modista con justicia y no la estafen descaradamente. La sociedad no parece valorar la creatividad de las mujeres jóvenes y ambiciosas.

—Oh —dijo Maggie, apenada de que la joven tuviera que fingir que no era la persona más importante de la tienda—. Pobrecilla.

—¿Pobre? Esa pobrecilla me va a cobrar un ojo de la cara por hacer esos vestidos tan rápido como quiero. Pero su trabajo siempre es impecable.

Ella lo miró sorprendida. —¿Compraste vestidos allí antes?

—Para una antigua amante —confesó, tras una leve vacilación.

Maggie parpadeó y luego negó con la cabeza. Por supuesto, había tenido una amante en Londres. Era muy poco probable que un duque permaneciera célibe.

—Siempre envío a mis amigos allí —le confió.

—A tus amigos que tienen amantes —dijo ella lentamente y luego lo miró—. ¿Tienes una amante ahora?

—No. Rompí con la última hace un año.

—¿Por qué?

—Era hora de un cambio —dijo encogiéndose de hombros con despreocupación, y luego procedió a describir su ubicación mientras el carruaje daba una vuelta lenta por los mejores barrios cercanos al suyo. Incluso mencionó la posible riqueza o las ocupaciones de las personas que podrían vivir en cada plaza.

Ninguna de ellas, ni las plazas ni las ocupaciones, le atrajo de inmediato a Maggie. Pero no muchas mujeres podían tener una carrera en esta época. Los caballeros sí, y ella guardó esa información para la improbable ocasión en que la necesitara.

Finalmente, el carruaje regresó a Bond Street y se detuvo frente a otro establecimiento. —¿Más compras?

—Del mejor tipo —prometió. El duque salió primero y le tendió la mano—. Ven, Maggie, hay algo en particular que deseo mostrarte ahora.

Maggie puso su mano en la de él y la condujo directamente a Hatchards, una librería de la que su padre había hablado con reverencia muchas veces, pero a la que nunca la había llevado.

La campanilla de la puerta tintineó, anunciándolos. Algernon se adelantó para hablar con el anciano que estaba detrás del mostrador —el propietario, supuso ella— y le pasó algo. Recibió un asentimiento a cambio y luego se recostó en el mostrador.

El hombre mayor se dirigió a la puerta principal y la cerró con llave. También bajó las persianas y luego se acercó a ella. —Señorita Black, por favor, acepte mi más sentido pésame por la pérdida de su padre. El señor Black envió a muchos jóvenes adinerados a mi puerta a lo largo de los años. Tenerla de visita es el broche de oro de mi carrera.

Ella parpadeó. —¿Me conoce?

—Su padre hablaba de usted a menudo. Lamentaba que sus recursos económicos no le alcanzaran para enviarle todos los libros que encontraba aquí para sus alumnos.

Maggie miró al duque y notó que él negaba lentamente con la cabeza. Se despegó del mostrador y despidió al propietario con un gesto de la mano. —Tenemos la tienda para nosotros solos para examinarla por la tarde. Nadie te verá ni te distraerá del deseo de tu corazón. Considéralo un regalo de cumpleaños tardío, años de ellos, entregados todos a la vez.

Ella corrió hacia él. —No necesito…

Algernon le puso un dedo sobre los labios. —¿Nunca te cansarás de discutir conmigo?

—Probablemente no —admitió ella, con la voz ahogada por el dedo de él.

Él quitó el dedo. —Entonces tendrás que encontrar un hogar con alguien que acepte esa costumbre tuya.

—Que yo sépa, el único que encaja en esa descripción eres tú.

Él frunció los labios. —Tú *podrías* trabajar para mí.

—No creo que eso sea…

—¿Por qué *no* trabajar para mí? Pago bien y te daría tiempo para estudiar.

—¿Qué puesto podrías ofrecerme?

—Ahora mismo necesito una secretaria —dijo él lentamente—. Sims ha desempeñado ese papel durante algún tiempo.

—Entonces deberías ascenderlo —replicó ella.

—Lo haría, pero entonces tendría que contratar a un nuevo ayuda de cámara. Preferiría hacer ambas cosas después de casarme.

—Después de que yo me haya ido —susurró ella.

—Dos cosas de las que no quiero hablar hoy —dijo él, y Maggie asintió, de acuerdo en que cuanto menos se dijera sobre el futuro, mejor. Solo entristecería el día.

No quería estar triste.

Quería olvidar.

Maggie inhaló profundo y se dio la vuelta, admirando las estanterías. —No tengo idea de por dónde empezar.

Las manos de él se posaron sobre sus hombros y la empujó. —Por donde sea.

Se dirigió a una sección, dejando que sus dedos recorrieran los lomos, leyendo mientras avanzaba. Sacó el primer libro que le llamó la atención y leyó las primeras páginas antes de volver a ponerlo en su lugar. Continuó de esa manera alrededor de la gran cámara abovedada, tras percatarse de que Algernon estaba igualmente absorto al otro lado de la sala.

El librero se le acercó, con una taza de té humeante en la mano, y la dejó sobre una pila de libros grandes. —¿Ha encontrado algo que desee ya?

—Todo —dijo ella con una risa suave—. Pero nada sin lo que no pueda vivir todavía.

Finalmente, encontró un libro que la fascinó y lo abrazó contra su pecho. De repente, Algernon estaba allí, y se lo quitó suavemente de las manos antes de llevarlo al propietario. Se dio cuenta de que él añadía el suyo a los otros libros que cubrían el mostrador.

El duque había hecho una gran cantidad de selecciones. Curiosa por sus elecciones, fue a ver qué había elegido Algernon para sí mismo. Descubrió que todos eran libros que a ella también le interesaban, y sonrió.

—Me encantaría leerlos algún día —le gritó ella.

—Puedes leerlos tú primero, ya que eres más rápida que yo. Quizás me leas algunos antes de dormir.

Maggie notó que el propietario los miraba y sonreía.

—Siempre me alegra el corazón ver a jóvenes juntos que comparten un interés por los libros —dijo el hombre con un guiño.

—Es generoso con todo el mundo —le aseguró, sonrojándose mientras volvía a examinar los estantes a su alrededor. Ella y Algernon tenían muchas cosas en común, pero ninguna que realmente le hiciera bien y, por eso, la tristeza volvió a invadirla y la acompañó durante el resto del día.

CAPÍTULO CATORCE

ALGERNON SE ARREPINTIÓ de haberle ofrecido a Maggie ser su secretaria precisamente a las seis de la mañana siguiente, porque ella lo despertó temprano y también había presionado a Sims para que se pusiera en acción, anunciando que Algernon iba a cabalgar en Hyde Park.

También haría una visita a su prometida.

Él puso los ojos en blanco, pero obedeció, arrastrándose fuera de su cálida cama. Esta sí era la Maggie que conocía.

Estaba arrastrando los pies en el asunto de visitar a Lady Kent, ya que era probable que ella ya estuviera en la ciudad. Debería haber priorizado visitarla antes, pero Maggie lo había necesitado y él también había necesitado sentirse necesitado.

Pero ahora Maggie lo estaba convirtiendo en *su* prioridad, y él también tendría que hacerlo.

Cabalgó durante una hora en Hyde Park y regresó para observarla moverse con energía por la mansión, yendo con determinación del salón de día al despacho, a la biblioteca y de vuelta, contento de ver que esa mañana no había lágrimas en sus ojos.

Mantenerse ocupado siempre lo había ayudado a desterrar cualquier ánimo sombrío, y parecía funcionar también para ella. Ver a Maggie hacerse cargo de su mansión, de los sirvientes, del

carruaje y de sus pertenencias era a la vez fascinante y divertido para él.

Desayunó solo, pero vigilaba lo que sucedía a través de las puertas abiertas.

Maggie parecía tener por fin un papel que la desafiaba, aunque era uno que quizá nunca se le presentaría en ningún otro lugar. Esa mañana estaba un poco menos preocupado por su futuro. Ahora que su padre no estaba, *sí* que tenía que mantenerse de alguna manera.

Maggie no toleraba la impuntualidad entre los sirvientes, pero los escuchaba con paciencia y respeto. Parecía estar en su salsa dándoles órdenes, y él supo que había hecho lo correcto por el bien de todos cuando el personal respondió favorablemente.

Cuando finalmente regresó al comedor, con las manos en las caderas, él apartó la silla de la mesa y se puso de pie.

—¿Hablamos sobre el día que nos espera?

Ella puso las manos detrás de la espalda.

—Sí, Su Excelencia.

Él le ofreció el brazo.

—Pasaremos a mi despacho.

—Su Excelencia debería pasar primero —murmuró Maggie.

—Las damas primero —replicó él, dejando el brazo extendido, negándose a ser ignorado.

—No soy más que su humilde secretaria —insistió ella, retrocediendo—. Lo seguiré.

—No seas ridícula. —A Algernon se le escapó una carcajada y la tomó del brazo para empujarla delante de él. Le puso las manos en los hombros y la empujó hasta dentro de su despacho.

Sin embargo, su intento de deferencia seguía sin hacerle ninguna gracia. No le sentaba bien no poder ofrecerle las cortesías propias de una dama. Cuando Maggie se sentó en la silla frente al escritorio, de nuevo pareció que estaba fuera de lugar.

Sims llegó y se sentó junto a ella para presentarle toda la correspondencia que había estado acarreando para Algernon desde que salieron de Ravenswood, haciendo las veces de secretario.

Comenzó a describir los asuntos más urgentes, pasándole la agenda de citas y otros papeles importantes que Algernon había

traído consigo en este viaje.

Mientras los susurros entre ellos se prolongaban más de lo que él consideraba necesario para la tarea, Algernon rechinó los dientes al verse excluido de la conversación. De hecho, sospechaba que podría abandonar la habitación y ninguno de los dos notaría su ausencia.

Nunca imaginó que convertir a Maggie en su secretaria lo privaría de su conversación. ¿Acaso no se había ella, apenas dos noches atrás, aferrado a su cuerpo y pedido que la besara?

Por supuesto, él no debería haberla besado entonces, y se juró en silencio no hacer nada más que pudiera provocar su ruina. Ella se había decepcionado de él, claro está, pero era por su propio bien. Y ahora, difícilmente podría hacerle el amor a su secretaria. ¿Cómo se adelantaría algo de trabajo?

Se sentó detrás del gran escritorio, decidido a reprimir su irritación con la nueva situación que él mismo había provocado, y abrió un libro para leer mientras esperaba que el par terminara su discusión. Hablaron exclusivamente entre ellos durante otra media hora, y luego guardaron silencio.

Cuando levantó la vista, Sims se había ido y Maggie lo estaba observando.

—¿Está disfrutando de ese libro, Su Excelencia?

—Deberías saber que sí, lo leíste anoche.

—Sí, pero yo no intenté leerlo al revés.

Algernon cerró el libro de golpe y lo arrojó a un lado.

Maggie rodeó el escritorio y se sentó en el borde.

—Ya ha cambiado de opinión sobre contratarme, ¿no es así, Su Excelencia?

—¿Por qué dices eso?

—Ha estado frunciéndome el ceño toda la mañana, y a Sims también.

—No *toda* la mañana —dijo él.

—Particularmente desde que entramos en este estudio y empezamos a discutir sus negocios y su agenda para los próximos días. Estará usted bastante ocupado, al parecer, y dadas las tareas que tengo por delante, no creo que nos veamos mucho.

Ahora tenía otra razón para fruncir el ceño.

Maggie suspiró.

—Debería haber nombrado a Sims su secretario. Es muy inteligente y quiere el puesto.

—Pero te lo ofrecí a *ti* —le recordó él.

—Y créame, estoy agradecida por la oportunidad de demostrar mi valía.

—No quiero gratitud de ti —murmuró, incapaz de mirarla a los ojos. Volvió a mirar el vestido gastado que ella llevaba con tan serena dignidad. Las manos pequeñas y pálidas aferradas al borde del escritorio. Manos que no volverían a tocarlo—. No tienes nada que demostrarme. Lo que quiero es que seas feliz y estés a salvo.

—Estoy más a salvo y más feliz que nunca —prometió ella.

Él levantó la mirada.

—¿Cómo es eso posible?

—Porque estoy con usted, Su Gracia —dijo ella.

—¿Has olvidado mi nombre?

—No olvido nada sobre ti. Pero una secretaria no debe comportarse con tanta familiaridad con su empleador —explicó Maggie—. No puedes tratarme de forma diferente a cualquier otro sirviente.

Él se rio de eso y se puso de pie, acorralándola contra el escritorio. —No puedo verte de otra manera que como ya lo hago. Somos amigos y nos besamos.

—Pero ya no quieres besarme, lo que solo demuestra que mis sospechas eran ciertas.

—¿Qué sospechas eran esas?

Maggie, sin embargo, solo negó con la cabeza obstinadamente. —Nunca podré ser tu igual. Ahora soy tu empleada y, como tal, no puedo esperar deferencia…

Era demasiado encantadora, demasiado atractiva para dejarla continuar con sus ideas equivocadas. Demasiado exasperante y querida para su corazón. Se sentía atraído por ella de una forma que nunca esperó sentir por ninguna mujer.

Sin embargo, era un problema del que ella parecía no tener ni la menor idea mientras continuaba con sus tonterías sobre no tener un lugar en su vida.

Algernon le tomó el rostro entre las manos y la besó con firmeza para silenciarla. Algo que había querido hacer desde el momento en que su último beso había terminado.

Se apartó casi de inmediato y la miró a los ojos. Vio el comienzo de un sonrojo que se formaba en sus mejillas.

—Fuiste mi amiga primero y siempre lo serás, Maggie. Mi igual. Superior a mí en intelecto. Me permitirás que te ayude a subir a los carruajes, que te compre libros y te sentarás a *mi* lado, y no junto a mis sirvientes en el futuro. Quiero cuidar de ti.

Ella lo miró fijamente y luego se humedeció los labios. —¿También me darás un beso de buenas noches y vendrás a mi cama por la noche si me quedo?

—No, ese fue nuestro último beso —juró él, y luego la colocó en su silla detrás del escritorio, consciente de que estaba siendo mandón de nuevo, pero incapaz de evitarlo—. Aunque podría desear más, no puedo arruinarte. No puedo compartir tu cama *si* voy a casarme con Lady Kent.

Y ahí estaba de nuevo.

Si.

Esta vez lo dijo en voz alta.

Preferiría mil veces continuar su escandalosa amistad, su aventura con Maggie Black, que casarse con la rica vizcondesa que creía era la decisión más sensata. Era un problema que todavía tenía que resolver en su propia mente, elegir entre el corazón y la razón. Ciertamente no podía tener ambas cosas.

Sin embargo, la perspectiva de perder a Maggie y su estrecha amistad era lo que más le preocupaba. La necesitaba cerca mucho más de lo que ella parecía quererlo a él. No podía permitir que ella aceptara un puesto en otro lugar, así que se comportaría y atesoraría el tiempo que le quedaba a solas con ella.

Su expresión permaneció seria mientras ella le tomaba la mano. —Entiendo.

—Bien —. Algernon exhaló un suspiro de alivio. No podía perder a esa mujer. Todavía no.

No era para nada apropiado que un duque contratara a una secretaria, pero él no se arrepentía del mal ejemplo que estaba

dando. No sería la primera vez que desafiaba las convenciones, ni que un miembro de su familia lo hubiera hecho. Por ahora, contratar a Maggie como su secretaria era la única forma de mantenerla ocupada, en su vida, y de asegurarse de que fuera tratada con el máximo respeto.

Miró a Maggie, estudiando su rostro y expresión familiares. Parecía resignada a convertirse en una sirvienta, y él odiaba ese futuro para ella. Ella merecía más, especialmente después de todo lo que se le había negado en la vida.

Podría haberse casado bien si su padre la hubiera protegido mejor y le hubiera proporcionado fondos para una dote.

Claramente, Maggie no se había percatado de lo mismo o, si lo había hecho, dejaba que su decepción pasada tiñera su visión del futuro. Él pendía de cada una de sus palabras. Incluso Sims había comentado la fascinación de Algernon por ella.

Entrelazó sus dedos con los de ella. Solo cuando Maggie le devolvió el apretón, se sintió mejor respecto al futuro.

—¿Qué planes tienes para mí esta semana?

Ella acercó la agenda y estudió la página.

—Hace mucho que debería haber hablado con lord Thompson para discutir un asunto que está actualmente ante el parlamento. Está desesperado por su apoyo. Propongo una cena con él aquí mañana por la noche; eso lo ayudaría a decidirse de una forma u otra.

—Sí, me ha estado escribiendo por semanas. —Miró a Maggie—. Una cena aquí en casa es aceptable, pero dará de qué hablar y significará que se está gestando una alianza. Aunque supongo que al final tendrá mi apoyo. También tiene una esposa de tu edad.

—Jane —aportó Maggie.

—Sí, Jane. Podría haber venido con su esposo, si tuviera algún familiar aquí para cenar con nosotros.

—O si estuviera casado —murmuró Maggie.

Él se tensó y la miró.

—No hablemos de matrimonio hoy.

No cuando tenía serios temores sobre el carácter de su prometida.

—No es un tema que se pueda evitar para siempre. —Maggie bajó la mirada hacia sus manos unidas—. Tendré que añadir su nombre a tu agenda y, por supuesto, la fecha de la boda debe registrarse en la biblia familiar. ¿También te irás de luna de miel con ella?

—Maggie —gruñó, apartándose de ella. No quería pensar en el matrimonio, ni en su vida después de casarse. Sería tan vacía sin la calidez y el humor de Maggie, sin el roce de su mano y sus labios contra los suyos.

Se giró para mirarla. Sabía *por qué* estaba tan lleno de dudas sobre una mujer y no sobre la otra.

Maggie era la mujer con la que quería casarse. Con quien quería compartir su vida. A la que quería llevar en viajes sin prisa.

El anhelo de eso fue insoportable por un momento, y se tragó una maldición.

Se había enamorado de Maggie Black.

Dos veces, de hecho. Una como el niño que había sido cautivado por la niña intrépida abandonada en Ravenswood, y ahora por la mujer que lo molestaba y a la que le gustaba besarlo. Nada de eso tenía que ver con su título, su posición en la sociedad, su familia o su búsqueda de fondos.

Su corazón quería a Maggie, pero a veces el corazón no quería lo que era bueno para el patrimonio.

Su hacienda, su familia, su gente… todos dependían de que él tomara una sabia elección.

—Algunas mujeres esperan que se les haga mucho aspaviento cuando se casan —sugirió Maggie, ajena a su tormento interior—. Un viaje juntos podría ser un buen comienzo para conocerse mejor.

Sí, así había sido en el caso de Maggie.

Pero sobre lady Kent todavía había una incógnita. —Conozco bien a lady Kent y pronto sabré lo que me falta de ella. Después de casarme, regresaremos de inmediato a Ravenswood y nos instalaremos allí en nuestra vida de casados.

Maggie asintió e intentó soltar su mano de la de él. Sin embargo, Algernon parecía incapaz de dejarla ir.

—Por favor, me estás lastimando —susurró.

Algernon soltó a Maggie de inmediato y la observó mientras se frotaba la mano. Sabía que la conversación sobre casarse con lady Kent lo ponía tenso, pero no *tanto*.

—Perdóname —suplicó—. Es doloroso darse cuenta de que mi padre sigue controlando mi vida desde la tumba. En sus últimos años, llevó la hacienda a la ruina a propósito porque me negué a casarme con la que él había elegido.

Ella hizo una mueca. —¿Lady Kent era la que él había elegido?

—No. La que él eligió finalmente se casó por amor, algo que yo descubrí que pasaría mucho antes que él, y aplaudí esa unión. Mi padre se enfureció cuando lo supo y amenazó con quitarle la asignación a mi hermano.

—¿A todos?

—No. Solo a Stratford. Mi padre sabía dónde herirme más.

—Recuerdo bien a Stratford —murmuró Maggie—. Siempre quería que lo cargara o que le leyera hasta que se durmiera.

—Supongo que eso debe de haber sido algo habitual, gracias a los muchos empleos de tu padre.

—Más a menudo de lo que me hubiera gustado, para ser sincera —respondió ella—. Los empleadores de mi padre me veían como un par de manos extra por las que no tenían que pagar. Aprendí a ser difícil de encontrar cada vez que la familia tenía niños muy pequeños —confesó—. Esas criaturas molestas nunca me daban un momento de paz.

Él la miró sorprendido. —¿No te gustan los niños?

—No especialmente —admitió ella, encogiéndose de hombros—. Para ser sincera, sería feliz de no volver a tener uno a mi cuidado nunca más.

Sintió un hoyo en el estómago. La otra razón que tenía para casarse era también para conseguir un heredero. Algernon sentía cariño por todos los niños, pero anhelaba tener los suyos propios más que nada. —¿Y qué pasaría si tuvieras los tuyos?

—No los tendré.

Sería casi imposible evitarlo si se casaban. —¿Pero y si los tuvieras?

—No puedo responder a eso —dijo ella, encogiéndose de hombros de nuevo.

Él inhaló profundamente y soltó el aire despacio. —Siempre he imaginado un pequeño ejército de descendientes corriendo por los pasillos de Ravenswood, gritándoles a sus primos.

La sonrisa de ella se tornó dolorosa. —Creo que esa clase de ruido sería algo a evitar.

Un abismo se abrió entre ellos, pequeño pero significativo. La primera diferencia de opinión evidente desde su reencuentro. Algernon había imaginado que Maggie anhelaba tener su propia familia, al igual que él lo hacía a menudo. Pero si no era el caso, entonces… se alegraba de que aún no hubieran tenido intimidad.

Se aclaró la garganta y se apresuró a cambiar de tema. —¿Qué más hay en mi agenda para los próximos días?

Ella recitó una lista de cosas que Algernon no quería hacer, pero él asintió a cada una de ellas.

—Deberías recibir los vestidos para tu cuñada a finales de la semana —murmuró ella—. ¿Deberían enviarse a Ravenswood de inmediato?

—No, quédatelos aquí —le informó él. Los vestidos y otros artículos que había encargado, un guardarropa completo, eran todos para Maggie de todos modos. Ella descubriría su verdadero propósito solo cuando llegaran, y él no le permitiría rechazar ni una sola cosa.

Dejó que sus dedos acariciaran la cintura de ella, sintiendo la aspereza de su vestido actual. —Hay otras telas que quiero comprar más tarde para mi otra cuñada. Materiales más adecuados para una noche en la ciudad. Estaremos en Londres para la temporada el próximo año.

—No tengo la menor idea de lo que se considera de moda para las damas de la *ton* —argumentó Maggie—. Aunque estoy segura de que tú sí.

Él gruñó. Tenía razón. Maggie no había participado en la temporada ni había pasado tiempo entre la flor y nata de la sociedad de Londres durante su vida. Su vestido actual era funcional, pero difícilmente de primera categoría. Un hecho del que culpaba directamente a su difunto y ausente padre.

Su vestido actual no se parecía en nada a lo que él querría que ella usara cuando se codeara con la sociedad como su esposa. Había que hacer algo con su guardarropa *antes* de que se casaran.

Ya no era un *si*, esta vez.

Sino un *cuándo* se casaran.

Incluso si no iba a haber hijos.

Se tomó un momento para considerar su decisión y supo que, durante el viaje, se había hecho a la idea de convertir a Maggie en su duquesa. Siempre había creído en los matrimonios por amor. ¿Acaso no merecía él uno propio?

Se frotó la boca con una mano, ocultando la sonrisa que le provocó admitir finalmente que tenía la intención de convertir a Maggie en su duquesa.

Tendría que hacer algunos ajustes en sus prioridades para los próximos años, hablar de todo con sus hermanos y encontrar más dinero en alguna parte. Sospechaba que, sin duda, podría vender bastante rápido esa casa de la ciudad cuya escritura Maggie había encontrado.

Y ahora que sus planes de boda estaban decididos, podía dedicar el resto de sus días en Londres a aumentar la felicidad de Maggie. El dolor por su padre no desaparecería solo porque se casaran. Probablemente también tendría que esperar a que pasara un periodo de luto antes de pedirle la mano. Mientras tanto, seguiría comportándose como de costumbre. Desviaría su mente de los planes de encontrar empleo y la mantendría ocupada aquí con él.

—Por favor, añade una noche en los Jardines de Vauxhall a mi agenda para esta semana. Allí estudiarás lo que llevan las damas elegantes, y también lo que llevan las mujeres de menor estatus, para que estés mejor informada cuando vuelvas a la modista.

Ella lo miró fijamente. —Sería mejor que visitaras a Lady Kent, mientras yo trato de averiguar qué otras invitaciones aceptó para la próxima semana.

—Sí quiero ver a lady Kent, pero en su casa —decidió él, al recordar el escándalo que había presenciado con sus propios ojos—. Pero mientras lo hago, necesitaré que mi secretaria amplíe su

conocimiento de la sociedad y del *ton* de acuerdo con su nuevo papel. Pronto visitaremos Vauxhall juntos.

—Estás siendo autoritario otra vez —se quejó ella, cruzando los brazos sobre el pecho y frunciéndole el ceño.

—Por supuesto que lo soy. Eso es lo que hace la nobleza —advirtió—. Me saldré con la mía en esto, Maggie, y al final cosecharé los beneficios.

Ella se encogió un poco ante su advertencia, y a él no le gustó eso.

—Tú también lo harás, si confías en mí —le aconsejó—. Pero, Maggie, no pienso dejar de ser autoritario en el futuro cercano, así que tendrás que aceptar eso de mí.

Tendría que andarse con mucho tiento para no revelar su cambio de parecer demasiado pronto. La vida de Maggie se había puesto patas arriba con la muerte de su padre y se creía indigna del matrimonio. Ella todavía no podía ver el futuro feliz que él sí veía.

Quizás fue un error convertir a Maggie en su secretaria mientras tanto, pero hacerlo la mantenía cerca. El amor lo había encontrado, y Algernon no dejaría que Maggie y la felicidad se le escaparan de entre los dedos.

CAPÍTULO QUINCE

MAGGIE SE APARTÓ del escritorio del duque y se puso de pie, sabiendo que no quedaba nada más que hacer ese día hasta que él regresara. Toda la correspondencia había sido abierta, leída y organizada en pulcras pilas para su atención en cuanto tuviera un momento libre. Hacía días que Algernon estaba inusualmente ocupado y distante, prefiriendo socializar en lugar de estar en casa con ella.

Sin embargo, no se había dicho ni una palabra sobre su cortejo a lady Kent, y ella suponía que se estaba reuniendo con la mujer. De un día para otro, esperaba escuchar un anuncio, pero él había dicho que no quería hablar de su futuro matrimonio, así que no se atrevió a volver a interrogarlo.

Aunque a Maggie le causaba una curiosidad increíble saber cómo iba el cortejo.

Por supuesto, su interés era puramente egoísta. Ninguna esposa permitiría que Maggie siguiera siendo secretaria bajo su techo, o cerca de su marido si se enteraba de que Maggie lo había besado. Pero disfrutaba del trabajo, ampliando su comprensión del mundo exclusivo de Algernon. Él tenía tantas cosas entre manos, grandes deudas, y a ella le gratificaba que le confiara tanto sobre su situación.

Pero todo terminaría cuando él se casara.

No es que se arrepintiera de verdad de su breve aventura con Algernon, o de que ya hubiera terminado. No podía evitar que él todavía le gustara. Habría fomentado un cortejo entre ellos si él no hubiera nacido en una cuna tan alta y no necesitara los fondos con tanta desesperación.

Suspiró y salió lentamente de la habitación, encontrándose con el mayordomo en el vestíbulo, quien solo le asintió con la cabeza y luego siguió su camino.

Los sirvientes no parecían saber muy bien qué pensar de ella. No la trataban como a una sirvienta ni tampoco como a una invitada. Ahora ocupaba una habitación de invitados, pero comía siempre sola, ya que Algernon a esa hora nunca estaba.

Aunque trabajaba para el duque como su secretaria, seguía teniendo la libertad de sentarse a leer toda la tarde, e incluso toda la noche si así lo deseaba. El duque la animaba a hacer lo que quisiera mientras él estaba fuera.

Él decía apreciar sus esfuerzos como secretaria, pero si ella fallaba, estaba claro que Sims reanudaría rápidamente las actividades y se alegraría del desafío.

La ociosidad no le sentaba nada bien a Maggie, así que entró en la biblioteca del duque en busca de una distracción. Las estanterías rebosaban de volúmenes sin leer, pero en ese momento no sintió el impulso inmediato de tomar un libro para leer, y eso era raro. No podía concentrarse.

Tenía algo en mente, y ese día parecía bueno para cerrar otro capítulo en su vida.

Subió las escaleras con la intención de volver a su habitación, pero se detuvo en el rellano superior al oír el apresuramiento de unos pasos. Venían de la dirección de la alcoba del duque, aunque se suponía que él todavía estaba fuera. Iban y venían, pero no apareció ni el ayuda de cámara ni ningún otro sirviente.

La curiosidad pudo más que ella y se acercó a la puerta de los aposentos de Algernon, que había quedado ligeramente entreabierta, para descubrir qué estaba pasando.

Apoyó la oreja en la madera.

Un, dos, tres. Un, dos, tres.

¿Había alguien bailando ahí dentro?

Empujó la puerta un poco más y al instante vio a Sims dando vueltas solo, con la barbilla levantada. Tenía los brazos extendidos rígidamente, como si sostuviera a una pareja de baile.

Él la vio y se detuvo en seco, con torpeza. Se alisó el chaleco y se giró para encararla. Su sonrisa era forzada, su rostro encendido, como si luchara contra la vergüenza. —¿Puedo ayudarla en algo, señorita Black?

—Oh, no. Yo solo… —tartamudeó ella—. Solo quería que supiera que ya terminé por hoy en el estudio.

—Muy bien, señorita Black.

Ahora Sims estaba un poco más distante de lo que había sido al principio. Su nombramiento como secretaria del duque había causado una tensión entre ellos. Ella quería arreglarlo, pero parecía imposible. —Hoy no hubo mucha correspondencia importante —le dijo ella.

—A veces la hay —respondió él, con tono cortante.

Se mordió el labio, preocupada de que su ascenso a secretaria lo hubiera ofendido de verdad. —Quizás le gustaría echar un vistazo usted mismo a las nuevas cartas del duque, solo para asegurarse de que no se me pasó nada de gran importancia. Supongo que él no volverá en un buen rato para revisarlas él mismo.

Lo pensó durante un largo momento y luego sonrió ligeramente. —Puede ser útil saber con antelación qué hay que prepararle para las ocasiones especiales.

—Estoy segura de que todavía tiene derecho a ver su correspondencia. —Ella sonrió rápidamente, esperando que su sugerencia aliviara un poco la tensión entre ellos. No había querido excluirlo—. ¿Siempre practica solo?

Él tragó saliva. —Sí, por supuesto.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

—Por supuesto, señorita Black —dijo él, y su expresión decayó.

—Es algo pequeño. Cuando tenga a una pareja de verdad en sus brazos, asegúrese de mirarla de vez en cuando. Las mujeres responden bien al contacto visual y a un suave apretón en los dedos.

Sims rio suavemente. —Lo había notado.

—Me alegro.

Maggie se alejó de la puerta. Sims nunca sería un amigo cercano, pero el hombre le agradaba. Era trabajador, eficiente y, por lo general, de risa fácil. Entendía por qué Algernon lo valoraba tanto, y se sentía mal por haberle quitado un puesto al que él aspiraba.

Se dirigió directamente a su habitación y miró los baúles de su padre, todavía apilados donde los criados los habían dejado hacía unos días, y se arremangó las mangas.

Luego, tomó una respiración profunda y desabrochó las correas que sujetaban firmemente el primero antes de levantar la tapa para ver el contenido.

La colonia de su padre, su aroma característico mezclado con el de los libros, la golpeó como un puñetazo en el estómago. Se recompuso y tomó la primera prenda. Su pesado abrigo de invierno parecía mucho más raído y ligero de lo que recordaba. Papá la había envuelto en él alguna vez en días especialmente fríos cuando era muy pequeña. Pero de eso hacía mucho tiempo. En la época en que la mimaban y él de verdad consideraba que el potencial de *ella* era más importante que el de los hijos de otros.

El abrigo raído solo servía para recordarle cuánto tiempo había pasado desde su terrible discusión. Si él había cambiado su actitud hacia ella con los años, ya nunca lo sabría. Palpó también el vestido que le había regalado hacía años, el último obsequio que él le había dado con gusto. El afecto de su parte se había terminado abruptamente, sin que fuera culpa de ella, por causa de uno de sus preciosos muchachos.

Maggie hundió la nariz en la tela, abrumada por la amargura del pasado y asaltada por el miedo y la soledad del futuro. Sentía los ojos escocidos por lágrimas que no quería derramar por él. Tenía que olvidar su decepción, pero quizá nunca podría perdonar.

Finalmente, puso el abrigo sobre la cama, pero al levantar la vista, se dio cuenta de que Sims estaba en el pasillo, observándola con cautela. —¿Sí, Sims?

—Escuché un sollozo y me preocupé. ¿Está todo bien, señorita Black?

—Estoy bien, gracias. —Ella sonrió e hizo un gesto a su alrededor —. Por fin estoy revisando los baúles de mi padre.

Él avanzó un paso para verlos. —¿Puedo ayudarla en algo? Yo me encargué de vaciar las habitaciones del antiguo duque para la familia cuando falleció. Puede ser un momento difícil.

—Bueno, entonces quizás pueda ayudarme después de todo. No estoy segura de qué hacer con la ropa vieja de mi padre.

—Su Excelencia envió todo al salón de los sirvientes, y lo que no se quiso allí fue para los pobres del pueblo.

Maggie asintió. —¿Podría ayudarme con eso? ¿Hacer la oferta y enviar lo que no quieran a otra parte?

—Con mucho gusto —le aseguró él, dirigiéndose hacia el baúl y sacando una camisa—. Según mi experiencia, la ropa es lo más difícil para los deudos. El olor, el recuerdo de tiempos más felices, le estrujan a uno el corazón.

—Sí, sé a qué se refiere. Pero son pocos los momentos felices que recuerdo ahora con mi padre. —Sus pensamientos sobre su padre todavía estaban enredados en la ira y el arrepentimiento por su desconfianza.

Sims asintió comprensivamente. —Entonces me encargaré de esto rápidamente y me las llevaré de inmediato.

Maggie exhaló un suspiro tembloroso y se echó hacia atrás mientras clasificaban, revisaban los bolsillos y finalmente sacaban de la habitación la ropa de su padre.

Sola de nuevo, Maggie echó un vistazo al fondo de cada baúl. Su padre llevaba consigo muchos papeles y diarios. Sus lecciones para sus *preciados* estudiantes.

Maggie consideró arrojarlos todos al fuego para que ardieran, igual que aún ardía su rabia.

Sin embargo, sus lecciones también habían sido el trabajo de ella durante un tiempo. Papá había practicado todas sus lecciones con Maggie primero. La ponía a prueba y corregía sus notas para ayudar a instruir a otros.

Ella había sido su estudiante más constante, y quizás la más inteligente. Solo los resultados de los exámenes de Algernon se

habían acercado a los suyos, aunque no tenía forma de saber cómo les había ido a sus estudiantes más recientes.

Organizó todos los papeles, diarios y demás según la edad de los estudiantes a los que él había enseñado. Para cuando terminó, había cubierto toda su cama, y el ayuda de cámara había regresado.

—¿Qué es todo esto?

—La vida de mi padre. Lecciones. Materiales de estudio. Todo lo que llevaba al salón de clases y a cada nuevo empleador.

—¿Me permite? —Cuando ella asintió, Sims echó un vistazo a una pila y hojeó un libro de instrucciones de geometría—. De niño no tuve nada como esto.

—¿Qué tuvo usted?

—Manzanas, naranjas y mis largas piernas para marcar pies y yardas.

La sencilla imagen la hizo sonreír. —¿Así que tuvo una educación activa?

—Ciertamente podría llamarlo así. Después de un tiempo, ciertamente huía del salón de clases la mayoría de las veces. Últimamente me arrepiento de eso.

Maggie frunció el ceño. —¿Por qué?

Él se encogió de hombros y bajó la mirada. —No importa.

—Creo que sí importa. ¿Dígame por qué?

—El duque… esperaba que algún día me ascendiera a su secretario de tiempo completo, pero ahora la tiene a usted, así que es probable que nunca lo haga.

Maggie hizo una mueca. —Lo siento.

—No fue su decisión.

Pero en cierto modo, sí lo era. Su presencia y la necesidad de Algernon de mantenerla habían privado a Sims de una oportunidad de ascenso. —Creo que… creo que no estaré aquí por mucho más tiempo, Sims.

Él frunció el ceño. —¿Por qué dice eso? El duque ha dejado claro que la quiere aquí.

Ella se encogió de hombros. —Su futura esposa podría oponerse a que él emplee a una secretaria.

—Nadie hace cambiar de opinión al duque una vez que ha tomado una decisión —le advirtió Sims.

Pero Maggie sí podía, y lo había hecho muchas veces en el pasado. Tarde o temprano, dejaría el empleo del duque, le gustara a él o no.

Sims devolvió a la cama de ella los papeles que había estado hojeando. —¿Qué va a hacer con todo esto?

Maggie negó con la cabeza. —No tengo la menor idea.

—Podría enseñar —sugirió Sims—. No es que quiera que se vaya, por supuesto —añadió rápidamente.

—No tengo paciencia para la vocación de mi padre —admitió Maggie.

—Quizás a otro profesor le interesaría el material —propuso él.

Sin embargo, Maggie negó con la cabeza de inmediato, disgustada con la idea. —Mi padre era muy protector con sus métodos y no habría compartido nada de esto con un tutor rival para que se llevara el mérito de su arduo trabajo. A mí tampoco me gustaría eso.

—Pero parece una lástima que todo se desperdicie. —Sims la miró de repente—. ¿Su padre habría dejado que otros vieran su trabajo si su autoría estuviera clara?

—Supongo que podría haberlo hecho. No fue algo que discutiéramos nunca. —Ella ladeó la cabeza, estudiando su expresión emocionada—. ¿Qué tiene en mente?

—Publicar —dijo él con firmeza.

—¿Publicar?

Sims asintió. —Tengo dos hermanos mayores casados. Ambos tienen hijos en edad escolar. Nunca podrían permitirse un tutor privado. Pero unos libros con lecciones adecuadas para cada edad serían de un valor infinito para ellos y para muchas otras familias, estoy seguro.

Maggie reflexionó sobre la idea. —No sé nada sobre publicar. Leo libros, no los escribo.

—Usted es inteligente y aprende rápido, por lo que puedo ver —señaló Sims—. Su padre ya ha hecho gran parte del trabajo preliminar, clasificando las lecciones por edad, según dijo. Pero

seguro que hay más trabajo que hacer antes de que sea adecuado para una difusión general, y quizás eso la ayudaría a sobrellevar su pérdida. Estoy seguro de que el duque la ayudaría sin duda si se lo pidiera.

—No puedo pedirle más ayuda —advirtió ella—. Ya le debo mucho.

—Creo que podría pedirle cualquier cosa a Su Excelencia —murmuró Sims—. Vale la pena considerarlo, y estoy seguro de que se podría ganar dinero con la empresa.

—Oh… —dijo Maggie, con los ojos muy abiertos por la sorpresa de no haber pensado en los beneficios que podría obtener. Si pudiera ganarse la vida modestamente instruyendo a los jóvenes con unos cuantos libros, entonces no necesitaría depender de la caridad de Algernon por mucho más tiempo, ni de la de nadie más después. Miró la cama y palideció ante la tarea que tenía por delante—. ¿Por dónde empezaría? Voy a necesitar su ayuda, ya que esta fue su idea.

—¿Y todo esto qué es? —preguntó Algernon de repente, sobresaltándola lo suficiente como para que soltara un gritito.

—Solo la estaba ayudando a revisar los baúles de su padre —le aseguró Sims, apartándose de ella de un salto.

—Sims es brillante —dijo ella con entusiasmo, una vez que se calmó lo suficiente como para hablar—. Se le ha ocurrido una forma de que yo pueda mantenerme.

El duque fulminó a Sims con la mirada como si desaprobara, y el ayuda de cámara comenzó a moverse sigilosamente hacia la puerta.

—Explíquese, señor.

Maggie se interpuso entre los dos hombres.

—Voy a publicar los trabajos de clase de mi padre como libros y a ganarme la vida con las ganancias.

El duque entró por completo en la habitación, mirando primero a su alrededor y luego la cama desbordada. Tomó un libro de lecciones y ojeó algunas de sus páginas.

—Recuerdo estos. Tu padre los guardaba como si fueran oro... pero parte de esto está escrito con tu letra, Maggie.

—No oro, pero sí un bien comercializable, sin duda —argumentó ella, ignorando la mención de sus trabajos de clase—. Por desgracia,

no conozco a ningún editor ni sé cómo encontrar uno. ¿Conoces alguno?

—No. Todavía no. No he tenido la ocasión de necesitar un impresor ni he conocido a uno socialmente. Pero no será difícil encontrar a alguien y hacer los arreglos para la distribución.

—¿Distribución?

Le dedicó una sonrisa irónica.

—Pues sí. ¿Qué pensabas que ibas a hacer después de imprimir los libros? ¿Pararte en la acera, frente a mi casa, y venderlos como debe hacerlo una pobre florista?

—Bueno, no lo había pensado tan a fondo —respondió Maggie, disgustada con la idea de tener que pregonar los libros uno por uno. Pero podría tener que hacerlo al final si quería ganar algo de dinero.

—Claramente, hay mucho que considerar y discutir sobre tu proyecto —dijo, dejando caer el libro en su sitio y frunciendo el ceño —. Por eso me necesitas *a mí* para salvarte del error y la indignidad de entrar directamente en el comercio.

—No puedo abusar de su tiempo, Su Gracia —prometió—. ¿Quizás Sims podría ayudarme un poco?

Algernon le sostuvo la mirada más tiempo del necesario en respuesta a su comentario. La mirada decía que ella acudiría a *él* primero, y a Sims, después.

Sims fue despachado de la habitación con un movimiento de cabeza del duque.

—Esto te llevará todo tu tiempo —dijo él, merodeando por la pequeña habitación. Echó un vistazo a los baúles vacíos de su padre.

—No afectará el desempeño de mis deberes, Su Gracia —prometió ella.

Algernon se detuvo detrás de ella.

—Creo que debería.

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Por qué?

Sus manos se posaron en los hombros de ella y los apretaron.

—Porque este es el desafío que necesitas en tu vida. Una secretaria está subordinada a mí. No estoy cómodo con eso.

—Fue tu sugerencia —le recordó ella.

—Para evitar que tu brillante mente se consuma en la tristeza por el fallecimiento de tu padre y que tomes una decisión precipitada. Mis asuntos no suponen un desafío suficiente para mantenerte feliz por mucho tiempo. Necesitas tu propio proyecto en el que enfocarte.

—¿Y qué hay de tu necesidad de un secretario? Porque *sí que* necesitas uno.

—¡Sims! —gritó el duque.

El hombre pareció sobresaltado por el abrupto llamado cuando apareció. —¿Sí, Su Señoría?

—Mañana, usted asumirá las funciones de mi secretario permanente, mientras publica un anuncio para un nuevo ayuda de cámara que ocupe su lugar para el final de la semana.

Sims la miró de reojo, y Maggie le devolvió una amplia sonrisa, asintiendo para animarlo a aceptar, aunque no creía que fuera a negarse.

—¿Y qué hay de la señorita Black?

—Maggie necesitará nuestra ayuda para bajar todo esto al salón de la mañana, que de ahora en adelante será para su uso exclusivo mientras prepara su material —anunció Algernon—. Puede llevarse todo el crédito por la inspiradora idea. Bien hecho, Sims.

El ayuda de cámara sonrió, pero pareció un poco avergonzado por el elogio, y se apresuró a volver a la habitación para recoger los papeles de la cama de Maggie. Ella lo ayudó a guardarlos de nuevo en uno de los baúles de viaje vacíos y se hizo a un lado.

Cuando la cama estuvo despejada de nuevo, Algernon levantó el baúl él solo y lo sacó de la habitación, quejándose del peso inesperado.

Sims miró el otro baúl del padre de ella. —¿Deberíamos llevarnos ese también?

—Oh, no. Ahí solo hay algunas cartas antiguas. Me desharé de ellas otro día.

Sims corrió tras el duque, y Maggie los siguió a ambos a un ritmo más lento, pero su pulso se aceleró de emoción y alivio al tener por fin un propósito. Tener un proyecto como este podría ser justo lo que necesitaba para llenar sus días en los largos y vacíos años

venideros. Publicar las lecciones de papá no sería una tarea rápida, pero esperaba que tampoco fuera un esfuerzo en vano.

Algernon todavía estaba en el salón de la mañana cuando ella llegó, observando a Sims terminar de colocar de nuevo los papeles de su padre, exactamente como habían estado ordenados en su cama arriba.

Cuando terminó, Algernon lo envió a buscar el té.

—No tengo palabras para agradecerte por ascender a Sims. Deseaba tanto el puesto.

—Era lo correcto. Solo lamento no haber estado aquí para ayudarte a desempacar los baúles de tu padre. —Su mano se alzó para ahuecarle el rostro, y sus dedos le rozaron la mejilla—. Has vuelto a llorar.

—Tenía que desempacar, y por fin estaba lista para enfrentarlo —le dijo Maggie, encogiéndose de hombros.

El duque le puso la mano en el hombro y se lo apretó. —Te habría ayudado, si me lo hubieras pedido.

—Lo sé. —Ella asintió y miró a su alrededor—. Pero al menos por fin sé cómo puedo llenar mis días.

—Y los míos también. Te ayudaré con esto, Maggie.

—Sospecho que pronto estarás demasiado ocupado.

—Necesitarás financiamiento para empezar con tu publicación —le advirtió.

El entusiasmo de Maggie se desplomó, pero no su compromiso. Realmente necesitaba algo que hacer con su vida. —Bueno, solo me tomará más tiempo, eso es todo.

—No, no te tomará más tiempo del necesario. No si hacemos de este proyecto una sociedad.

Ella lo miró con sorpresa. —¿Una sociedad?

—Socios. Conoces el trabajo de tu padre mejor que nadie, ya que parece que tú escribiste parte de él, y puedes concentrarte en hacerlo apto para su publicación —dijo él, señalando los papeles esparcidos por la habitación—. Pero yo tengo las habilidades y los contactos que necesitas, y el dinero que requerirás para que se publique lo antes posible. Nada de medias tintas con esto. La

palabra adecuada a las personas adecuadas y los pedidos lloverán a cántaros.

Ella tragó saliva. —Pero no tienes dinero para malgastar en mí. Por eso te casas con *ella*, ¿no es así?

—Hay un abismo de diferencia entre saldar grandes deudas y tener los fondos para una pequeña inversión como esta. Puedo costear fácilmente este nuevo proyecto tuyo. Quiero invertir en tu futuro, Maggie, pero no voy a dictarlo.

Se quedó boquiabierta. —No sé qué decir.

Él le guiñó un ojo. —«Sí, Algernon», siempre es la respuesta correcta.

Llegó un sirviente con una bandeja de té y Algernon le dijo que la dejara en cualquier sitio. Maggie se dio cuenta de que había dos tazas, lo que significaba que el duque quería quedarse. El entusiasmo de Maggie regresó, solo de saber que de nuevo tenía su interés y toda su atención. Lo había extrañado enormemente estos últimos días, y había temido que cada conversación con él últimamente pareciera que podía ser la última. Pero ahora…

—Sí, Algernon. Te agradecería mucho tu ayuda y una sociedad para llevar a cabo este proyecto.

Él volvió a guiñarle el ojo y le sirvió una taza de té, tal como a ella le gustaba.

CAPÍTULO DIECISÉIS

ALGERNON NO HABÍA esperado que una fiesta pudiera parecerle tan insulsa, pero sin duda lo era ahora que se había decidido a casarse con Maggie. Se detuvo en el umbral del salón de Lady Kent, saludó con un cortés asentimiento de cabeza a la esposa de un vizconde mientras esta parloteaba con otra invitada sobre el éxito del reciente recital de piano de su hija mayor, y se compuso una sonrisa.

Al otro lado de la habitación, grupos de hombres y mujeres a la moda murmuraban detrás de abanicos de seda o copas de champán, bebiendo y observándose unos a otros con la agudeza de quienes se han criado entre chismes y escándalos.

Y en el centro de todo aquello se encontraba Lady Kent, sonriendo y deleitándose con la atención que le prodigaban.

Algernon solía moverse en sociedad con la misma concentración distante que había empleado con su irritable padre. Decidido a no revelar sus pensamientos ni a provocar un arrebato de mal genio con un comentario inoportuno.

Pero estaba harto de todo y solo deseaba ir a casa, donde había calidez y honestidad.

No había visto mucho a Maggie ni hoy ni ayer. Se había volcado por completo en la tarea de recopilar las lecciones de su padre en volúmenes publicables, y Algernon también había estado buscando imprentas de buena reputación para su proyecto.

La ausencia de Maggie a su lado de nuevo esta noche llenaba la velada de un dolor constante, pero por el momento no se podía hacer nada al respecto. Quería aclarar más a fondo el escándalo que Lady Kent había creado.

—¡Su Excelencia! —llegó la inconfundible voz empalagosamente dulce de la propia Lady Kent.

Algernon le tendió la mano de inmediato. La mujer le dedicó una sonrisa radiante, y él le apretó los dedos en lugar de besar el aire sobre ellos.

Lady Kent estaba tan cuidadosamente construida como el candelabro que colgaba sobre su cabeza: elegante, costosa y, en última instancia, diseñada para la más bella exhibición. Su vestido era de satén blanco con bordados plateados que brillaban como la nieve. Tenía las mejillas maquilladas con colorete al estilo de moda, y sus ojos resplandecían con el reflejo de los diamantes de su garganta.

—Temía que se hubiera retrasado de nuevo esta noche —dijo ella.

De hecho, *había* estado a punto de cambiar de opinión sobre asistir a esta fiesta. La tentación de una noche acogedora junto al fuego, leyendo con Maggie, casi lo había convencido. Algernon no había visitado a Lady Kent en su casa hasta esta noche. Pero se la había encontrado en otros lugares y fiestas, cenas y eventos similares, donde habían tenido alguna oportunidad de hablar en privado.

Su conclusión: ella estaba desesperada por una proposición que ahora nunca escucharía de él.

Venir aquí, sin embargo, sería visto como la confirmación final de que su interés en la mujer era firme. Todos a su alrededor esperarían oír hablar de una proposición de matrimonio esa misma noche o muy poco después.

Varios caballeros miraron hacia ellos con leve interés, sin duda ya aburridos de los chismes. La propia Lady Kent había iniciado uno sobre el motivo de su regreso a Londres tan tarde en el año.

Algernon había hecho muy poco para disuadir la especulación que circulaba por la ciudad sobre él. Hasta ahora, nadie se había

dado cuenta de que tenía a una mujer en su casa de la ciudad.

—El deber —respondió Algernon. Su deber para con Maggie era ahora su principal preocupación. Había mucho que hacer antes de que se casaran. Había pasado unas horas en un salón de su club ese día, redactando los términos de su contrato matrimonial. Mañana, continuaría buscando al arzobispo de Canterbury para solicitar una licencia especial para su matrimonio. Lamentablemente, este no se encontraba bien de salud y no recibía a nadie por el momento.

—Nunca me ofenderé porque llegue un poco tarde, mi querido duque —dijo ella con dulzura, posando su mano enguantada sobre el antebrazo de él sin que la invitara a hacerlo—. Estoy encantada de verlo en cualquier momento. Londres es bastante aburrido sin usted.

—Estoy seguro de que estuvo sobradamente entretenida —dijo él.

—Quizás —admitió ella, soltando una risita que a él le crispó los nervios—. Pero ya está aquí.

—Sí, lo estoy —advirtió él.

Ella ladeó la cabeza y lo miró con la sonrisa coqueta de una cazadora de títulos. —¿Qué haremos *nosotros*?

Él forzó una sonrisa. —Por ahora, nos divertiremos, pero más tarde usted y yo tendremos una pequeña charla.

—Es usted tan sabio como siempre al guardar silencio en una sala llena. Admiro mucho su moderación cuando estamos juntos en público.

Ella no admiraba su moderación. Admiraba su título y el poder que asumía que venía con él. Alguna vez él había considerado la audacia de ella un beneficio para una duquesa; su confianza y belleza también eran una ventaja. Ella era todo lo que una duquesa debía ser: bien conectada y políticamente astuta. Pero también era… un vacío. Debajo del coqueteo ensayado y las sonrisas bellamente dispuestas, ella no lo veía a él. Solo la elevación de estatus que él representaba.

Y si él le hubiera propuesto matrimonio, el afecto de ella podría no haber sido nunca solo para él, porque el joven que había conocido en la posada de camino a Londres ahora recorría la sala

con uniforme de sirviente, llevando una bandeja de champaña y ofreciendo un refrigerio a los invitados de su empleadora.

A Algernon aún no lo habían notado, pero ahí estaba la prueba del escándalo que temía. —¿Le apetecería una copa de champaña, Lady Kent?

—Desde luego que sí —murmuró ella, casi en un ronroneo. Lo miró y pestañeó—. ¿Celebramos?

—Todavía no —dijo él, mientras le hacía una seña al sirviente para que se acercara.

—Champaña para el duque —informó Lady Kent al joven.

El pobre sirviente solo reconoció a Algernon en el último segundo. La bandeja tembló, pero afortunadamente no se cayó ninguna copa, mientras miraba boquiabierto a Algernon y luego intentaba ocultar su asombro.

Luego ambos miraron a Lady Kent, pero la mujer actuó como si no pasara nada malo con que su joven amante se encontrara con el hombre con el que ella quería casarse.

Algernon tomó dos copas de la bandeja y despachó al muchacho con un movimiento de cabeza, como si no hubiera notado nada desagradable. —Por el futuro.

—Por un futuro feliz para ambos —corrigió ella.

—Desde luego. —Algernon pensó en la vida con Maggie como su esposa y suspiró con anticipación.

Lady Kent miró a sus invitados con una sonrisa de suficiencia que proclamaba su convicción de que sus deseos estaban a punto de hacerse realidad.

Estaba reclamando orgullosamente su propiedad, aferrándose a su brazo con tanta fuerza.

Y Algernon la dejó pensar que se había ganado su favor, pero su atención permanecía en el sirviente al otro lado de la sala, y en su expresión de angustia.

Algernon permaneció junto a Lady Kent durante otro cuarto de hora antes de excusarse para buscar algo más fuerte para beber. No pasó mucho tiempo antes de que se encontrara de nuevo con el joven sirviente y lo viera estremecerse al verlo por segunda vez cuando pidió un brandy.

Después de que le hubo llenado la copa sin contratiempos, Algernon murmuró: —La gente sensata suele seguir mi consejo.

—Quiero hacerlo, Su Gracia —prometió él.

Algernon suspiró, porque el pobre hombre parecía francamente aterrorizado. —Si eso es cierto, preséntese en mi residencia mañana por la mañana —le aconsejó. Algernon podría encontrarle un puesto en otro lugar con bastante facilidad, incluso sin una recomendación de su actual empleadora.

El joven asintió y luego se marchó de prisa para seguir sirviendo a los demás. Mientras Algernon bebía un sorbo de su brandy y contemplaba el remolino dorado en la copa, consideró lo que habría significado para él el matrimonio con Lady Kent.

Su fortuna sin duda borraría sus deudas y dejaría dinero en el banco para los años venideros. Habría puesto fin a su ansiedad sobre la viabilidad de la finca. Pero una esposa que se enreda con un sirviente no era de fiar. Especialmente a la hora de darle la tan ansiada familia y un heredero.

Y ella no era Maggie.

Maggie era auténtica, cálida y divertida.

Y, en realidad, ¿a qué renunciaría si eligiera a Maggie en lugar de a una novia rica?

Al lujo de la holgura económica. Quizás al apoyo de algunos de sus pares, de sus amigos, en los debates parlamentarios.

Agitó de nuevo el brandy en la copa y le dio un largo trago. Perdería poder. Estatus. Seguridad.

Pero podría ganar... todo lo que de verdad importaba.

—Parece que estuvieras decidiendo el destino del imperio, Ravenswood —dijo Lord Varley, un buen amigo suyo, con voz arrastrada, acercándose a su lado, junto a las licoreras.

—Solo mi rincón de él —prometió.

Varley señaló a Lady Kent con la cabeza. —Está montando un buen espectáculo para ti esta noche.

—¿Ah, sí?

—A mi esposa le dijeron que habría una propuesta de matrimonio antes de que acabara la semana.

—¿De verdad? —recorrió la sala con la mirada—. No veo a tu esposa entre los invitados esta noche.

—Un dolor de cabeza espantoso. Le dije que se fuera a la cama sin mí, pero lo más probable es que esté esperando despierta para enterarse de todos los chismes cuando llegue a casa. Por cierto, hay una apuesta en White's que me gustaría ganar. Sube ya a diez mil libras. Es sobre tú y ella y campanas de boda.

Algernon no pudo reprimir el ceño fruncido.

Varley sonrió con crueldad. —Mi esposa me dice que nuestra anfitriona puede pasarse una buena hora diciendo lo bien que encajan ustedes dos sin mencionar tu nombre ni una sola vez.

Algernon negó con la cabeza. —¿No me digas?

Varley se sirvió una copa y le dedicó a Algernon una sonrisa de soslayo. —Tú no eres de los que se dejan llevar de las narices cuando el olor no te gusta. ¿Qué te trae por aquí esta noche, en realidad?

—Esa es una excelente pregunta. —Sonrió, pero no mencionó el escandaloso romance entre Lady Kent y un sirviente que se estaba desarrollando en esa misma sala—. Ah, por cierto, te alegrará saber que somos oficialmente vecinos.

Varley enarcó las cejas. —¿No me digas que encontraste la escritura de la casa de al lado?

—La encontraron *por* mí —respondió, pensando en la gran suerte que tenía de que Maggie aún estuviera en su casa—. Ahora debo decidir qué hacer con ella.

—¿Qué hacer con ella? ¿Me la venderías?

—Si el precio fuera lo suficientemente alto, lo haría. —Una propiedad no vinculada era una posesión transitoria para un noble.

Varley asintió rápidamente. —Podría ser muy generoso, de verdad, si eso resuelve mi problema inmediato. Mi esposa insiste en que su madre viva con nosotros en Londres, ahora que está entrando en años. Imagina a dos esposas tratando de llevar el mismo hogar.

—Y preferirías tenerla en su propia casa —adivinó Algernon, comprendiendo al instante—. Supongo que eso explica el dolor de cabeza de tu esposa.

Venderle a Varley podría beneficiarlos, y en especial a él. El hombre era ridículamente rico, pero injustamente desafortunado con su suegra que lo desaprobaba. —Vender la propiedad de mamá siempre fue una posibilidad una vez que tuviera la escritura en mi poder. Pero existe la posibilidad de que uno de mis hermanos quiera la propiedad. Tendré que hablar primero con ellos antes de anunciar que está a la venta. Sin embargo, estoy dispuesto a arrendártela de inmediato.

—Eres, como siempre, el mejor amigo que un esposo en apuros podría desear. Si no va a haber una proposición, me gustaría apurarme a casa para darle a mi esposa la buena noticia.

—No la habrá aquí —susurró él.

Varley se fue a toda prisa, sonriendo, pero Lady Kent ocupó su lugar con elegancia. —¿Quisiera sentarse, Su Gracia?

—Prefiero estar de pie —respondió él, deseando haberse ido con Varley.

—Ha estado distante esta noche —murmuró ella—. ¿Le preocupa algo?

—Sí.

—Está pensando demasiado, Su Gracia —dijo ella, riendo tontamente—. Le exijo que se detenga.

Su risita le crispó los nervios. —A menudo pienso.

—Pero es mi fiesta. —Se rio y le dio una palmada en el brazo cuando él no se rio con ella—. ¿Qué es lo que tanto lo distrae esta noche?

Él apuró su copa de brandy.

Ella se acercó, bajando la voz. —Sabe que siempre puede confiar en mí. Nos preocupan las mismas cosas, estoy segura.

—¿Qué le preocupa a usted?

—Bueno, no puedo imaginar que sea fácil tener a sus hermanos y a sus esposas en Ravenswood por tanto tiempo.

Él enarcó una ceja ante su comentario. —Es su hogar.

—Pero debe ser fastidioso que los menores hayan tomado esposas tan escandalosas, y ahora la primera ha regresado, con un bebé secreto bajo el brazo. Debe de haberse sorprendido tanto como yo.

—Sorprendido, pero resulta que adoro a sus esposas.

—Por supuesto que sí —dijo ella, sonriendo—. Espero conocerlas a todas pronto. Quizás en Navidad —preguntó, enarcando la ceja.

Algernon planeaba una Navidad tranquila solo con su familia más cercana, y con Maggie en el centro de las festividades.

Lady Kent suspiró mientras su joven lacayo convertido en amante pasaba llevando otra bandeja llena. —Estaré triste de no volver a organizar otra fiesta aquí para usted.

—¿También estará triste de despedir a ese joven lacayo?

Su mirada voló hacia su amante mientras este los observaba desde el otro lado de la habitación, ignorando a los demás invitados.

Ella tragó saliva. —Para nada.

—Los esposos no quieren dudar de que sus herederos serán únicamente suyos.

Lady Kent parpadeó rápidamente y luego su rostro palideció. —Por supuesto, Su Gracia.

—Bueno, ahora que hemos puesto las cartas sobre la mesa, confío en que no haya nada más que decir sobre el asunto —advirtió él.

Ella no le sostuvo la mirada y se apartó un poco. —No me gusta lo que usted está insinuando.

—A mí tampoco, señora. Verla manoseando a un sirviente afuera de una posada no era lo que esperaba de usted.

La mirada de ella voló hacia la de él.

—No volveremos a hablar de esto ni del matrimonio nunca más.

Ella abrió la boca para protestar, pero Algernon no se quedó a escuchar ni una palabra más. Permaneció otra media hora para guardar las apariencias, soportando varias conversaciones con hombres que trataban de indagar en sus planes con respecto a lady Kent. Algunos fueron directos, otros francamente groseros.

—¿Para cuándo es la boda? —preguntó un tipo necio y borracho.

—Espere y verá —respondió Algernon, terminándose su trago, pero dejando el vaso con más fuerza de la que pretendía antes de dirigirse a la puerta.

A las diez y media, le dio las buenas noches a una visiblemente asustada lady Kent y escapó.

Su carruaje lo llevó rápidamente de regreso a Grosvenor Square, y el trayecto fue lo suficientemente largo como para proporcionarle claridad de pensamiento.

Lady Kent era una fachada. Refinada, sonriente, serena…, pero una opción vacía por dentro. No sentía pena por ella. Ni siquiera le importaba particularmente lo que le sucediera ahora. Ella era lo que su padre le había dicho que debía querer en una esposa. Lo que sus deudas exigían que consiguiera.

Y, sin embargo, cada vez que pensaba en el matrimonio, pensaba en Maggie.

Entró en su casa de la ciudad y respiró aliviado cuando descubrió una luz que brillaba bajo las puertas de la biblioteca a pesar de lo avanzado de la hora.

Se detuvo en el umbral, complacido al encontrarlo ocupado por su huésped favorita. Maggie lo había esperado despierta.

Estaba acurrucada en el sofá bajo una gran manta de lana, que ocultaba el soso vestido de diario que había usado cada dos días, ya que parecía tener solo dos. Tenía un libro abierto sobre las rodillas y las cejas fruncidas en una fingida concentración.

Solo fruncía el ceño cuando fingía.

Maggie levantó la vista cuando él se aclaró la garganta y sonrió con indecisión. —¿Estás en casa temprano?

—Había terminado. —Se acercó a ella lentamente, quitándose el abrigo y remangándose las mangas—. Me esperaste despierta.

—No tenía sueño.

Él la admiró abiertamente, su corazón se derritió un poco más. Sus ojos brillaban, pero sus dedos estaban ligeramente manchados de tinta. Movió los dedos. —Veo que has estado trabajando en nuestro proyecto de nuevo esta noche.

—Sí —dijo ella, mirando sus dedos manchados de tinta y luego tomando un trozo de papel—. Llegó una nota de Lord Varley mientras estabas fuera. —Se la tendió, doblada y todavía sellada.

Él la tomó, rompió el sello y la leyó en voz alta para Maggie.

Su Gracia,

Necesito discutir el arrendamiento inmediato de la casa de al lado para mi suegra, la vendas o no. Pasaré a visitarte mañana por la mañana para discutir los términos.

Atentamente, Varley*

Algernon dobló la nota con deliberado cuidado y luego se rio a carcajadas. —Algo desastroso debe de haber pasado cuando Varley llegó a casa esta noche.

—¿Ah, sí?

—Lord Varley estaba en la fiesta de la que me acabo de ir. Se escabulló temprano para contarle a su esposa sobre la escritura que encontraste para mí. Su esposa y su suegra deben de haber vuelto a pelear. Pobre hombre.

—Pensé que planeabas venderla.

—Probablemente termine vendiéndosela a Varley, pero primero, debo discutir el asunto con mis hermanos. Se me ocurrió que ellos podrían desear la casa para saldar parte de la deuda.

—¿Pero podrías quedártela cuando te cases?

Podría, si quisiera. —Quizá podría.

Maggie asintió lentamente. Se levantó, alisándose la falda, y lo miró. —Venderla es una buena idea si ya no le vas a dar uso.

—Yo también lo pensé. Nosotros, mis hermanos y yo, teníamos cada uno nuestras propias casitas de campo, pero todos las vendimos cuando se descubrió la verdad sobre la muerte de mi padre.

—Fue una decisión sensata en su momento.

Algernon inhaló lentamente. Incluso con un contrato a corto plazo, antes de la venta de una casa en la ciudad, todavía no tenía fondos suficientes para pagarles a sus hermanos por completo. Pero era un buen comienzo. Habría otras oportunidades más pequeñas que explotar en los meses y años venideros. No se sentía agobiado por el mismo pánico que había sentido al principio, ahora que se casaría con Maggie.

—Maggie, no le he propuesto matrimonio a lady Kent.

—Pero lo harás.

—No, no lo creo. Fue a lady Kent a quien vi con ese joven lacayo de camino a Londres. Su amante está a su servicio. Un sirviente que vi esta noche, en su casa.

—Oh —susurró ella—. Oh, cielos.

—Exijo que mis herederos sean mi propia descendencia, sin ninguna duda en mi mente.

—¿Así que tendrías que empezar tu búsqueda de una heredera de nuevo?

—No, no lo haré —prometió—. Te quiero a ti.

Maggie se alejó de él, con el cuerpo tenso.

Él la siguió por la habitación, la hizo girar y le levantó la barbilla. —¿Qué quieres de mí, Maggie? —murmuró—. Porque creo que daría cualquier cosa por dártelo.

—Lo que quiero es que seas feliz. —Ella extendió la mano y la apoyó en su pecho.

Él le llevó la mano a los labios. No discutió. Se limitó a mirarla hasta que las mejillas de ella se sonrojaron. —Puedo sobrevivir a la pérdida de muchas cosas, Maggie. Pero no a una vida sin ti.

Le tembló el labio inferior. —No digas esas cosas.

Él le besó la frente. Con delicadeza. Con reverencia, y luego la miró profundamente a los ojos. —Dime esto: ¿estarías contenta viviendo en las sombras de mi vida? ¿Como un secreto?

Sus labios se entreabrieron, pero no emitió sonido alguno por un largo momento. Tragó saliva con dificultad. —¿Me estás preguntando si quiero ser una mujer mantenida?

—No —su tono fue firme. Una amante era lo último que quería—. Te pregunto qué precio debo pagar por ti. Por tu felicidad, tu orgullo, tu compañía. Porque he decidido que el precio de casarme solo por deber o riqueza es demasiado alto para mí.

El silencio se alargó entre ellos.

Entonces, ella se acercó un paso. —No quiero ser un secreto. No quiero ser una mujer mantenida.

—No quiero que seas ninguna de las dos cosas, pero te deseo a ti.

Él tomó las manos de ella entre las suyas; la conexión fue simple y abrasadora a la vez.

Él asintió. —He tenido miedo de ir por lo que quiero. *A ti*. Solo a ti. Siempre fuiste suficiente, Maggie. Eres mucho más de lo que jamás he merecido y todo lo que anhelo.

Los ojos de Maggie se abrieron de par en par y luego retrocedió un paso. —Me voy a la cama.

Él suspiró, decepcionado de que ella aún no quisiera lo mismo que él. Mañana comenzaría un cortejo en toda regla. Flores y regalos. Ya tenía en su habitación la pequeña figura de la juguetería. La convencería de que imaginara un futuro mucho mejor con él.

—Buenas noches, Maggie.

—¿Me acompañas, Algernon?

Él la miró boquiabierto de la sorpresa.

Cuando arruinara a Maggie esa noche, *tendría* que casarse con ella. Y cuando se casara con Maggie, ganaría tanto…

Sería más rico de lo que jamás había soñado.

Y con eso, finalmente, sintió que su decisión estaba tomada.

CAPÍTULO DIECISIETE

MAGGIE SE ESTREMECIÓ bajo el peso de la ardiente mirada de Algernon, pero ya había tomado una decisión.

Algernon. Lo había elegido a él hacía mucho tiempo.

Le tomó la mano cuando él sonrió y tiró de él con firmeza hacia la puerta. —Ven conmigo.

—¿Maggie?

—Nada de preguntas —susurró, volviéndose hacia él. Se puso de puntillas y unió sus labios a los de él en un beso intenso, para que no le quedaran dudas de lo que pretendía para ellos durante las horas que quedaban de la noche—. Ni debates tampoco.

—No puedo prometerte eso —respondió él, con los ojos iluminados por una emoción que Maggie compartía—. Solemos cuestionarlo todo.

—Así es. —Tiró de él para que la siguiera. Algernon la siguió por la escalera sin decir una palabra más. Sin embargo, en lo alto, tuvo un momento de indecisión. Su habitación o la de ella, más pequeña. Pero Algernon la guio a la habitación contigua a la suya: el dormitorio de la duquesa.

Se sintió extraña al estar de nuevo en esa habitación, ya que le recordaba que Algernon había renunciado a una fortuna para no casarse con Lady Kent.

Pero entonces él la rodeó con el brazo por la espalda y le besó el cuello, y sus reservas se desvanecieron.

Su decisión de estar con Algernon esa noche no tenía nada que ver con tratar de comprometerse a sí misma, ni tampoco con conseguir un matrimonio con él. Tenía todo que ver con querer pertenecer. Allí. Con él. Por todo el tiempo que pudiera.

Habían estado rondándose el uno al otro y a su deseo desde el momento en que se reencontraron. Mayores, más sabios y más conscientes el uno del otro físicamente. Ella quería lo que quería.

A Algernon. Besándola.

La puerta se cerró suavemente tras ellos y quedaron sumidos en una penumbra casi total. La poca luz de luna que entraba en la habitación por la ventana le indicó adónde ir.

Algernon le puso las manos en los hombros y la guio a través de la habitación hacia la gran cama. Luego, antes de que pudiera subirse, tiró de ella hacia sí y la abrazó con fuerza. —Discutiremos los términos mañana.

—De acuerdo —dijo ella. Pero no había términos que discutir. Entregaba su amor sin ataduras y no quería nada más de él que su afecto.

Él se echó hacia atrás de repente. —Podríamos esperar. No tenemos que precipitarnos a la cama juntos esta noche.

—¿Cuándo has querido esperar tú? —susurró ella, alcanzando los botones de su chaleco y desabrochando algunos—. Especialmente cuando queremos lo mismo.

—Sí, lo queremos. Siempre lo hemos querido —susurró él, acunándole el rostro entre las manos. La besó suavemente. —Regreso en un momento.

Desapareció en su habitación. Solo se fue por un corto tiempo. Cuando regresó descalzo, traía una vela que usó para encender otras, hasta que la habitación se iluminó.

Maggie se había sentido cómoda en la penumbra, pero no habría forma de esconderse del deseo bajo la luz.

Algernon volvió junto a ella y le sujetó la cabeza de nuevo; al hundir los dedos en su cabello, soltó preciadas horquillas a diestra y siniestra. —Maggie, sé mía —susurró.

—Sí —susurró ella a su vez. Se estiró para darle otro beso, mucho más profundo, para sellar su promesa. Lo amaría para

siempre.

Deslizó una mano entre los dos, terminó de desabrocharle el chaleco y lo hizo a un lado para recorrerle el torso con las manos. Era musculoso, esbelto y ardía al tacto, pero seguía estando demasiado lejos. Le había resultado una distracción verlo con los antebrazos al descubierto, pero ahora quería ver el resto de él.

Le resultó imposible entender cómo desatarle el corbatín, y fue él quien se lo quitó y desabrochó los diminutos botones de la camisa que llevaba debajo.

Ella le agarró un puñado de la camisa a la altura de la cintura y tiró hacia arriba con impaciencia.

Algernon gruñó. —Si me desabrochas un botón de los calzones todo será más fácil, querida, si no me lastimarás.

Maggie se mordió el labio y encontró los dos grandes botones de sus calzones, mientras Algernon amablemente metía su inexistente barriga para darle espacio para desabrochárselos. Una vez sueltos, la camisa se deslizó hacia arriba con más facilidad.

Cuando se la quitó, se encontró con una amplia extensión de pecho musculoso y vello pectoral que no había esperado ver. Se rio de su propia tontería. Por supuesto, el cuerpo de Algernon habría cambiado mucho desde que era un niño.

Colocó la mano sobre el corazón de él y su estómago se revolvió con un nerviosismo renovado. Al alzar la vista, vio que Algernon sonreía.

—Explora mi cuerpo, Maggie —susurró—. Hacer el amor es una aventura que nunca antes has vivido. Te aseguro que nada de lo que hagas estará mal.

Reconfortada por sus palabras, retrocedió un poco y se dispuso a hacer lo que le placía. Jugueteó con el vello de su pecho, notó que continuaba hacia abajo, hasta dentro de sus calzones, pero sus costados y su espalda se sentían suaves como la seda bajo sus manos temblorosas.

Caminó a su alrededor y no pudo borrar la sonrisa de su rostro. —Eres hermoso.

—Prefiero apuesto —respondió él, sin perder de vista sus movimientos—. La hermosa eres tú, querida. Deslumbrante. Sentí un

deseo instantáneo en el momento en que nuestras miradas se cruzaron en medio de la concurrida taberna.

Cuando ella se detuvo, Algernon la atrajo hacia él para darle otro beso largo y embriagador.

Maggie empezó a desabotonarse el vestido.

—¿Me permites los honores? —preguntó él, y ella asintió, dándole permiso—. He soñado con este momento desde el día que nos reencontramos.

—Yo también —respondió ella, contenta de que pudieran hablar y distraerla de su nerviosismo. Una cosa era *saber* que quería que le hicieran el amor, pero resultaba abrumador ahora que estaba sucediendo. Algernon ya lo había hecho antes; ella no.

Él le pasó las manos por la espalda, de arriba abajo y de nuevo hacia arriba, y luego pareció estar buscando algo. Al no encontrarlo, de repente la hizo girar. —¿Cómo se desabrocha este maldito vestido?

—Por delante —le advirtió ella con una risa suave—. No tengo una doncella que me ayude, así que tuve que improvisar.

Él la giró de nuevo mientras ella le mostraba los cuatro sencillos cierres que mantenían sus pechos decentemente cubiertos. Había otros cierres debajo, pero todo lo que se necesitaba era un tirón fuerte de cualquiera de los lazos.

Él se echó hacia atrás. —Ingenioso. Supongo que es diseño tuyo.

—Sí.

—Siempre ingeniosa, pero naciste para algo más que la costura —le recordó él, antes de besarla de nuevo.

Le quitó lentamente el vestido, le sacó los zapatos y las medias, y luego Algernon apartó la ropa de cama y la ayudó a sentarse. Le enmarcó el rostro una última vez y, después, se llevó las manos a la cintura para desabrochar el último cierre de sus calzones.

La observó mientras bajaba la tela poco a poco. Maggie se quedó boquiabierta cuando su erección quedó al descubierto, y no hubiera podido apartar la mirada ni aunque una biblioteca estuviera en llamas.

Era inesperadamente grande, aunque supuso que eso era bueno a la hora de hacer el amor. Se quitó los calzones de una patada,

irguiéndose con orgullo para que ella lo viera. Incluso dio una vuelta para que pudiera verlo todo de una vez.

Maggie se quedó sin aliento cuando él finalmente se detuvo.

Se subió a la cama, se acostó, pero inmediatamente se giró sobre un costado para quedar frente a ella. Maggie se dejó caer sobre las almohadas y también se giró hacia él.

La besó suavemente y luego se apartó. —Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión.

—Una vez que tomo una decisión, no hay vuelta atrás para mí. Ni para ti.

—Lo sé —dijo él, y luego volvió a besarla, con más pasión que la primera o la última vez. Maggie se retorció hasta que sus cuerpos se tocaron, y jadeó al sentir la piel caliente de él deslizándose contra la suya.

Algernon irradiaba calor y excitación, y ella no se cansaba de tocarlo. Le rodeó el cuello con los brazos y se aferró, dejando que él los guiara en esa danza íntima.

Sus manos la acariciaban con toques suaves y amplios que la hacían estremecerse. Sus labios devoraban los de ella hasta que no pudo pensar en nada más que en él.

Mientras él la hacía rodar para quedar debajo y le abría las piernas, ella tuvo un solo momento de duda, tan breve como tardío. Era virgen, y algunos decían que la intimidad dolía mucho la primera vez.

De repente, él se apartó de ella de nuevo. —Hacer el amor no debería ser algo apresurado —murmuró.

—¿Esa advertencia era para mí o para ti? —inquirió ella, tomándose también un momento para recuperar el aliento.

Él rio suavemente. —Para mí. En lo único que puedo pensar es en hacerte mía. Estás deliciosamente dispuesta a hacer el amor, pero como eres virgen, podría haber molestias si me apresuro.

—Eso sí lo sé —le dijo.

—Me alegra que lo sepas.

Le acarició el torso, deteniéndose para rodear sus pechos y luego sus pezones, hasta que se volvieron casi demasiado sensibles. —Nunca me canso de tocarte.

Ella miró su pecho. Sus pezones se habían endurecido hasta convertirse en picos rígidos y, para su sorpresa, Algernon besó uno y luego lo capturó en su boca y lo succionó.

Maggie gimió, un sonido gutural que le sorprendió haber emitido. Se retorció bajo él, pero pronto él se detuvo y tomó su otro pecho en la boca. Ella se movió inquieta de nuevo debajo de él y le sujetó la cabeza allí, incapaz de creer lo bien que se sentía.

Cuando Algernon se detuvo, se deslizó más abajo, depositando besos en su estómago. Desafortunadamente, le hizo tantas cosquillas que ella soltó una risita y se escabulló lejos de él.

Algernon la atrapó de nuevo y la atrajo hacia sus brazos. —Tu risa es un sonido que quiero oír más, pero más tarde —se deslizó más abajo y le separó las piernas al pasar. Le besó los muslos, prodigándoles su atención mientras los acariciaba.

Ella no comprendió su plan hasta que el primer roce entre sus piernas la tomó por sorpresa.

Un beso, una caricia y un lengüetazo más abajo la hicieron gemir de nuevo. Maggie se incorporó para ver qué estaba haciendo él.

Se escandalizó al ver su rostro enterrado entre sus muslos. Tenía los ojos cerrados y parecía estar dándose un festín con ella. Una acción que se sintió extraña, y maravillosa también.

Sin embargo, se dejó caer hacia atrás cuando él le pasó un dedo provocativamente por su sexo y de vuelta. Maggie quedó atónita mientras él la excitaba hasta el punto en que comenzó a retorcerse, suplicando por más. Mucho más. —¿Algernon…?

—Ahora no es momento de discutir. Solo siente y déjame mostrarte lo que aprendí sobre hacer el amor mientras estuvimos separados —susurró él.

Al instante siguiente, besó su sexo con más fuerza.

Sus caderas se alzaron para encontrarlo por su propia voluntad, y él la sujetó contra el colchón, riendo suavemente. Sus dedos presionaron su cuerpo, y cuando la presión aumentó demasiado, casi de inmediato disminuyó de nuevo.

Maggie golpeó la cabeza contra la almohada, abrumada mientras Algernon ponía su mundo de cabeza con su hábil forma de hacer el amor. Apenas podía quedarse quieta. Nunca había imaginado que

hacer el amor comenzaría así, pero ¿cómo podría estar mal si se sentía tan bien?

Cada caricia de su dedo dentro de ella y cada lengüetazo contra su sexo le robaban el juicio. Podía sentir todo lo que él le hacía con una sensibilidad que nunca antes había experimentado.

Estaba a punto de salírsele la piel por lo que él le estaba haciendo. Cuando las sensaciones aumentaron y se volvieron demasiado intensas para contenerlas, Maggie cerró los ojos con fuerza y gimió mientras su cuerpo se estremecía compulsivamente.

De repente, Algernon estaba sobre ella, apartándole el pelo de la cara, susurrando: *—Mi Maggie. Tan hermosa. Tan perfecta.*

Ella lo miró, aturdida, y sonrió débilmente, solo para recibir un beso duro a cambio.

Algernon se posicionó para entrar en ella, y al principio no sintió dolor, solo una presión mayor que antes. Una embestida dura la hizo jadear, sin embargo, y él se detuvo por un momento, se retiró y empujó dentro de ella una vez más. Continuó así hasta que se detuvo para mirarla desde arriba, con una sonrisa ridícula.

Se hundió contra ella, rozando sus labios con las yemas de sus dedos. Permanecieron conectados, y a Maggie le gustó eso. —¿Estás bien, Maggie mía?

Ella se contoneó a su alrededor, probando la sensación de tenerlo dentro de su cuerpo. —Creo que sí.

Algernon le ahuecó el rostro. —Maggie, te amo.

Ella parpadeó.

—Sí, te amo. Estoy enamorado de ti. Probablemente desde que tenía doce años.

Maggie no supo muy bien cómo responder a esa confesión. Los niños apenas entienden el amor.

Pero ella lo entendía ahora. Se sentía amada por Algernon.

Él comenzó a moverse de nuevo, y la sensación seguía siendo maravillosa. Y mientras le hacía el amor, ella se dio cuenta de que eso era todo lo que necesitaba para ser feliz. Tener a un hombre, tener a Algernon, formando parte de ella. Íntimamente parte de su vida.

Maggie le rodeó el cuello con los brazos, sintiendo cómo aumentaba la excitación de él, y se aferró con fuerza a su cuerpo mientras hacían el amor.

Él gimió, hundió el rostro en el cuello de ella y, después de unos cuantos besos allí, comenzó a moverse con aún más urgencia.

Aquellas sensaciones que él creaba con sus dedos y besos entre sus piernas volvieron a agitarse. Maggie se balanceó con él y le rodeó las caderas con las piernas, buscando experimentar de nuevo una liberación similar.

De repente, Algernon separó más sus piernas y se retiró de ella por completo. Ella vio la reluciente longitud de su miembro en su mano, antes de que la otra cubriera la punta. Él gimió y bombeó su miembro mientras se estremecía sobre ella.

Después de un momento, se giró para dejarse caer en la cama a su lado, jadeando con fuerza y riendo suavemente. —Dios mío, te amo.

—Yo también te amo —susurró ella—. Muchísimo.

La besó con intensidad, pero al instante siguiente saltó de la cama y desapareció de nuevo en su habitación, con las manos ahuecadas sobre la entrepierna.

Tardíamente, Maggie se percató de lo que Algernon había hecho. Había evitado que su semilla llenara su cuerpo y había hecho todo lo posible para evitar la concepción.

Un extraño dolor se instaló alrededor de su corazón al ver cuán leal era él a su amistad, a su amor y a lo que ella quería para su vida. Incluso en el calor del momento, había puesto las necesidades de ella en primer lugar.

Eso era amor, eso era devoción… ese era Algernon, su mejor amigo y amante. Hacer el amor fue suficiente para él esa noche, pero podría no ser siempre tan simple.

Cuando regresó, se estaba secando las manos con un paño, que arrojó a un lado antes de volver a tirarse en la cama de ella. Le tomó la mano y le besó el dorso. —Ahora sí que eres mía, Maggie Black.

—Sí —dijo ella, luchando por contener el sonrojo ante lo fácil que era amarlo. Nunca lo daría por sentado. Maggie rodó hacia él, le

pasó un brazo por el pecho y se aferró con fuerza a su amor.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MAGGIE MUSITÓ ALGO EN SUEÑOS, y Algernon no podía apartar la vista de ella ni del atisbo de su hermoso cuerpo desnudo. Nunca había visto su rostro mientras dormía. Sus labios suaves, sus pestañas espesas sobre las mejillas, su cabello oscuro y revuelto sobre la almohada.

Estaban juntos, y su corazón rebosaba de felicidad. Hacer el amor con ella era todo lo que podía desear. Había existido una conexión entre ellos desde la infancia, y ahora se veía amplificada al hacer el amor como adultos.

Maggie era la elección correcta, si es que alguna vez tuvo la oportunidad de elegir a quién amar.

La única pregunta que quedaba por decidir era dónde y cuándo casarse con ella. Consideró una boda rápida en Londres, o tal vez esperar a llegar a casa y casarse en Ravenswood, donde se habían conocido. Pero Algernon no estaba seguro de poder esperar a las amonestaciones. Quería llamarla abiertamente su esposa, y que esta vez fuera verdad.

Algernon apoyó la cabeza en su brazo doblado, observándola hasta que no pudo soportarlo más. Deslizó una mano hacia ella por debajo de la sábana y la tocó suavemente para ver si se despertaba deprisa o despacio.

Maggie solo se estremeció y luego murmuró algo que él no alcanzó a entender. Volvió a quedarse quieta, así que él estiró el pie

para tocar el de ella.

Ella recogió las piernas, y sus murmullos se volvieron más fuertes que nunca. Dijo su nombre en tono de queja.

Él extendió el brazo y le tomó la mano.

—Ya es de mañana.

—Lo sé por la luz —dijo ella, aunque se tapó la cabeza con las sábanas.

Él se inclinó más cerca.

—¿Queremos que Sims nos encuentre así?

Las sábanas bajaron lentamente.

—Probablemente no sea una buena idea.

Se sentó y luego se miró el pecho, con los ojos muy abiertos.

—Nunca antes había dormido sin ropa.

—¿No?

—No —dijo ella y lo miró—. Probablemente debería estar más escandalizada por nosotros.

—Yo duermo desnudo todo el tiempo —le advirtió él.

Una extraña expresión cruzó el rostro de Maggie, y se sonrojó. Él bajó la sábana un poco más y los ojos de ella siguieron su movimiento. Sus labios se entreabrieron cuando él le mostró lo excitado que lo ponía con solo mirarlo.

Él se rio de ella y la acercó para darle un largo y delicioso beso. Amar a Maggie era tan fácil. ¿Cómo había podido esperar tanto tiempo?

Pero debía tomarse las cosas con calma con ella esa mañana. Ella había perdido su inocencia con él la noche anterior y, aunque no había mostrado ninguna señal de dolor, quizá todavía no estaba lista para un segundo revolcón entre las sábanas tan pronto.

Además, tenían que hablar, y él lo hacía mejor con la ropa puesta.

Sin embargo, Algernon jugueteó con ella en la cama, distraído por la novedad de tener casi una esposa a quien abrazar.

La puso debajo de él y le besó la punta de la nariz.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días para ti también. —Lo miró y le ahuecó el rostro entre las manos. Una tierna sonrisa se dibujó en sus labios—.

Algernon, ¿qué va a pasar ahora?

—Regresamos. A casa.

Maggie se incorporó, frunciendo el ceño. —¿Quieres llevarme a tu casa?

—Siempre tuve la intención de llevarte a casa, a Ravenswood —insistió él.

—¿Tu familia no se opondrá?

—No si tienen algo de sensatez. —Algernon se levantó de la cama y empezó a recoger su ropa desperdigada—. Pueden aceptarte como mi esposa o buscar otro lugar donde vivir.

—¿Esposa?

Él se giró para mirarla. —Maggie, ¿por qué suenas tan sorprendida? Por supuesto que voy a casarme contigo.

Ella entrecerró los ojos. —Pero nunca dijiste *las palabras*.

Él se dio unos golpecitos en el puente de la nariz, reprendiéndose a sí mismo. —¿Así que anoche me invitaste a compartir tu cama, imaginando que serías mi amante o solo una querida temporal a la que podría desechar? Dijiste que no querías ser ninguna de las dos cosas.

—Dijiste que hoy discutiríamos los términos —protestó ella.

—Para el contrato matrimonial que firmaremos —dijo, encontrando la situación muy divertida—. ¿Vas a negarme el deseo de mi corazón de convertirte en mi duquesa?

—Yo… —Maggie tragó saliva y lo miró fijamente, claramente demasiado atónita para articular palabra.

—Por Dios, Maggie Black se ha quedado sin palabras. —Lo estoy. —Lo miró fijamente y luego una sonrisa insinuó en sus labios—. Algernon, ¿has pensado bien en esto y en lo que significa para ti? Para tus deudas.

—Mmm, para nada —dijo con vozarrón, y negó con la cabeza—. Eso es *todo* en lo que he pensado desde que nos conocimos. En cómo tenerte, no carecer de fondos y asegurar la sucesión.

—Bueno, sé que el comportamiento de Lady Kent con su sirviente es inaceptable, pero seguramente debe haber otra heredera en algún lugar a la que podrías encantar.

Algernon se acercó a Maggie y se arrodilló sobre una rodilla.

—Yo, Algernon Sweet, quinto duque de Ravenswood, juro solemnemente amar y cuidar a la señorita Maggie Black por el resto de mi vida. Maggie, ¿me harías el gran honor de convertirte en mi esposa y mi duquesa?

—¡Algernon! Estás desnudo —dijo ella, mirándolo con asombro.

—Desnudo o vestido, no puedo casarme con nadie más que contigo. No lo haré. Dijiste que necesitabas las palabras y no permitiré ni un momento más de duda de tu parte. Maggie, te amo. Más que a la vida misma. Más que a Ravenswood incluso.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y ella buscó sus manos. —Y yo te amo a ti, querido Algernon, pero me habría contentado solo con tus besos.

Maggie tiró de él para ponerlo de pie y lo abrazó con fuerza. Fue un glorioso abrazo al desnudo que lo excitó al instante. Pero ya habría mucho tiempo para hacer el amor más tarde.

—Para mí siempre fue matrimonio o nada —le besó la frente—. Me temo que no podré colmarte de joyas y carruajes nuevos y costosos, pero tengo muchísimos libros y dos bibliotecas completas. Te prometo que te haré la mujer más feliz del mundo.

—Ya lo has hecho —prometió Maggie, acurrucándose más en sus brazos y secándose más lágrimas—. Y de todos modos, no me gustan las joyas.

—Entonces, ¿cuál es tu respuesta, mi amor? Debo escucharla ahora o mi corazón se romperá.

—¡Sí, sí! —exclamó ella, llenándole el rostro de besos—. Mil veces, sí.

Él la apretó con fuerza contra sí, con el corazón rebosante de emoción. Estarían juntos y felices, y nada se interpondría jamás entre ellos.

Se besaron profundamente para sellar su pacto, y luego él la apartó con delicadeza, solo para ver lágrimas en sus ojos. —¿Qué es esto? ¿Lágrimas?

—Pensé que te perdería por el matrimonio —admitió ella, sollozando de nuevo.

Él acercó una esquina de la sábana para secarle los ojos. —No, mi amor. Me ganas a mí en matrimonio. Pobrecita.

Ella lo miró y se rio. —Siempre sabes qué decir para divertirme.

Algernon sonrió radiante y le besó las mejillas. —Ahora, por mucho que me gustaría quedarme desnudo contigo todo el día y hacerte reír, es hora de que te pongas tu ropa nueva y te arregles el cabello para que estés lista para conocer a uno de mis amigos más antiguos esta mañana.

Ella lo miró, claramente sorprendida. —¿Qué ropa nueva? Algernon… Ah. ¿Me mentiste en la modista sobre esas telas?

—Nunca dije para quién eran los vestidos, así que en realidad no te mentí. Pero no sé qué te pudo haber dicho la modista sobre la compra —dijo él, sonriendo con picardía.

Ella le dio un puñetazo suave y luego le besó los labios para perdonarlo. —Eso es lo más bonito que nadie ha hecho por mí.

—Eso es solo el comienzo de lo que está por venir, Maggie.

Un fuerte estruendo resonó en la casa al minuto siguiente, y Algernon corrió a la ventana para asomarse. —Varley de verdad debe de querer alquilar la casa de la ciudad para que viva su suegra. Ha llegado más temprano de lo que usualmente vendría a visitarme aquí. Será mejor que nos vistamos para recibirlo.

Maggie palideció.

Algernon le dio un beso largo y apropiado para devolverle el color a las mejillas y le hizo prometer que bajaría a reunirse con él pronto. Empezaría poco a poco, presentándole a algunos de sus amigos para no abrumarla.

Se apresuró a su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí para darle privacidad a Maggie, y descubrió que Sims ya estaba allí, esperando con noticias de su visitante. Ignoró la desnudez de Algernon, pero su mirada se desvió hacia la puerta del dormitorio de la duquesa.

—Sims —lo llamó Algernon, y el hombre se apresuró a entrar en su vestidor tras él. Pero la expresión de su rostro revelaba claramente su desaprobación.

—Asegúrese de que la señorita Black tenga la ayuda de una doncella esta mañana para vestirse con esos vestidos nuevos que compré para ella. Cuando esté lista, acompáñela abajo a la

biblioteca con la doncella como chaperona para reunirse conmigo y Varley.

—Es un poco tarde para una chaperona, ¿no cree? —murmuró Sims por lo bajo.

Algernon se enfrentó a su ayuda de cámara después de haberse puesto una camisa por la cabeza. —Maggie no tendrá más remedio que aceptar la ayuda de una doncella ahora. Vamos a casarnos.

A Sims se le dibujó una enorme sonrisa en el rostro ante la noticia. —¡Ya era hora!

—Ciertamente lo es, pero guárdeselo para usted por ahora —logró contener su sonrisa Algernon.

—Felicidades, Su Gracia. Será una duquesa extraordinaria.

—Gracias.

Algernon terminó de vestirse y bajó deprisa para reunirse con Varley, y lo encontró usando los anteojos de Maggie para intentar leer el libro que ella sostenía anoche, cuando Algernon llegó a casa. —No tenía idea de que tu vista hubiera empeorado tanto, Ravenswood. Solíamos poder compartir anteojos, pero estos son imposibles.

Algernon le quitó rápidamente los anteojos de Maggie y se los guardó en el bolsillo. —Tu nota sonaba urgente, pero no para tanto.

—¡Oh, lo es! Mi suegra le metió una idea tonta en la cabeza a mi hija mayor de que podría debutar la próxima temporada.

Algernon frunció el ceño. —¿No es demasiado joven para eso?

—¡Por dos años, por lo menos! —exclamó Varley—. Y como mi esposa se negó a considerar la idea de una temporada adelantada, las otras chicas están todas alborotadas en apoyo de su hermana mayor. Mi esposa se ha convertido en la enemiga en casa y esta mañana estaba llorando otra vez. No voy a permitir eso.

Algernon asintió. —Una separación de madre e hija es definitivamente necesaria.

Varley se acercó. —Entonces, sobre la casa del pueblo…

—Mi única pregunta es si está lo suficientemente lejos.

Varley resopló. —Servirá en el futuro inmediato.

Algernon mencionó una cifra mensual que esperaba no fuera demasiado alta como para ser inaceptable.

Varley aceptó sin reparos y se estrecharon la mano.

El roce de un zapato alertó a Algernon de que alguien había llegado. Sonrió y se dio la vuelta, pero no estaba del todo preparado para la llegada de Maggie.

Lucía un nuevo e impresionante vestido de un azul intenso y llevaba el cabello recogido en lo alto de la cabeza con perlas. Su corazón empezó a latir más deprisa por la sonrisa en sus labios.

Algernon aprobó por completo su apariencia. Se acercó a ella y le tomó la mano. —Perfección.

La llevó al interior de la habitación y se la presentó a Varley. —Maggie, este es lord Varley. Varley, permíteme presentarte a Margaret Black, mi prometida.

Varley abrió la boca mientras los miraba fijamente, pero no emitió ningún sonido. Y entonces se echó a reír. —¡Demonios! Podrías haberme dicho anoche que estabas comprometido, pero ahora veo por qué te veías tan condenadamente presumido. Si estuviera en tu lugar otra vez, tampoco le diría a nadie que había encontrado tal belleza hasta mucho después del día de la boda.

Varley se acercó e hizo una reverencia a Maggie.

—Es un placer conocerla, señorita Black. Mi esposa estará encantada de saber que ganaré esa apuesta en White's, ya que está claro que este será el matrimonio por amor del año, dado el brillo en los ojos de mi amigo.

Maggie le hizo una reverencia. —Mi lord.

Algernon le guiñó un ojo a Maggie. —Hay una gran apuesta en el libro de apuestas de White's sobre cuándo me casaré.

Maggie asintió. —El *cuándo* aún está por discutirse.

—Espero que sea pronto por el bien de mi amigo —sugirió Varley —. Pero, tarde o temprano, igual ganaré. Podría incluso aumentar el pozo con una o dos provocaciones adecuadas.

—No vaya demasiado lejos —le advirtió Algernon.

—Bueno, estas son buenas noticias por todos lados. —Varley tomó su sombrero—. Con mucho gusto instalaré a mi suegra en la casa de al lado y ganaré la apuesta sobre ustedes, mientras los dejo para que tengan el placer de encantar a esta adorable dama.

Varley los saludó con un gesto y salió de la biblioteca, tarareando suavemente para sí mismo.

Algernon se volvió hacia Maggie. —Estás deslumbrante.

Ella se sonrojó adorablemente y sostuvo los faldones para dar una vuelta. —Gracias por mis nuevos vestidos. No tenía idea de que eran para mí cuando elegí la tela que más me gustaba.

—El color intenso te sienta bien. Gracias por aceptar casarte conmigo —susurró él.

—Sobre eso… —comenzó ella.

—¿Boda grande o pequeña? —se apresuró a preguntar él, decidiendo no dejar lugar a dudas de que se casaría con ella de una forma u otra.

Ella se mordió el labio. —¿Qué quieres tú?

—Quiero que seas mi esposa —dijo él—. No me importa cómo nos casemos. Solo el *cuándo* es importante para mí. Preferiría que fuera más temprano que tarde, para que el asunto quede zanjado. Solicitaré una licencia de matrimonio para nosotros.

—Eso significa que podríamos casarnos tan pronto como tengas la licencia, ¿no es así?

—Sí, podríamos, pero ¿es eso lo que quieres? Sé que no te gusta precipitarte.

Se humedeció los labios. —Dadas las circunstancias, creo que una boda privada sería menos incómoda para mí. No tengo a nadie que me entregue, ni familia que asista a una gran boda.

—Pronto tendrás la mía, pero estoy de acuerdo, una boda pequeña es todo lo que necesitamos. —Él le llevó la mano a los labios y le besó los dedos, mientras buscaba en su bolsillo un anillo para ponerle. Había elegido uno de los anillos de Mamá para tal ocasión. Esperaba que a Maggie le gustara mientras se lo deslizaba en el dedo, aliviado de que encajara perfectamente en su lugar—. Listo, oficialmente comprometidos para casarnos. ¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Como si estuviera soñando —le dijo ella, riendo mientras admiraba el anillo—. Aunque nunca imaginé…

—Bueno, pues debes hacerlo ahora y a menudo. No hay nada que no puedas hacer o tener a partir de este momento.

—¿Ah, sí? —Ella lo miró con una expresión que sugería que estaba pensando en lo que habían hecho la noche anterior, en lugar de en cosas que pudieran costar dinero.

Él se acercó a ella. —Si me miras así, mi amor, la respuesta siempre será sí, por cierto.

—Es bueno saberlo —dijo ella, y sonrió ampliamente—. ¿Las puertas de la biblioteca tienen seguro?

Él asintió y se apartó de ella, sonriendo mientras iba a cerrar con llave las puertas de la biblioteca, antes de volver corriendo a su lado. —Creo que podemos esperar una hora más para solicitar la licencia de matrimonio.

Algernon se inclinó y besó a Maggie, pero no fue un beso con intención de calmarla. Le acunó la cabeza con delicadeza, decidido a no alborotarle el cabello tan temprano, y la estrechó contra sí. Aliviado de que siempre podría hacerlo.

Se acabó el luchar contra el deseo y el anhelo de pertenecerle a alguien. El lugar de Algernon estaba junto a Maggie.

La besó, desabotonándole el vestido hasta que este se aflojó sobre su busto y apresó sus senos con las manos. Intentar contener la pasión que Maggie había desatado en él ya no era un problema.

Recorrió su cuerpo con el dorso de los dedos y le tocó la pierna izquierda. Maggie no hizo nada para detenerlo. Le levantó el vestido hasta que el bajo quedó por encima de sus rodillas. Aun así, nada de lo que él hacía parecía hacerla dudar.

—Maggie, me alientas demasiado para mi cordura —le advirtió.

—Bueno, una esposa debe estar deseosa de su marido —susurró ella.

Ella lo besó usando la lengua, provocándolo y excitándolo sin el menor esfuerzo.

Metió una mano entre los dos y le separó los muslos, impaciente por lo que vendría después. Maggie gimió en su boca y se estremeció cuando él le ahuecó el sexo. Tenía que oír ese sonido por el resto de su vida, y se dispuso a hacerla gemir de nuevo.

Encontró su entrada y la exploró con delicadeza. Ella gimió de nuevo y se retorció, dándole el acceso que él buscaba desesperadamente.

Introdujo un dedo dentro de ella, aun cuando se advertía a sí mismo que iba demasiado rápido. Sin embargo, Maggie pareció acogerlo sin dificultad, presionando contra su dedo.

Se apartó para observarle el rostro. Ella tenía el labio inferior entre los dientes y jadeaba con cada cosa que él hacía. La idea de verla con las piernas separadas y su propia mano allí en lugar de la de él hizo que su verga saltara en anticipación a su futuro juntos.

Le quitó las zapatillas nuevas, dejándolas caer, y le apoyó un pie en el pecho. Maggie asintió y levantó el otro pie para apoyarlo también en su hombro, y lentamente separó las rodillas.

La visión de Maggie así, tan abierta y excitada, le provocó una oleada de euforia. Contemplaba la perfección. Su cuerpo lo esperaba. El premio que quizá no merecía, pero que ansiaba.

Volvió a llevarle el dedo al sexo, moviéndolo hacia adelante y hacia atrás hasta que decidió que era hora de añadir otro. Solo cuando estuviera lista la reclamaría de nuevo.

Maggie se acomodó para recostarse sobre el escritorio mientras él la excitaba. Cuando creyó que estaba lista, tuvo un momento de duda. ¿Y si esta vez le hacía un hijo?

—Por favor —susurró ella.

No podía negárselo. Se desabotonó los pantalones y dejó que su verga saliera con ímpetu. Nunca había estado tan duro, y todo porque había encontrado a la indicada. La mujer sin la que no podía vivir.

Se acopló a su entrada y empujó con embestidas cortas y rápidas. Al principio, Maggie se abrió a él con bastante facilidad, pero luego siseó, y él retrocedió de inmediato.

—¿Maggie?

—No eres tú —dijo ella, con un tono irritable mientras extendía la mano por encima de su cabeza y le ofrecía una horquilla con cabeza de perla de su cabello—. Son peligrosas, las horquillas.

—Pueden serlo —dijo él, mientras la penetraba profundamente.

Maggie giró las caderas, acomodándolo más adentro con su movimiento. Cuando él estuvo completamente dentro de ella, se recostó sobre su cuerpo y la miró a los ojos. —¿Y ahora qué?

Su expresión de asombro le provocó una sonrisa.

Ella le dio un golpecito en el hombro. —Ahora no es momento para que me molestes.

—Para nosotros, siempre hay tiempo para eso —se rio entre dientes mientras se retiraba y embestía, pero pronto la estaba penetrando con fuerza, incapaz de detenerse.

Apoyó los muslos contra el borde del pesado escritorio, cambió de posición hasta que la tuvo suspendida en sus brazos y continuó f*****la mientras la besaba hasta dejarla sin aliento.

De repente, Maggie se puso rígida, contrayéndose alrededor de su miembro mientras llegaba al clímax. Algernon apenas se retiró a tiempo para evitar derramarse dentro de ella también.

Cuando terminó, exhausto, dejó a Maggie a un lado para no manchar su vestido nuevo. Se apoyaron el uno en el otro, jadeando con fuerza. Maggie comenzó a reír suavemente.

Algernon la miró a los ojos. —¿Qué te causa gracia, mi amor?

—¿Supongo que eres mucho más fuerte que antes?

—Eso es útil cuando no hay una cama blanda cerca —le advirtió —. Tengo un libro sobre el tema de las posturas para hacer el amor que podrías disfrutar leyendo.

Ella le sujetó la cabeza. —Por primera vez en mi vida, creo que podría entender la intimidad sin un pesado tomo que me guíe. Cada momento apasionado contigo ha sido natural.

Él le besó la frente con suavidad. —Sí, Maggie, yo también lo siento así, y siempre será así.

CAPÍTULO DIECINUEVE

MAGGIE DESPERTÓ EN los brazos de Algernon con el continuo vaivén del carruaje ducal. Inhaló el aroma de su cuerpo, notó la calidez y el peso de su brazo rodeando su cintura, y suspiró, dichosamente contenta con su situación.

Estaba enamorada y era correspondida.

Era una esposa.

Incluso sin el amparo de un matrimonio, le había entregado a Algernon su corazón y su pasión sin condiciones. El deseo entre ellos era innegable. Formaba parte de lo que eran el uno para el otro.

Se giró para mirarlo y lo encontró dormitando también, pero entonces él se despertó y parpadeó para espantar el sueño de sus ojos.

—Buenos días, Su Excelencia —susurró ella.

—Tienes que dejar de llamarme así. Responderé a Algernon, esposo, cariño o mi amor. No a Su Excelencia o Ravenswood. —Ella sonrió con picardía ante la queja de su esposo, justo cuando él apartaba la cortina para mirar por la ventanilla del carruaje—. Ya casi llegamos a casa.

A Maggie le dio un vuelco el estómago. Se había puesto nerviosa por su recibimiento en Ravenswood a medida que se acercaban a la finca. Esperaba que sus hermanos no pusieran problemas a su matrimonio.

Algernon insistía en que no serían un problema y que, si lo eran, él era el duque. Podía casarse con quien se le antojara.

Pero hasta que no estuviera segura de cómo recibirían la noticia, siguió preocupándose. Era un salto considerable de ser la hija de un tutor pobre a convertirse en duquesa. También tenía su trabajo en el que concentrarse y eso también podría ser recibido con desaprobación.

El trabajo de la vida de su padre era ahora el suyo. Estaba muy avanzada en la reescritura de sus lecciones en páginas adecuadas para la imprenta. Primero, un manual de matemáticas para niños muy pequeños. Luego, uno para niños de mediana edad. Y, por último, otro manual para los niños mayores, aquellos que aún no tenían edad para ir a la universidad o que no podían permitírselo.

Sin embargo, Maggie también deseaba publicar un manual más riguroso para estudiantes excepcionales. Tenía la intención de tenerlos todos listos en unos pocos años. Y si tenía éxito, tal vez algún día podría usar el dinero para mantener la finca de Ravenswood.

Algernon siempre necesitaría más fondos para administrar la finca, y ella estaba decidida a no ser una carga y a contribuir. Él le había dicho que la necesidad de dinero no era urgente, pero la deuda con sus hermanos siempre pesaría sobre él hasta que fuera pagada en su totalidad.

El carruaje aminoró la velocidad y dio una vuelta cerrada. Maggie se apresuró a abrir todas las cortinas para ver el exterior.

—Ravenswood —susurró ella, al divisar los campos verdes y exuberantes y los bosques familiares.

—Ahora lo recuerdas —murmuró él.

—Sí, solía soñar con correr por el bosque contigo.

La mano de él se posó en su pierna. —Estoy seguro de que podríamos volver a correr así, pero quizás, como ya somos mayores, un paseo será suficiente.

—Probablemente sea más digno para un duque —bromeó ella.

—Y una duquesa —convino él, riendo—. Oh, qué bueno es estar en casa contigo por fin.

Maggie asintió, sintiendo que la emoción burbujeaba en su interior a pesar de sus recelos.

De niña, le había encantado todo de Ravenswood. Bueno, excepto el padre de Algernon. Había sido su lugar favorito de todas las grandes casas a las que la habían arrastrado. Y cuanto más se acercaban a la extensa casa de campo, más volvía a ella su recuerdo del lugar.

—No ha cambiado mucho —le dijo ella, sentándose ahora en el borde del asiento.

—Mi padre descuidó el lugar en sus últimos años, prefirió malgastar el dinero en el juego en lugar de hacer mejoras aquí, y me dejó a mí recogiendo los pedazos. Todavía queda mucho por hacer y siempre hay más en el horizonte.

—Al menos Ravenswood te tiene a ti para devolverle su gloria —le dijo, cubriendo la mano de él con la suya.

Algernon la atrajo de nuevo hacia su pecho. —Un consejo antes de que lleguemos: sin importar lo que mi tía o mis hermanos te digan, no te lo tomes a pecho. Tu lugar está aquí, conmigo. Y si la vieja arpía, mi tía, no aprueba nuestro matrimonio, *ella* será la que se marche. Todavía me llama *niño*, ¿sabes?

—La tía Violet era la que usaba los bastones contigo, ¿no? —preguntó ella.

—Sí, todavía los blande por ahí. Aún no ha golpeado a nadie con ellos, ya que ahora necesita el par para poder caminar.

—Bien.

El carruaje giró, y allí estaba el Palacio Ravenswood, pero parecía más pequeño de lo que Maggie recordaba. Su fachada estaba deslucida por el tiempo y el descuido del difunto duque.

Pero, claro, la última vez que había estado allí, era una simple niña de diez años, abrumada por la opulencia que rodeaba al más reciente empleador de su padre.

En los años transcurridos entre su última visita y el día de hoy, Maggie había adquirido más experiencia en el mundo de la aristocracia y los terratenientes adinerados. Había visto maravillas y lugares que nunca soñó que existieran, y había sufrido terribles pérdidas, por lo que ya no daba nada por sentado.

Especialmente, no el volver a casa, a Ravenswood.

Algernon la ayudó a bajar del carruaje cuando este se detuvo ante las puertas principales, sonriendo como el loco que ella adoraba con todo su corazón.

Le tendió la mano y la hizo entrar, mientras hablaba con el mayordomo, cuyo rostro se había arrugado aún más en los años intermedios. Algernon pidió que se informara a sus hermanos de su regreso y de su deseo de hablar con ellos inmediatamente en sus aposentos.

Luego, jaló a Maggie directamente hacia la escalera principal para subirla con él.

Maggie apoyó la mano con ligereza sobre el pasamanos de caoba mientras subía y dejó que sus dedos se deslizaran hacia arriba, acariciando la madera con delicadeza, como debía hacerlo una dama. Sin embargo, la última vez que había estado allí, Maggie se había deslizado por la barandilla por un reto. Había estado ansiosa por seguir el ritmo de sus nuevos amigos, todos los chicos que vivían allí, y había sido divertido jugar a sus juegos por un tiempo… hasta que, de repente, ya no lo fue.

Llegó al piso superior y giraron para caminar por un pasillo silencioso y alfombrado.

Finalmente, la hizo pasar a una gran cámara.

—La alcoba principal, supongo —dijo ella, mientras miraba a su alrededor.

—En efecto. Siéntete como en casa —le prometió, antes de desaparecer en lo que ella supuso que era su vestidor.

Maggie deambuló por el lugar, absorbiendo los detalles del dominio privado de Algernon y la enorme cama que se alzaba entre dos altos ventanales. La cámara era grande y espaciosa, llena de luz, con maravillosas vistas hacia el lejano lago. Se acercó a mirar por la ventana y divisó grupos de personas reunidas en los jardines. Estaban demasiado lejos para identificarlas, pero parecían estar de pícnic.

Se giró para preguntarle a Algernon sobre ellos cuando la puerta se abrió de golpe, dando paso a un trío de hombres.

—Ya era hora de que te dignaras a volver a casa —gritó uno, y luego desapareció en el vestidor.

Ninguno de ellos se percató de su presencia de inmediato.

—Bueno, ¿dónde está ella?

—Está detrás de ti —respondió Algernon, y luego reapareció con un hombre que solo podía ser uno de sus hermanos colgando de él.

Los tres hombres, los tres hermanos Sweet a quienes una vez había conocido de niños, se giraron al unísono y por fin la vieron.

Ella hizo una reverencia.

El menor de ellos corrió hacia ella. —¡Maggie!

Él la tomó en sus brazos y la hizo girar una y otra vez.

—Pensé que nunca volvería a verte —se quejó él.

—Stratford, bájala —ordenó Algernon.

—¡Pero es Maggie, Algernon! —protestó Stratford, aunque obedeció.

—Sí, soy consciente de ello —dijo él, con los labios curvados en una sonrisa de suficiencia.

El de rostro más serio la escudriñó. —¿Por qué está Maggie Black en tu alcoba de nuevo, hermano?

Maggie levantó la barbilla. —Usted debe ser Nash.

Él inclinó la cabeza, pero dirigió su mirada al duque. Nash nunca había llegado a sentir simpatía por ella, ni había entendido la insistencia de Algernon en que ella se uniera a sus juegos tan a menudo como lo hacía.

El tercer hermano se acercó paseando, con los ojos entrecerrados fijos en ella.

—Hola, Jasper —dijo ella, educadamente.

—Mags —dijo él con voz arrastrada y una sonrisa burlona—. Qué bueno verte de vuelta en el viejo caserón. ¿Viniste para quedarte esta vez, o solo estás de paso?

Maggie le lanzó una mirada rápida a Algernon.

—Maggie está aquí para quedarse —anunció Algernon.

—Bien, porque la última vez que te fuiste, dos de mis hermanos lloraron a moco tendido durante todo un mes. —Jasper se adelantó, le tomó las manos y la sorprendió besándole las mejillas. Pero su mano, oculta de la vista de sus hermanos, recorrió el anillo en el

dedo de ella mientras le susurraba—: Stratford estaba casi tan inconsolable como tu nuevo esposo.

—Era prácticamente nuestra hermana —protestó Stratford, sin haber oído el último comentario de Jasper.

—Nunca *mi* hermana —se apresuró a aclarar Algernon con un guiño para ella, pero, entonces, lo que sea que fuera a decir a continuación fue interrumpido por el sonido de un cristal al romperse.

Algernon corrió a la ventana para mirar afuera.

Nash, sin embargo, se pellizcó el puente de la nariz. —Otra ventana no. ¿Por qué no pueden conformarse con jugar a los bolos en vez de al críquet?

—¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Quién es esa gente?

Jasper gimió. —Nuestra tía sigue celebrando esa pequeña reunión familiar que aceptaste permitirle tener.

—¿Pequeña? Hay… —comenzó Algernon, mientras empezaba a contar, señalando con el dedo.

—Cincuenta y tres adultos y una docena de pequeños en la guardería, en total, además de sirvientes, caballos y perros. Muchos perros revoltosos y ladradores.

Algernon se giró, con el rostro pálido y los ojos desorbitados. —¿Yo *no* acepté esto. ¿Está tratando de llevarme a la bancarrota?

Jasper se encogió de hombros. —Quién sabe lo que quiere esa vieja dragona. Trato de mantenerme fuera de su camino tanto como sea posible. Todavía le gusta demasiado blandir esos bastones para mi gusto.

Maggie se mordió el labio para guardarse sus pensamientos sobre la tía Violet y sus bastones. No era su lugar dar una opinión sobre asuntos familiares tan pronto. Pero había que poner a la tía Violet en su sitio en algún momento.

—Yo me encargaré de ella —gruñó Algernon.

—Le haremos compañía a Maggie mientras te encargas del dragón —prometió Jasper.

—No —Algernon negó con la cabeza—. Tendrá que conocer a mi duquesa en algún momento.

Maggie no le recordó que ya conocía bastante bien a su tía Violet y sus bastones. Pero antes de conocer a nadie más, necesitaba uno o dos momentos a solas para prepararse. —Si pudieras mostrarme mi habitación, me gustaría refrescarme primero.

—Sí, por supuesto, mi amor —murmuró Algernon—. Ya deberían haber subido tus baúles y también le pedí al mayordomo que subiera agua. Ven por aquí, querida, te mostraré tu alcoba.

Detrás de ellos, oyó a Stratford susurrar:

—¿Acaba de decir su alcoba?

—Así es —dijo Jasper, sin molestarse en bajar la voz—. ¿No te diste cuenta del anillo en su dedo? Haz el favor de ponerte al día.

—Nuestro hermano ha hecho una elección realmente sorprendente. Ya averiguaré por qué más tarde —anunció Nash, mientras se movían al unísono para mirar dentro de su nueva habitación.

Jasper resopló. —¿Acaso no es obvio?

Maggie se dio la vuelta y besó a Algernon de lleno en los labios, y luego le pidió que cerrara la puerta tras de sí para tener privacidad de la conversación de sus hermanos.

Él se mostró reacio a dejarla sola, y ella soltó un suspiro tembloroso cuando finalmente se fue y ya no pudo oírlo a él ni a sus hermanos en la alcoba contigua.

Pero entonces cometió el error de mirar hacia arriba y vio un techo con adornos dorados justo sobre su cabeza. Al bajar la mirada, se dio cuenta de que había oro y cristal por todas partes.

Se movió por la habitación, asomándose a una puerta que conducía a una espaciosa sala de estar privada. La habitación contenía un sofá largo, estanterías vacías y un gran escritorio cerca de la ventana.

La repisa de la chimenea de esta habitación estaba vacía, y ella buscó en su bolsillo el regalo de bodas de Algernon. Además del anillo en su dedo, él le había dado una pequeña figura de juguete de una mujer que tenía un parecido sorprendente con la que había perdido aquí cuando era niña. Siempre le asombraba que él recordara tantas cosas insignificantes sobre ella, y en ese momento se había echado a llorar en el acto.

Salió de espaldas de la sala de estar y se enfrentó a su futuro como duquesa de Ravenswood, algo que le costó trabajo imaginar durante el viaje hasta aquí. ¿Cómo se sentiría alguna vez en casa en esta vasta mansión con tanta opulencia por dondequiera que mirara? La pura grandiosidad de su alcoba le quitó el aliento… y la compostura.

Se escondió detrás de un biombo y encontró agua para echarse en la cara.

Cuando salió, se sintió un poco más serena al mirar a su alrededor, pero los baúles de su padre y su maleta de viaje parecían demasiado desgastados para que nadie más los viera.

Llevó su maleta más ligera al gran vestidor vacío que encontró, pero en el camino de regreso por los baúles, tropezó y cayó de bruces sobre la alfombra persa.

La puerta se abrió de golpe y su nuevo cuñado, Stratford, entró corriendo en la habitación.

—¿Maggie?

—Estoy bien, Stratford —le prometió, incorporándose para sentarse y tomando luego su mano para ponerse de pie—. Solo un momento de torpeza.

—Así era yo antes —admitió él, sonriendo.

—Tu cabeza siempre intentaba ir más rápido de lo que tus piernas podían llevarte —ella echó un vistazo a la puerta vacía por la que él había entrado—. ¿Qué hacías, acechando en mi puerta?

Él sonrió. —Algernon dijo que te esperara.

—¿Se me espera en alguna parte?

—No —Stratford se encogió de hombros—. Pero es lo que dicen cuando quieren excluirme de cualquier conversación seria.

—Eso es terrible.

—No. En realidad, no. Sus discusiones tienden a ser interminables y, de todos modos, no tengo paciencia para ellas. Al final, Algernon me dirá lo que necesite saber, o Jasper lo hará —le sonrió con timidez—. Así que finalmente eres mi hermana.

Ella le mostró su anillo de bodas. —Ser tu hermana es la única razón por la que acepté la oferta de tu hermano.

—Ja, poco probable —exclamó Stratford, devolviéndole la sonrisa —. Seguro que estás enamorada.

—Lo estoy.

—Qué bueno. Algernon se lo merece después de todo lo que ha pasado —anunció Stratford—. ¿Puedo ayudar en algo?

Ella miró los baúles y asintió. —Puedes levantarlos por mí y llevar el de la izquierda a la sala y el de la derecha a mi vestidor.

—Con mucho gusto —prometió él, pero mientras levantaba galantemente en el aire el de la izquierda, el más pesado, quejándose, el fondo se desprendió. Todos los diarios de su padre, junto con las cartas que Maggie quería conservar, quedaron esparcidos por el suelo…

Junto con el inesperado destello de metal viejo y papel arrugado.

Maggie se quedó boquiabierta ante el desastre. Stratford miraba el contenido resplandeciente en el suelo, con los ojos muy abiertos. —¿Se suponía que eso debía pasar, verdad?

—No. —Maggie se agachó y recogió una moneda de oro. Se la quedó mirando conmocionada, y luego el resto del dinero a sus pies —. ¿Ese baúl tiene un doble fondo?

—*Tenía* un doble fondo —la corrigió Stratford, y se acuclilló frente a ella. Acercó el baúl roto para verlo. Luego, le entregó un fajo de billetes que aún no se habían caído.

Maggie casi se desmayó antes de terminar de contar.

CAPÍTULO VEINTE

ALGERNON IRRUMPIÓ EN LA CASA, dejando a Maggie bajo el cuidado de Stratford, mientras sus hermanos iban en busca de sus esposas para compartir las buenas nuevas. Saludaba con un gesto de cabeza a cualquiera con el que se cruzaba, pero estaba furioso. Buscó por toda la casa: la biblioteca, el salón de la mañana, su estudio, el comedor, y finalmente encontró a la tía Violet sentada sola en la terraza trasera, tomando el té.

—¿Qué significa todo esto? —exigió él.

La anciana le sostuvo la mirada, con una ceja majestuosamente enarcada. —¿El significado de qué? —respondió, de una manera que sugería más diversión que temor.

No era de extrañar, ya que la dragona no le había temido a nadie en su larguísima vida. Y, ciertamente, no a un duque.

Él se plantó con las manos en las caderas. —Cuando usted dijo que invitaría a parte de la familia a visitar Ravenswood, no imaginé que pretendía que vinieran todos a la vez.

La anciana sonrió dulcemente y se encogió de hombros. —No es mi culpa si no escuchas bien, muchacho. La familia no son solo tus hermanos. Son también los primos hermanos, segundos y terceros. Bueno… todos ustedes son mi familia. Y también son la tuya, y deseaban conocer a tu prometida, esa que fuiste a buscar a toda prisa a Londres.

Él gimió y se pasó una mano por la frente. No era así como esperaba reintroducir a Maggie en Ravenswood. El palacio estaba actualmente a reventar de los Sweet. A ella le resultaría difícil recordar el nombre de nadie.

Según Nash, hasta el pariente más lejano parecía haber salido de debajo de las piedras para responder a la convocatoria de la dragona. El personal de su casa se había afanado con cada nueva llegada para encontrar espacio para alojarlos a todos. Algunos dormían en los pasillos.

La anciana suspiró. —Vamos, vamos, muchacho. Siéntate y cálmate.

Él le lanzó una mirada dura y se dio cuenta de que ella nunca, jamás, se disculparía por este desastre.

Ravenswood no había acogido a toda la familia en años, y la última gran reunión había sido cuando él era joven. Recordaba cuando su madre aún vivía, abriéndose paso por un salón abarrotado, intentando —sin éxito— encontrar un asiento en el que acomodarse. Ahora era demasiado viejo para sentarse en el alféizar de una ventana, y mil veces maldito si lo hacía solo para darle a un primo —un primo tercero— la comodidad que creía merecer.

La reunión más pequeña que había organizado para celebrar el matrimonio de su prima Amity se había puesto en marcha antes de que se enterara del estado de sus finanzas. No había planeado organizar otra fiesta en casa durante años porque no podía permitirse el gasto.

—Seymour y yo lo arreglamos todo mientras estabas fuera. No hay nada de qué preocuparse ni nada que tengas que hacer. Estaremos un poco apretados por un tiempo, pero en una familia tan grande como la nuestra, es de esperarse.

—Podría haberme avisado.

—Lo hice.

Él miró a su alrededor y luego se inclinó hacia adelante. —¿Tiene usted idea de la presión financiera que esto supone para la propiedad?

—Por supuesto, muchacho. Claro que sí. Pero ibas a casarte con una heredera, y quiero ver a toda mi familia reunida una vez más

antes de morir.

Él gimió por lo bajo. No se había casado por dinero, y la dragona, sentada allí al sol, parecía gozar de una salud perfecta. —Usted no se está muriendo.

—Mi querido muchacho, nadie vive para siempre. Ni siquiera yo. Envejecemos. Nuestros cuerpos ya no funcionan como antes. Quiero decir, hasta *tú* debes sentirlo a tu edad.

Él la fulminó con la mirada de nuevo. Acababa de cumplir veintiocho años. Era joven; más joven de lo que su padre había sido cuando se convirtió en duque. Sin embargo, era mayor de lo que su padre había sido cuando Algernon nació. Eso le pesaba mucho, razón por la cual tener a toda la familia allí en un momento así le provocaba pesadillas. Con toda la familia alrededor, podrían acosar a Maggie hablándole de sus hijos. Hijos que ella no quería.

—Ahora, no se preocupe. Pronto tendrá a su duquesa para que se haga cargo de esto. Lady Kent seguramente puede encargarse de una reunión familiar.

Sintió un vuelco en el estómago. Tenía que decirle la verdad, y ahora, antes de que ella empeorara las cosas. —Mi esposa no es Lady Kent —dijo lentamente.

Ella se quedó helada por un momento y, entonces, su bastón golpeó el suelo a su lado. —¿Qué dijo?

—Al final, elegí a una novia diferente, tía Violet. Me casé con ella en Londres.

Uno de sus bastones golpeó el suelo. —¿Me está diciendo que volvió a casa ya casado, pero no con Lady Kent? ¿Que se casó con otra sin siquiera decírselo a sus hermanos ni tenerlos a su lado? Porque sé que no han salido de la finca y no pueden guardar un secreto ni aunque su vida dependa de ello.

—Así es —le aseguró él.

Sus labios esbozaron casi una sonrisa. —¿Con quién se casó, muchacho?

—Me casé con la mujer que amo —anunció él.

—¡Tonterías! Quiero su nombre ahora mismo —exigió ella, y el vello de su nuca se erizó ante su evidente agitación.

—Margaret Black. Maggie —le informó él.

Los ojos de la tía Violet se entrecerraron peligrosamente. —¿La muchachita menuda y salvaje, de disposición obstinada? ¿La granuja que me robó el bastón?

De repente, Maggie estaba a su lado. —No podía permitir que usted golpeara a Algernon en ese entonces, y no lo toleraré ahora.

La tía Violet se inclinó hacia delante en su silla. —Acérquese, muchacha.

—Se está dirigiendo a mi duquesa —le advirtió Algernon a su tía.

Maggie lo mandó a callar. —Está todo bien —le prometió.

Se acercó al dragón sin miedo, pero Algernon no les quitó el ojo de encima a los bastones de su tía, por si acaso se movían.

—Se ve mayor —dijo la tía Violet.

—Usted se ve igual —replicó Maggie—. Igual de vieja.

—Lo suficientemente vieja para saber que usted va a causarle problemas a la familia —se quejó la tía Violet.

Maggie levantó la barbilla ligeramente y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. —Para eso están hechas las damas, ¿no es así? Alguien tiene que dar el mal ejemplo.

—Ciertamente, lo hacen. Siéntese, muchacha —exigió—. Prefería cuando era más baja.

—Quizá más tarde. Apenas he llegado y hay tanto que hacer —respondió Maggie.

La vieja dragona de hecho aceptó la negativa de Maggie.

La tía Violet asintió. —Esta noche habrá una cena familiar en el jardín. Todo está arreglado, pero si desea que se hagan cambios, por favor, informe al ama de llaves lo antes posible. El personal de cocina está trabajando duro incluso ahora. Usted será presentada a la familia en la cena del brazo de Algernon, y entonces finalmente todos se irán en los próximos días.

Maggie inclinó la cabeza. —Eso es aceptable.

Algernon parpadeó rápidamente, confundido por lo que acababa de suceder. ¿Acaso la tía Violet había aprobado a su esposa? ¿Habría paz en la casa?

Maggie se volvió hacia él y besó a Algernon en los labios. —Reúnete conmigo arriba cuando termines aquí. Tengo noticias que no pueden esperar.

Luego volvió a entrar a la casa.

Algernon se quedó allí parado como un idiota hasta que la tía Violet golpeó su bastón. —¿Y ahora, respecto al asunto por el que lo envié a Londres?

Él asintió y sacó un papel del bolsillo. —¿Como me lo solicitó. ¿Qué le hizo usted al arzobispo para que aceptara darme una licencia especial tan pronto como mencioné su nombre?

La anciana le arrebató la licencia especial y luego abrazó el papel contra su pecho con los ojos cerrados. No explicó qué poder tenía sobre el arzobispo, pero él comprendió muy bien su alivio.

La tía Violet lo miró de repente. —Todavía no le cuentes a nadie sobre esto.

Algernon asintió. —Como usted desee, tía, pero tal vez al novio le gustaría recibir alguna advertencia sobre sus intenciones.

Ella frunció los labios con fuerza.

—Él *sabe* lo de esta licencia matrimonial, ¿no es así?

Ella frunció el ceño.

—Ah, no lo sabe. —Algernon hizo una mueca—. ¿Él quiere casarse con usted?

—Por supuesto que sí. O *quería*, si mi familia no se hubiera interpuesto cuando éramos jóvenes —dijo ella, poniéndose rígida de indignación.

Algernon había aceptado el posible escándalo de que su viejo mayordomo se casara con su gruñona tía. —Estoy seguro de que entrará en razón una vez que se entere de que puede quedarse en Ravenswood por el resto de su vida con usted.

Era una sugerencia audaz, en la que había pensado de camino a casa. ¿Acaso no había anunciado la tía Violet que tenía la intención de permanecer en Ravenswood por el resto de su vida? No podría estar aquí sin su marido.

Una repentina sonrisa iluminó el rostro arrugado de la tía Violet mientras lo miraba. —Sabía que eras mi favorito por una razón.

Algernon no pudo ocultar su sorpresa. —¿Su favorito?

—Al final tomaste la decisión correcta. Te casaste por amor. ¿Por qué otra razón decidiría hacerte mi heredero?

Él se sentó rápidamente. —¿Su heredero? ¿Heredero de qué?

—De mis bienes, de mis otras propiedades —le informó ella con otra sonrisa—. Con un valor aproximado de doscientas mil libras, según el último recuento.

Algernon se quedó boquiabierto. —¿Qué?

La anciana soltó una risita, un sonido seco que rara vez le había escuchado. —¿Creíste que me habían desheredado y dejado sin un centavo cuando dejé Ravenswood y a tu horrible padre? Soy mucho más rica de lo que él jamás fue.

Él se inclinó hacia delante. —*¿Cómo?* Padre me hizo creer todo lo contrario.

Ella se encogió de hombros, con una expresión de suficiencia. —La familia me quería más que a mi hermano mayor. Cuando los tíos y tías solteros morían, me mencionaban en sus testamentos. Pero a él nunca.

Él negó con la cabeza. —Doscientas mil libras es más que una simple mención.

—Quizás, pero me querían más que a nadie y detestaban intensamente a tu derrochador padre. Todos lo hacían.

Algernon comprendió perfectamente la decisión de ellos de excluir a su codicioso padre de cualquier testamento.

Y entonces recordó el papel que le había dado a la tía Violet, y su esperanza se desvaneció. —Si usted se casa, Seymour tomará el control de su patrimonio.

—Y él ya ha escrito su testamento, dejando todas sus posesiones terrenales a su amado duque —le dijo Violet con una sonrisa más amable—. Nunca se lo sugerí, pero Seymour no tiene familia, y te adora a ti y su vida aquí. Ahora… ¡fuera de aquí, *muchacho*!, y busca a esa esposa tuya. Espero verla con tu heredero en brazos dentro de un año.

Algernon apretó la mandíbula ante el abrupto rechazo, y también para evitar cualquier expresión que delatara que eso nunca sucedería. Tía Violet descubriría los sentimientos de Maggie sobre los niños tarde o temprano. Por ahora, prefería estar en paz con ella el mayor tiempo posible. Proporcionarle los medios para casarse con el amor de toda su vida parecía haberla ablandado bastante con respecto a él.

Entró tranquilamente en la casa, pero una vez fuera de la vista de tía Violet, subió corriendo las escaleras para buscar a Maggie.

Ella estaba sentada en el suelo en los aposentos de la duquesa, con los libros de lecciones de su padre esparcidos a su alrededor y una copa de jerez vacía en la mano.

Cuando él se acercó, divisó unas monedas de oro brillantes y relucientes apiladas a su alrededor en ordenadas pilas.

—¿Maggie?

—Siempre me pregunté qué hacía papá con su dinero. Vendió la casita cuando mamá murió y nunca compró otra. Ahorró todo lo que ganó y lo escondió en sus baúles.

Ella tomó un fajo de papeles que él pronto se dio cuenta de que eran billetes cuando se los entregó para que los mirara. Se puso de pie y se dirigió a la alcoba de él con la copa colgando de sus dedos. Oyó el tintineo del cristal contra el cristal mientras él hojeaba los billetes, intentando contarlos. Pero entonces sus ojos se posaron en otros fajos que habían estado ocultos detrás de la espalda de Maggie, donde había estado sentada en el suelo.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡Dios santo!

—No suelo beber, ¿sabes?, pero acabo de llevarme una gran sorpresa —dijo Maggie, mientras regresaba y le entregaba una segunda copa de jerez—. ¡Salud, esposo mío! ¡Parece que, después de todo, te casaste con una heredera!

Él dejó escapar un suspiro tembloroso. —Mi tía acaba de decirme que me ha nombrado su único heredero.

—¿De verdad? —Maggie frunció el ceño—. Qué cruel de su parte decírselo recién ahora.

—No se había decidido antes de que yo fuera a Londres a casarme. Solo lo decidió cuando regresé con usted como mi duquesa. Su patrimonio vale más de doscientas mil libras.

Maggie se bebió el jerez de un trago como si fuera agua.

—Me alegro por ti y por todos nosotros, por supuesto, pero si golpea a alguien con esos bastones, se los quitaré de nuevo y le daré una silla de ruedas para que se desplace.

Algernon rio suavemente, rodeándola con un brazo por la espalda mientras le quitaba la copa vacía para darle la suya intacta. Esperó hasta que ella se la terminó también.

—Nunca me dijiste que le quitaste los bastones a la dragona. Al principio me echó la culpa a mí.

—No te lo dije porque en ese entonces eras un pésimo mentiroso. Podrías haberme delatado y habérselos devuelto demasiado pronto —le dijo ella, apoyando la cabeza en su pecho—. Vamos a estar bien. El ducado, tus hermanos, nuestra horda de niños arrasando cada habitación.

—Así es, querida mía. —La besó en la frente y luego la miró bruscamente cuando sus últimas palabras calaron—. ¿Qué dijiste sobre nuestros hijos?

Maggie suspiró y le dio una palmadita en el pecho.

—Mentí sobre eso. Perdóname.

Él la hizo girar y la sujetó por los hombros.

—¿Así que siempre quisiste tener hijos?

—Más que todas las riquezas de Ravenswood —prometió ella, asintiendo rápidamente—. Pero solo si podían ser tuyos.

Una sonrisa se dibujó en su rostro, lenta y llena de asombro. —Entonces, será mejor que empecemos —murmuró. Algernon besó a Maggie profundamente, la tomó en brazos y la llevó a su cama.

EPÍLOGO

ALGERNON SE QUITÓ el sombrero y se secó el sudor de la frente. Llamó a la desgastada puerta de roble justo cuando esta comenzaba a abrirse. —¡Buenos días!

Laura estaba de pie allí, con una niña en la cadera. Apartó un mechón de cabello de sus ojos con un soplido y frunció el ceño. —Sí, Su Señoría.

Él sonrió, a pesar de la fría bienvenida, sabiendo que ella había estado asediada durante días. —Solo vine a decir que una camada de gatitos nació durante la noche. Están en los establos.

—Gatitos. Hay gatitos. ¡Gatitos, todos! Gatitos —canturreó Nash al fondo—. Vamos todos. Vayamos a verlos.

Algernon dio un salto hacia atrás cuando una horda de niños —bueno, solo seis— y su hermano salieron disparados por la puerta, con Roman Crawford persiguiéndolos a todos. Roman y Amity habían venido a pasar el verano en Ravenswood y, desde entonces, había habido pocos momentos de verdadera paz.

—Pensé que agradecerían una distracción —murmuró él.

—Eres el mejor hermano. Ten, sostén a Violet un momento.

Algernon tomó a su sobrina de inmediato con la experiencia que le daban años de práctica, mientras Laura desaparecía de nuevo en el interior.

Ella regresó, rodeando a Amity con el brazo, quien se contoneaba al caminar a todas partes y lo había hecho desde el momento en

que llegó. Su vientre era enorme, aunque su expresión era serena.

—¿Aún nada?

—Ni una punzada.

—Enviaré helado —le prometió él.

—Algernon, el helado no provoca el parto —se quejó Laura.

—Quizás no, pero siempre es agradable en un día caluroso como este mientras esperamos.

—Entonces, manda un barril entero.

Él asintió y le devolvió a la niña. —Veré qué puedo hacer. Llamen si necesitan algo.

Se alejó de la puerta, rodeó la casa e interceptó al primer sirviente que encontró para que llevara helado al apartamento de su hermano de inmediato.

Caminó por la parte trasera de la casa y percibió el olor a humo en el aire. No era algo inusual cuando Lord Aston visitaba la finca. Encontró al anciano y a la esposa de su hermano, Win, haciendo aros de humo en silencio. Eran un par tranquilo y nunca llamaban la atención sobre la frecuencia con la que se sentaban juntos. Pero de vez en cuando, notaba que Aston le daba palmaditas en la mano a Win. Esos momentos siempre hacían que le picaran un poco los ojos. Win nunca podría ser reconocida abiertamente como la hija del hombre. No cuando una vez vivió como su hijo… y había sido reemplazada por un impostor para ocultar la vergüenza.

Algernon no los molestó, sino que entró en la casa.

Siguió el sonido de la voz de Maggie, como siempre hacía, encontrándola inevitablemente en la biblioteca de Ravenswood. Hoy tenía público. A sus pies estaba su propia familia. Su pequeño hijo, Crispin, y su perro, Lord George el Sabueso, parecían ambos embelesados por el sonido de su dulce voz.

Algernon no podía culparlos por su fascinación y entró en la habitación en silencio. Con cuidado, levantó a su hijo de la cuna y se sentó junto a Maggie en el sofá. Acomodó a Crispin en el hueco de su brazo, lo meció un poco y lo adoró aún más cuando su primogénito eructó.

Su perro, un sabueso joven, saltó de inmediato para sentarse entre él y Maggie.

Maggie le dio unas palmaditas al perro, pero siguió leyendo sobre los romanos que habían construido gran parte de los caminos de Inglaterra.

Algernon se quitó las botas con la punta de los pies y movió los dedos, dolorido de tanto andar por la finca toda la mañana en busca de un cordero perdido. Hubiera preferido mil veces estar aquí, contemplando con adoración a su esposa y a su hijo.

El perro lo lamió, sintiendo de alguna manera que lo habían ignorado.

—Sí, a ti también te adoro.

—Estoy segura de que ese perro entiende todo lo que decimos —dijo Maggie, dejando su libro.

—Y también lo que no decimos en voz alta —sugirió él.

—Te fuiste por mucho tiempo —murmuró Maggie, dejando el libro a un lado por fin.

—Una oveja perdida y nuevos gatitos en los establos. Y mientras estaba fuera, también me enteré de que hubo algunos problemas en la residencia de los Fuller en los últimos días.

—Oh —dijo Maggie, esbozando una rápida sonrisa que sofocó de inmediato.

—Sí, me encontré con el señor Fuller en el campo, y parece que su esposa lo ha amenazado con prohibirle la entrada a su cama a menos que le proporcione su propia biblioteca.

—No veo nada de malo en que una mujer lea.

—Me culpó *a mí* por su discusión —dijo Algernon, mirándola de reojo.

—¿Qué podrías tener tú que ver con eso?

—Parece que su esposa ahora cree que los libros son una señal del amor de un esposo. Últimamente también ha pasado mucho tiempo contigo —señaló él, enarcando una ceja—. ¿Qué le has estado diciendo?

—No dije nada para inspirar un motín en su matrimonio si no había ya una causa para ello —prometió Maggie—. Sin embargo, cuando hablé de ti, sí mencioné varias veces tu respeto por las mujeres educadas.

—¿Mi aprobación?

—Bueno, ¡leerte en voz alta tiende a ponerte amoroso, querido!

—Maggie, todo en ti me pone amoroso —profesó Algernon—. Tu cuerpo viene con una mente brillante y una lengua ingeniosa.

—Lo sé —dijo ella, y su sonrisa fue decididamente pícara cuando lo examinó de arriba abajo.

Él conocía esa mirada. Pero suspiró, decidido a no distraerse hasta que terminaran de hablar. —¿Entonces por qué la esposa de Fuller supone que la cantidad de libros en su casa cambia en algo lo que él siente por ella?

—El señor Fuller no tiene una buena opinión de su esposa. No le vendría mal ampliar un poco sus intereses para demostrarle que está equivocado.

—Maggie, no se casó con ella por eso.

—Sí, sé exactamente por qué se casó con ella. Lo dejó bien claro. Solo se casó con ella por su dote —se quejó—. Era una heredera, y está tan orgulloso de tener el dinero de ella en su bolsillo que me repugna. Pero esa tonta parece creer que él la adora.

—Maggie —la reprendió Algernon—. Estoy de acuerdo contigo en que todas las mujeres deberían tener una educación, pero pronto tendré al vicario aquí quejándose de que estás causando problemas. Nuestro matrimonio es único.

Maggie se puso de pie de un salto. —¿Todavía dicen que un duque dio un mal ejemplo al casarse por amor?

Algernon también se levantó y volvió a poner a su hijo en la cuna. Se acercó a su furiosa esposa y sonrió. —Sí, dicen que somos terribles. Todos nosotros, además. Pero yo, por mi parte, me alegro de que nos casáramos por la razón correcta, *antes* de encontrar tu fortuna. Estamos destinados a ser así de felices.

La mirada de ella se suavizó y le echó los brazos al cuello. —Sí, ciertamente somos felices.

El golpeteo de un bastón sonó fuerte y él soltó a Maggie para mirar hacia el rincón más oscuro y el par de sillas que había allí. —Buenos días, tía. Seymour.

Pero ahora no había nadie allí para responder. El golpeteo solo había estado en su imaginación. Podría haberse preocupado más por

eso si otros en su familia no hubieran oído el mismo sonido casi con la misma frecuencia.

Maggie le tocó el brazo. —Yo también los he sentido cerca todo el día.

Él suspiró y abrazó a su esposa. La tía Violet y Seymour habían muerto no hacía mucho, con días de diferencia, después de una breve pero feliz unión. Quizás nunca se acostumbraría a que no lo llamaran «muchacho» de nuevo o a oír esos bastones moviéndose por la casa.

—Está listo —anunció Stratford de repente.

Algernon dejó a un lado su tristeza y se dirigió hacia la esquina donde se encontraba un gran lienzo en el que su hermano había estado trabajando durante meses.

Stratford no había permitido que nadie viera su nueva obra, y la curiosidad de Algernon era enorme. Solo había visto breves atisbos en las primeras etapas.

Pero cuando vio la pintura como una imagen completa y terminada, se quedó absolutamente sin palabras.

Stratford había pintado el retrato de Algernon, e incluyó también a todos los que amaba.

Él y Maggie estaban sentados muy juntos, su hijo en brazos de él y un libro en el regazo de ella. Su perro también estaba a sus pies.

Pero además, su familia aparecía detrás de ellos. Jasper y Sophie compartían una silla. Nash y Laura parecían estar bailando, rodeados de sus hijos. Roman y Amity estaban junto a una estantería, besándose. Aston estaba allí con Win a su lado, quien le lanzaba un beso a su esposo, el pintor del retrato, a quien solo se podía ver asomándose por detrás de su lienzo en el reflejo de un espejo.

Pero la mayor sorpresa de todas fue la pareja sentada y tomada de la mano que aparecía al fondo, pintada con un aire fantasmal en aquel rincón oscuro.

Le ardieron los ojos. —Fue un lindo gesto de tu parte incluir a tía Violet y a Seymour.

—Esperaba ganarnos un poco de buena voluntad con el espíritu inquieto de la dragona —susurró Stratford—. Esperaba que eso la dejara descansar en paz por fin.

Algernon abrazó a su hermano con fuerza y le dio las gracias; después, invitó a Maggie y a su hijo a que se unieran a él para ver el retrato de la familia.

—Es extraordinario —susurró ella después de un momento, tomándole la mano a Stratford—. Estoy muy orgullosa de ti.

Stratford se sonrojó mientras la familia llegaba y se arremolinaba a su alrededor, colmando de elogios a su hermano menor.

Algernon estrechó a Maggie con fuerza entre sus brazos, agradecido por el regalo de su hijo..., pero más que nada, por el amor y el apoyo de ella.

Su vida nunca habría estado completa sin ella, que hacía de cada día algo mejor.

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

